

Gema Samaro



La última línea del espejo

LA ÚLTIMA LÍNEA DEL ESPEJO

Gema Samaro

El pasado solo vuelve cuando el presente fluye
tan armonioso como la superficie deslizante de un río profundo.

VIRGINIA WOOLF

©Gema Samaro, marzo, 2014

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: iStock by Getty Images [iStock.com/Ruslana_Vasiukova](https://www.istock.com/Ruslana_Vasiukova)

Diseño de portada: AIRG

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO 1

Atraco imperfecto

La mañana era tan perfecta que ni nos inmutamos cuando un tipo con una bolsa de papel de una hamburguesería en la cabeza salió a nuestro paso:

—*Fjewisfgielikie* —dijo el tío de la bolsa.

Eva y yo nos miramos y soltamos una carcajada. El señor se había hecho dos agujeros para los ojos y había abierto una ranura para la boca, pero la bolsa se había ladeado de tal forma que no se le entendía nada.

—¿Podemos ayudarle en algo? —preguntó Eva, sin poder contener la risa.

—*Kefjeiwsfejiowe*.

—Disculpe, ¿se podría quitar la bolsa? Es que no le oímos —propuse llevándome el dedo índice a la oreja.

El hombre se ajustó la bolsa para que coincidiera la abertura con la boca y, de nuevo, se dirigió a nosotras:

—Buenos días, señoras —soltó con una inclinación de cabeza que por poco hizo que la bolsa saliera disparada.

Nosotras rompimos a reír, mientras el tipo volvía a ajustar la bolsa a la cabeza.

—Buenos días. —Logramos decir al fin.

—No quiero asustarlas...

—No, tranquilo. No nos asusta —repliqué sin poder reprimir la carcajada.

Era un tipo alto, atlético, joven a tenor de su voz, de sus manos y de su vestimenta, una camiseta de rayas y unos pantalones vaqueros desgastados.

—Siento abordarlas de esta forma, pero no me queda más remedio que hacerlo así.

—No se preocupe. ¿Qué vende? ¿Ofertas de dos por una? —preguntó Eva, con los ojos achinados por la curiosidad y la risa.

—No, no vendo nada —respondió encogiéndose de hombros—. Estoy aquí por otra razón.

Era primavera, la vida estallaba por todas partes, incluidas nosotras que estábamos exultantes, éramos primavera, dos flores que no podíamos más que imaginar razones de lo más creativas para

explicar lo que estábamos viviendo:

—Teatro de calle, es usted actor. Esto es una *performance* comercial financiada por la marca de las hamburguesas —deduje mirando a mi alrededor, convencida de que público y actores en breve nos rodearían para disfrutar del espectáculo.

—Esto es la vida —repuso muy serio y ofendido, dando un paso atrás dramático, como un actor de cine mudo.

Era una pena que el pobre hombre estuviera tan perjudicado como para plantarse en la calle con una bolsa de Burger King en la cabeza a las ocho de la mañana. No parecía borracho, mantenía bien la verticalidad y hablaba estupendamente. Posiblemente sería un trastornado:

—¿Dónde vive? —Quise saber para devolverle a su casa.

—¡A usted qué le importa!

—¿Tiene familia?

—¡Oiga, déjeme en paz! —protestó dando un manotazo al aire—. No soy un perturbado.

—Entonces, ¿quién es? —inquirí mordéndome los labios.

—Alguien que necesita saber muchas cosas...

—¿Y por qué lleva el rostro tapado con esa bolsa ridícula? —preguntó Eva retirándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Me compré un pasamontañas en un chino y lo he perdido. Soy un desastre. No tenía nada más a mano para cubrirme y me he colocado esta bolsa.

—¿Por qué se cubre? ¿Le conocemos? —dije intentando reconocer su mirada, unos ojos verdes, que brillaban de un modo especial.

—Déjense de preguntitas y vayamos al grano. —El tipo se echó la mano a la espalda y sacó una especie de puñal.

Cuando la primavera arranca con toda su fuerza, cuando la vida despierta, cuando el sol reina en lo alto de un cielo perfecto, lo que menos esperas es que esa maravilla se malogre por culpa de un atracador con una bolsa de papel en la cabeza. Respiré hondo y tomé a Eva por el brazo. Estaba embarazada de cinco meses y esos sustos podían resultar más que peligrosos. Sin embargo, mi amiga estaba encantada.

—¡Qué maravilla! —exclamó Eva, contemplando extasiada el arma—. ¡Es una daga de vela, de acero, hierro y madera, espectacular! ¡Del XVII! ¿Me equivoco?

—Se equivoca. Es del XVI.

—Vi hace poco una así en el Museo Lázaro Galdiano.

—Esta es mía —informó el hombre agitando la daga al aire—. Lleva toda la vida conmigo, es una preciosidad —susurró mirándola fascinado.

—¡Es una joya! —gritó Eva.

—Cuídela mucho. Nosotras tenemos prisa. ¡Buenos días! —me despedí tirando de Eva para

salir pitando de allí.

—¡No tan deprisa! —El tipo nos cortó el paso empuñando la daga.

Miré a derecha y a izquierda y por allí, a escasos veinte metros de la farmacia, no había más que un gato parduzco indolente cruzando la calle. Lo mejor era terminar aquello cuanto antes: abrí mi bolso, cogí mi cartera, saqué el DNI que luego renovarlo era un fastidio, y se lo tendí al atracador.

—Tenga. Y déjenos marchar.

—¿Para qué quiero yo esa cartera tan horrible? —replicó mirando con desdén mi cartera maravillosa roja, de hace mil años, y a la que tengo tantísimo cariño.

—¡Quién va a hablar! ¡El encapuchado de la bolsa de papel! ¡Tiene usted tanto estilo atracando!

—A mí, la verdad, que tu cartera también me parece un pelín de abuela —comentó Eva llevándose la mano al pecho.

—No tienes ni idea, Eva. Y usted... Si no quiere dinero, ¿qué quiere? —dije molesta por lo que había dicho de mi cartera y guardándola con mimo en el bolso.

Eva metió la mano en su bolso, extrajo un bote de repelente de insectos y, apuntando a la cara del hombre, habló con la serenidad propia de la mala de la película:

—Si lo que busca es sexo, prepárese porque con esto...

—Señora, no me ofenda, se lo ruego. Ni soy un agresor sexual ni un mosquito tigre. ¡Ande, guarde eso!

—Como que, si lo fuera, me lo iba a decir...

—Soy un hombre de palabra. Puede confiar en mí —confesó solemne, con una leve inclinación de cabeza.

—Déjese de pamplinas y no nos haga perder más tiempo. ¿Qué quiere? ¿Pasarse la mañana vacilándonos? —El tío me estaba sacando de mis casillas.

—Me cuesta muchísimo hacer esto —explicó el tipo, moviendo la daga a un lado y a otro, con un movimiento zigzagueante de la muñeca—. Pero la vida nos obliga a veces a hacer cosas que atentan contra nuestros principios y *kdfeiofaejfeifeofejek*.

—No se esfuerce, que no se le entiende nada —le corté muy borde.

El hombre se colocó la bolsa de nuevo para que pudiéramos escucharlo y siguió:

—Decía que lamento mucho lo que voy a hacer, pero no me queda otra para recuperar lo que es mío.

—¿De qué habla? ¡Nosotras no tenemos nada suyo! —espeté con un gesto de desprecio.

—No estoy tan seguro, por eso es mejor hacer cierta comprobación —informó el embozado trazando con la daga círculos en el aire.

No tenía miedo. Y no porque fuera inmortal y supiera que no podía pasarme nada, es que la situación era tan absurda que cualquier mortal no habría sentido más que bochorno ante semejante

espectáculo.

—Deje de hacer el idiota y guarde esa daga —le ordené sin pestañear, como la mamá le exige al niño que deje de jugar con las cerillas.

—Solo será un momento, señora.

—¡No hay momentos que valgan!

Tomé a Eva nuevamente del brazo y cuando apenas habíamos dado un paso, el hombre se dirigió a mi amiga diciendo:

—Señora, ¿ve aquello de allí? —Y señaló con el dedo índice a algo que estaba detrás de nosotras.

—¿El qué? —preguntó mi amiga.

—Eso de ahí, grande, de lunares, con ojos grandes, dientes afilados, cola, cuernos...

—¡Qué bobadas dice! —solté indignada.

—Eso solo puede ser una jirafa —dedujo Eva entre risas.

Las dos nos dimos la vuelta y al hacerlo el tiparraco aprovechó para gritar: «lo siento en el alma» y largarle una cuchillada a mi amiga en el culo, rauda y traicionera, que la hizo caer de rodillas al suelo.

—¡Rata inmunda! —le chillé a la cara—. ¿Qué ha hecho?

—Lo... lo... puedo explicar... Verán... yo... yo... tengo la profunda convicción... —Antes de que el vil y rastrero energúmeno terminara la frase, le arrebaté la daga y se la puse en el cuello.

—¡Como le suceda algo al bebé que espera mi amiga, voy a convertir su vida en una perpetua agonía! —le amenacé rabiosa, yo creo que hasta me salió espuma por la boca.

Mis amenazas le resbalaron. Insensible, cruel y frío, él siguió a lo suyo:

—¿Por qué solo le preocupa el bebé y no su amiga si le he propinado una puñalada de pícaro en el trasero?

Miré a Eva, tenía la tela de su vestido blanco y las piernas bañadas en sangre. Sin embargo, su rostro no mostraba ni el más leve indicio de dolor, solo incredulidad y asombro. Las dos sabíamos que faltaban apenas unos segundos para que su herida cicatrizara y empezáramos a tener serios problemas ante un tipo demasiado curioso.

—¡Márchese de aquí! —le exigí a voz en grito.

—Señora, lamento profundamente haberle dado este susto en su estado, pero no tengo otra forma de saber si usted es una de los nuestros.

—¡Majadero! —grité empuñando la daga a un centímetro de su nariz—. Lárguese si no quiere que le deje el cuerpo como un colador.

—Haga lo que quiera, no pienso irme. Necesito comprobar cómo evoluciona esa herida —replicó el tipo, flemático, señalando con el dedo índice a mi amiga.

—¡Que se pire, ya mismo! —le exigí histérica.

—Sosiéguese, joven. No me voy a ir —espetó desafiante.

Su terquedad solo podía significar una cosa, pero decidí disimular y amenazarle como si fuera un simple mortal:

—Yo creo que sí —dije presionando ligeramente la punta de la daga sobre el pecho del tipo.

—Lo haré en cuanto vea que su amiga...

El hombre no pudo terminar la frase porque, de repente, una voz más que conocida surgió desde el final de la calle.

—¡Chicas! ¡Chicas!

Era Estrella, agitando los brazos y corriendo despavorida, y eso que llevaba unos zapatos de plataforma de quince centímetros, como si la persiguiera una manada de elefantes.

—¡Estrella! —la llamé alzando la daga—. ¡Estamos aquí!

—¿Estáis bien? ¿Llamo a una ambulancia? ¿A los bomberos? ¿A quién chicas? Decídmelo...

El tipo, con un rápido movimiento, me agarró del brazo y me arrebató de un tirón el arma.

—Esto es mío, señora. —Y tras una leve inclinación de cabeza, se marchó corriendo en dirección contraria a la de Estrella.

—Unos segundos más y la herida se me hubiese cerrado delante de las narices de este tío. ¿Quién será, Lily? ¿Un Bisonte? —preguntó Eva angustiada.

—Ya hablaremos, que Estrella está aquí... Tú ahora tranquila, ¿vale?

Mi amiga asintió con la cabeza y luego calmó a Estrella que la miraba horrorizada:

—Estoy fenomenal. No te preocupes.

—¿Fenomenal? ¡Dios mío! ¡Cuánta sangre! Eva, ¿qué ha sucedido? Tienes un agujero en el vestido... ¡Déjame que te vea!

—¡Está estupenda! —repliqué restándole importancia—. Ahora lo que tenemos que hacer es ayudarla a que se levante y a currar.

Estrella me miró con espanto y asco, como si fuera la criatura más despreciable del planeta:

—¿A currar? ¿Tú estás tonta? Lo que vamos a hacer ahora mismo es llamar a una ambulancia.

—No, de verdad, Estrella, estoy bien. Si no ha sido nada, lo único la herida que ha sido un pelín aparatosa.

Un navajazo en una nalga, un chorro de sangre que había saltado como un surtidor de una fuente, nada, poca cosa...

—Levanta las faldas del vestido para que te vea la herida.

Eva negó con la cabeza.

—¿No? ¿Por qué? ¡No seas boba, Eva!

—Estamos en la calle, no me voy a poner a enseñar el culo.

—Lo que vamos a hacer es levantarte y a currar, que me da que tienes mucho cuento —disimulé.

—Lily, me estoy llevando una gran sorpresa contigo, yo no sabía que eras una jefa tan despótica

y desagradable.

—No exageres, mona. Lo que pasa es que he presenciado la escena y sé que no ha sido nada.

Nos hemos tropezado con un tío que llevaba un palito... de... de...

—¿De las cortinas? —sugirió Eva, nerviosa.

—Eso, la clásica barra de acero inoxidable con unos taponés en punta, y nada, el señor iba con prisa y le ha rasgado un poquito el vestido.

—¿Un poquito? ¡Pero si parece que le haya corneado un toro!

—Mira que eres exagerada, Estrella. No ha sido nada. Un golpecito y Eva, como es así de patosa, se ha caído de rodillas. Pero está todo bien. No te preocupes.

—Pues me preocupo. Y de exagerada nada. Además, yo no he visto que el tío de la bolsa del Burger King en la cabeza llevara ningún palo de cortinas. Esto es todo muy raro. ¡Me estáis ocultando algo para que no me asuste! ¡Con lo fuerte que soy yo! El tío era un pirado y os ha atacado con algo que yo no he visto. Igual era uno que se creía Don Quijote y ha confundido a mi Eva con un molino de viento. ¡Ay, qué angustia! A ver ese culo de una maldita vez...

Estrella se agachó, le levantó la falda a mi amiga y se dedicó a buscar la herida, en vano, claro...

—No veo la herida —balbuceó sin dejar de palparle las nalgas y después los muslos—. ¡Qué cosa más extraña! No entiendo. ¿De dónde ha salido tanta sangre?

—Ya te digo que no ha sido nada —observé encogiéndome de hombros—, ha sido un pinchacito de nada.

—Estoy perpleja —suspiró Estrella—. No sé... —Parpadeó muy rápido varias veces, movió la cabeza a ambos lados y sus pendientes de aro de plástico verde, a juego con sus uñas, sombras de ojos y un vestido de tres tallas menos que le llegaba un palmo por debajo de la ingle, se bambolearon alegres—. En fin, lo importante es que Eva está bien.

—Ya te lo he dicho, así que venga: ayúdame a levantarla y todas a currar —ordené en un tono que más que enérgico sonó a tiránico.

—Lily, estás hoy de un insoportable, si llegas a ser mi jefa, hoy te habría echado un frasco de Evacuol en el café.

Eva rompió a reír mientras las dos tirábamos de ella y ya de pie, habló divertida:

—¡Qué idea más buena, Estrella!

—Pues si supierais las ideas tan buenas que se me están ocurriendo a mí para vosotras —repuse con una sonrisa malévol.

—Yo me voy, que hoy, querida Lily, tienes el día atravesado. Paciencia, Eva. Os veo, luego...

Nos despedimos y ya en la rebotica, después de que Eva se limpiara la sangre y se pusiera ropa nueva, me mostró su preocupación por lo sucedido:

—No le voy a contar a Hugo nada de lo que ha pasado con el tío de la daga. No quiero

agobiarle... por ahora. ¿Crees que volverá otra vez a atacarme?

—No lo sé. —Eva puso tal cara de pánico que solo se me ocurrió una cosa—. Te voy a hacer una tila.

—Sí, gracias, por favor.

—Tú, ante todo, estate tranquila —dije sacando una taza del armario.

—Un tío me ha trinchado el culo, pero yo tranquila.

—No te voy a negar que la situación es un tanto... —Eva empezó a fruncir el ceño de puro miedo y decidí no adjetivar—. Pero no olvides dos cosas muy importantes: se disculpó antes de herirte y luego farfulló algo de que tenía la profunda convicción...

—De que soy inmortal. Sabe que soy uno de los vuestros y le conocemos porque si no para qué iba a cubrirse. ¡Madre mía! —soltó llevándose las manos a la barriga—. Estamos metidas en un lío bien gordo.

Sí que lo estábamos; no obstante, lo mejor era hacerle creer otra cosa:

—Ya verás como no. Hugo te presentó a sus amigos, ¿te recordó este tío a alguno de ellos? —pregunté mientras llenaba la taza de agua.

—No —negó rotunda—. A ninguno. A lo mejor es el hijo de Francesca y se tapa porque se parece muchísimo a ella.

—No tenía acento italiano. El caso es que su voz me sonaba de algo... —reconocí mientras introducía la taza en el microondas.

—¿De qué?

—Y su mirada, esa mirada la he visto antes.

Y no lo decía para tranquilizar a mi amiga, era sencillamente la verdad.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿En este siglo?

Respiré hondo y hablé con el corazón:

—No tengo ni idea, Eva. Pero sé que ese hombre no te va a hacer daño. —Me acerqué a ella y la tomé de las manos.

—Lo dices para que pueda dormir por las noches —susurró con los ojos vidriosos.

—Lo digo porque es lo que siento. Tienes que creerme.

—Lo dices de una forma que tengo que creerte. Está bien. Venga esa tila...

La mañana transcurrió con normalidad, pero después de comer, en esa hora terrible en la que nosotras solemos pegarnos unas buenas cabezadas en la rebotica, sonó la campana que nos avisaba de que había entrado un cliente:

—Voy yo —le dije a Eva, que me miraba con un ojo abierto y otro cerrado.

—Gracias. Seguro que es alguien feo, bizco y calvo que viene a por hilo dental. —Y volvió a quedarse dormida sin escuchar mi apuesta que era: mujer, joven y guapa que viene a comprar condones para el próximo encuentro con su amante.

Sin embargo, quien me estaba esperando detrás del mostrador ni era el feo bizco ni la joven guapa, sino un joven de unos treinta años, alto, atractivo, moreno, barbudo, fuerte y muy sonriente.

—Buenas tardes. Soy el inspector... Villa... Villare... Villares —se presentó tendiéndome la mano, que estreché educadamente.

—Encantada. Soy Lily Martínez, la dueña de la farmacia. Disculpe, ¿de qué es inspector? ¿Sanidad? ¿Consumo?

—De policía. —Y volvió a mostrarme su estupenda sonrisa.

Demasiada sonrisa para ser un *poli* con un mínimo de diez años de servicio.

—Muéstreme su placa, por favor —le pedí con una sonrisa que bien podía competir con la suya.

—No puedo —murmuró sin dejar de sonreír.

—¿Por qué? —repliqué sonriendo más todavía.

—Porque no soy policía.

La sonrisa se me cayó del rostro como las manzanas sobre las cabezas de los genios.

—Y si no es el teniente Risitas —dije ya seria—, ¿quién diantres es?

—¡Diantres! No escuchaba esa palabra desde hacía siglos... —Y al decir siglos subió una ceja de una forma que me resultó familiar. No era la primera vez que veía esa ceja alzarse, estaba completamente segura. Ahora, ¿dónde había visto esa ceja?

—¿Me va a decir quién es y qué es lo que quiere? —Y para animarle a responder, agarré mi enorme grapadora con fuerza.

—Soy un periodista de... investigación.

—Entiendo. —Y en esta ocasión fui yo la que alcé la ceja porque ya no era solo la ceja lo que me resultaba demasiado familiar, sino también la voz.

—Soy periodista de... —Tosió un par de veces y no pudo terminar la frase porque le interrumpí.

—Déjeme que lo adivine: *La nave del misterio*. Es colaborador de Iker Jiménez.

El supuesto periodista puso los ojos como platos y luego se mordió los labios para evitar la carcajada. Después, volvió a toser y medio circunspecto, me dijo:

—Soy...

—¿El señor Villares? —tercié sintiéndome como Caperucita ante el lobo disfrazado de abuelita, porque ese tipo tenía unos ojos verdes que me sonaban muchísimo.

—Sí, digamos que soy Villares y soy periodista de investigación. El motivo de mi visita es que tengo constancia de que hace unos meses una mujer recibió un disparo a escasos metros de su farmacia y que luego fue atendida aquí.

—¿Aquí? —Agradecí que Eva estuviera roncando en la rebotica—. Imposible. Lo recordaría. No. No sé de qué me habla...

—Le hablo de una mujer italiana que descerrajó un tiro en la cara a la joven que está en la rebotica. Una joven que, cuando apenas había pasado una hora del suceso, salió de la farmacia con el rostro intacto, como si no hubiera pasado absolutamente nada.

Tragué saliva y me aferré fuerte al mostrador para que no notara que me estaban temblando las manos.

—Le repito que no sé de qué me está hablando —musité con toda la convicción que pude.

—Claro que lo sabe, por eso va a ser una buena chica y me lo va a contar todo.

Aquellas palabras resonaron en mí de tal forma que en ese momento lo supe. El tipo me miró de una forma tan familiar que volví a ser la niña que escuchaba fascinada los relatos de los amigos de mi tío. Tras esa frase ya no tuve duda alguna de dónde había visto antes esos ojos y dónde había escuchado antes esa voz, el antes más reciente, y el antes del antes.

—Lo único que sé es que esta mañana agredió con un arma blanca a mi amiga...

El tipo me miró a los ojos y me devolvió a mi infancia, a mis días felices en El Escorial, a las mañanas en los que pedía a doña María que me dejara un rato más en la cama, a las tardes en las que me escapaba a la botica y mi tío me dejaba jugar con los alambiques y las redomas o a las noches en las que venía a veces a cenar a casa y luego se quedaba conversando hasta tarde con personas venidas de la corte, de Flandes, de Italia o de las Indias.

—Lo siento mucho —lamentó agachando la cabeza—. Estoy sumamente abochornado. He intentado otras cosas antes, pero todas fallidas. ¡Estoy desesperado! He perdido el norte. Perdonadme, os lo ruego. ¿Ella está bien?

Asentí con la cabeza y luego añadió:

—Sigues teniendo la misma mirada que la niña a la que regalaba muñecas de la China...

Y con la felicidad del que se encuentra a un amigo que hace siglos que no ve, sonreí al capitán Andrés Sepúlveda, el hombre que le regaló la piedra de la inmortalidad a mi tío hacía más de quinientos años....

CAPÍTULO 2

Un reencuentro inesperado

—¡Cómo me alegro de que tu tío te diera el elixir, Azuceni! —me dijo el capitán emocionado.

Azuceni. Hacía siglos que nadie me llamaba así, la verdad es que lo odiaba. Sin embargo, ahora, me conmovía, me retrotraía a un tiempo sin secretos, sin soledad, sin huidas, y también me hacía feliz saber que el capitán también formaba parte de este viaje, en el que ¿él estaría acompañado de alguien, como yo lo estaba de Canelo?

—Yo también me alegro de verte, aunque vaya forma que has tenido de aparecer. ¡Qué ocurrencias, capitán! —le reñí con una sonrisa cariñosa.

—Te lo ruego, no me lo recuerdes más. ¿Qué tal tu vida?

Suspiré. Mi vida. Casi nada. En fin, opté por darle una visión general y rápida, como esos videos que explican algo complejo en medio minuto y que no sirven para nada.

—Los últimos cinco siglos han sido errantes, ajetreados, complicados, muy duros a veces, pero ahora estoy bien. Muy bien. ¿Sabes que Canelo sigue conmigo?

Canelo. No hay nada como algo aparentemente anecdótico para explicarlo todo.

—Tengo que ir a verlo. Me parece estupendo que tu tío le concediera la gracia al perro, te habrá hecho sentirte menos sola en mitad de esta locura en la que estamos atrapados.

—Desde luego. Y a ti, ¿quién te dio el elixir? ¿Mi tío?

—No, accedí de forma accidental al bebedizo —respondió restándole importancia—. Y tu amiga a la que he trinchado el culo, ¿cómo lo ha conseguido?

—Oye, no te pases...

—No, no. Si estoy contrito, era para ubicarla, no sé cómo se llama.

Cuanto menos supiera sobre mi amiga mejor, sin embargo, a mí sí que me interesaba saberlo todo sobre él.

—Entonces, ¿encontraste por azar más piedras como la que le diste a mi tío? ¿No estás solo?

—Lo estoy. Soy un lobo solitario, aunque me estoy cansando un poco de serlo y para eso necesito tu ayuda —dijo colocando su mano sobre la mía.

Le miré horrorizada. ¿Mi ayuda? Llevaba cinco siglos sola y estaba fenomenal así, y más ahora que no solo tenía compañía canina en esta aventura, sino que tenía una amiga eterna, que a su vez

tenía una pareja eterna, con amigos eternos. ¿Qué falta me hacía a mí un novio?

—Verás —confesé retirando su mano de la mía—, soy una atea del amor. No tengo fe y sin fe no se puede ir a ningún sitio.

—¿Pero eres feliz?

—Mucho. Sí.

—Entonces, genial. —Y volvió a tomarme de la mano—. Ahora tienes que ayudarme...

No recordaba que el capitán fuera tan zoquete, me parecía que había sido muy clara con él. No obstante, volví a ponerle las cartas sobre la mesa.

—No puede ser. Es un honor que hayas pensado en mí, pero te repito que el amor es algo que me es ajeno. —Y me zafé de nuevo de su mano.

—Azuceni, hija, que no te enteras —replicó cogiéndome por los hombros—. Que estoy pidiéndote ayuda para que...

—¡Buenas tardes! ¿Qué tal? —Estrella entró en la farmacia con una sonrisa enorme.

—Aquí estamos —respondí con una leve inclinación de cabeza.

El capitán seguía con sus manos sobre mis hombros y una cara de susto que no podía con ella.

—¿El joven es un amigo? —preguntó Estrella frotándose las manos.

Di un paso hacia atrás para liberarme de las manos del capitán sobre mis hombros, y entonces fue cuando reaccionó. Se metió las manos en los bolsillos y después farfulló:

—Soy alguien agradecido y amigo.

—¿Agradecido de la amistad? ¿O un agradecido por algo en concreto y aparte amigo? Yo soy Estrella, mucho gusto. —Le agarró por los hombros y le besó con fuerza en ambas mejillas—. Soy la dueña del bar Estrella.

—Andrés Sepúlveda, encantado.

—Tú has estado en mi bar, varias veces, además. Las caras feas las olvido rápido, pero las guapas se me quedan aquí —dijo señalándose con el dedo índice la sien—, a buen recaudo.

—No sé... Puede ser... Alguna vez... Aunque yo no soy de este barrio...

—Espero que no seas del otro barrio —repuso, dándose un manotazo en el muslo.

El capitán soltó una carcajada nerviosa y yo ya no sabía dónde meterme.

—Perdóname, Andrés, pero es que soy muy curiosa. ¿De dónde eres? A ver... —Se llevó la mano a la barbilla y achinó los ojos—. Déjame que adivine: vasco. Además, con esa cara, esas barbas y esa camiseta azul, yo diría que eres un lobo de mar. ¡Solo te falta la gorra del capitán Pescanova! ¿A que eres marino o algo parecido?

De los nervios, tiré de un manotazo la grapadora al suelo...

—¿Tu amiga sabe...? —me preguntó el capitán mientras recogía la grapadora.

—Que si sé ¿qué? ¡No me digáis que...! —Y entrechocó con una mirada picarona sus dedos índices puestos en paralelo unas cuantas veces.

—¡Por favor, Estrella! No, de ninguna manera. ¡No! Andrés es un amigo de siglos...

—¿Y qué? —replicó encogiéndose de hombros—. No todos los amores son locos, no siempre tiene que ardernos la sangre, ni darnos vuelcos al corazón. Hay amores que son más serenos y maduros, amores que se gestan despacito, que son delicados y suaves, amores que son un puerto seguro después de la tempestad, bueno, reina, en tu caso, poca tempestad, porque tu vida no puede ser más aburrida —me interpeló Estrella, dando un manotazo al aire—, pero creo que me explico.

—Sí, te explicas muy bien, pero entre Andrés y yo no hay nada, somos amigos y punto. Ha venido para contarme que le va muy bien un tratamiento que le recomendé para... la... alopecia, y ya se va.

—¿Alopecia? —preguntó mirando con admiración el cabello del joven—. Si tiene muy buen pelo...

—Por eso, precisamente. Tenías que haberle visto hace unos meses...

—Oye, pues me vas a dar a mí ese champú, que siempre he querido tener una melena leonina —me pidió, apartándose hacia atrás su melena fosca y mal teñida.

—Sí, ya te daré.

—Azuceni, lo que yo te preguntaba antes es si tu amiga sabe lo de la piedra...

Aproveché que Estrella, boquiabierta, tenía la mirada clavada en el capitán, para decirle que no con el dedo índice.

—¿Azuceni? —masculló Estrella alzando una ceja como una detective sagaz—. Vosotros me estáis engañando. Azuceni es el clásico nombrecito que se utilizan las personas cuando hay una intimidad que va más allá de lo amistoso. Y lo de la piedra es obvio que es una palabra en clave que tenéis para decir «pareja». Venga, desembuchad, a mí lo me podéis contar todo.

—No hay nada, créeme, mi nombre es Azucena, pero ya solo me llaman así los viejos amigos, y lo de la piedra es que Andrés tiene una en el riñón.

—¿Y por qué lo cuenta así, tan sospechoso? Con tanto misterio...

—No le gusta hablar de ello.

Estrella alzó las cejas en un gesto de impaciencia y luego bufó nerviosa:

—¿Y para qué saca el tema?

—Yo que sé. ¡Pregúntale a él! —exclamé señalando al capitán con la cabeza.

—Sí... —El capitán carraspeó—. Sí... Yo tengo las respuestas... Sí... A ver... A mí no me gusta hablar de mis problemas, pero saco el tema porque estoy... estoy...

—Jodido. —Estrella terminó la frase.

—Sí, exacto. Lleva unas semanas dándome la lata la maldita piedra—mintió el capitán llevándose la mano al riñón—, menos mal que mi amiga me ha recomendado un especialista buenísimo y ya estoy mejor.

—Lo celebro. Es una pena que no haya tomate entre vosotros, pegáis mucho.

—Somos dos lobos solitarios, Estrella.

—Lobo serás tú, mi amiga de loba tiene poco. Más bien, cordera. Se le escapan todos vivos. Si yo te contara, majo.

—Otro día que hoy voy con prisa. Azuceni —dijo señalándome con el dedo índice—, ya me pasaré otro ratito para hablar de la piedra, ¿te parece?

—Sí, claro, cuando quieras.

Nos dimos dos besos a través del mostrador a modo de despedida, aunque Estrella no iba a dejar al capitán irse de rositas.

—Pues con la de temas tan interesantes de los que se puede hablar, para menuda cosa vas a venir a ver a la muchacha —soltó Estrella mientras comprobaba el estado de su manicura.

—Yo, encantada —dije llevándome las manos al pecho—. A mí es un tema que me apasiona.

—Sí, pero se puede hablar de muchísimas cosas más y si es con una cenita de por medio, miel sobre hojuelas —sugirió dando una palmadita al capitán en el hombro—. El próximo día te vienes a hablar de la piedra y luego me la sacas a cenar y de marcha por garitos chulos, que se pasa el día metida aquí dentro. ¿Me vas a hacer ese favor? —preguntó mordiéndose el labio inferior en un vano intento por hacerse la inocente.

Hacía tiempo que no recordaba haber pasado tanto bochorno.

—Yo no soy muy marchoso —musitó el capitán encogiéndose de hombros.

—Pero lo vas a intentar ¿cierto? —dijo Estrella sin parar de asentir con la cabeza.

—Sí, por qué no.

—Pues, hala, ya sí que puedes irte —indicó dándole otro par de palmaditas, pero esta vez en la espalda—. ¡Venga, dos besos!

El capitán se marchó y yo sabía que venía lo peor...

—Tía, ¿tú has visto cómo está el capitán Pescanova? —me preguntó emocionadísima mientras jugueteaba con el dedo índice con uno de sus pendientes.

—No está mal —susurré fingiendo que estaba consultando algo en el ordenador.

—¡Está buenísimo! Yo ya le tenía el ojo echado, lo que no sabía es que era tu amigo. Si lo llego a saber, ya seríamos íntimos.

Constatar que no solo estábamos siendo vigilados por Francesca de Lerena me llenó de preocupación:

—¿Desde cuándo nos estará espiando el capitán? —pensé en voz alta.

—¿El capitán Pescanova, quieres decir?

—Sí, claro. ¿No le llamas así?

—Ya, pero es tu amigo, es raro que le llares por el mote. ¿Y por qué razón te iba a espiar?

—¡Lo del nombre da lo mismo! Y quiero saber cuándo ha estado por aquí, por curiosidad. ¿Recuerdas cuándo empezó a aparecer por tu bar?

—Si te vas a mosquear con él porque se pasó por mi bar y no por tu farmacia, me callo. ¡No quiero malos rollos, solo positividad!

—¿Cómo me voy a enfadar por esa bobada? Te lo pregunto por curiosidad, repito...

—Porque te mola.

—No, no me mola. Te he dicho que es un amigo y nada más. Jamás será un amor tranquilo, ni nada que se le parezca. Soy una atea del amor. Y no hay más que hablar. ¿De acuerdo? Y ahora, ¿me vas a decir de una maldita vez cuándo fue la primera vez que viste a este tío?

—¡Chica, qué carácter! Pues para no interesarte nada de nada, te excitas demasiado.

Volví a poner la mano en el ratón y clavar la mirada en la pantalla, para fingir indiferencia y que así terminara desembuchando de una vez.

—Me voy, que te veo ocupada.

Qué mujer. Cómo le gustaba hacerse de rogar.

—No, estoy haciendo unas búsquedas, nada más. Puedes hablar, que te escucho con atención.

—¿Hablar de qué?

Levanté la vista del ordenador intentando poner una cara neutra, sin embargo...

—Te mueres por saber de él. ¡Confíésalo! —gritó Estrella.

Como las víctimas de los suplicios, confesé mi supuesto pecado solo para que terminara el tormento. Asentí con la cabeza y de lo patético de la situación hasta mis mejillas se encendieron.

—¡Toma ya! Ole que ole. —Y levantó y agitó los dos puños al aire—. Lo sabía. Te mola. Si no pasa nada por reconocerlo. ¿A que te sientes mejor? —Volví a sentir con la cabeza—. Si hay confianza, *cari*, tú tranquila que yo no te voy a juzgar, al contrario, estoy aquí para ayudarte.

—Ya...

Me consolé pensando que Andrés solo volvería una vez más por la farmacia y todo acabaría como lo hacen las pesadillas inocentes y estúpidas en cuanto suena el despertador.

—La primera vez que vino fue este verano, unos días después de que Hugo estuviera por primera vez en mi bar. Recuerdo que se sentó en una mesa, se puso a tomar unas notas y que cuando me acerqué a preguntarle que qué deseaba tomar, hizo un movimiento extraño y me pinchó en la mano con el extremo de su pluma. Llevaba una pluma con el capuchón en punta y me lo clavó sin querer...

Este hombre se pasa el día trinchando a la gente, pensé, menuda vida que llevaba.

—¿Y te hizo daño?

—Nada. Si fue un pinchacito de nada. Pero, tía, más mono —canturreó poniendo cara de pánfila—. Me cogió de la mano y se quedó mirando la herida con una pena... No me soltó de la mano hasta que comprobó que la herida estaba bien cerrada, con eso te lo digo todo.

¡El capitán debía de pensarse que tenía en mi poder bebedizos para todo el barrio!

—Es muy gentil —concluí fingiendo una sonrisa.

—Sí, de hecho, creo que se ha hecho el olvidadizo para que a ti no te dieran celos de estos acercamientos que tuvimos. Seguro que me recuerda a la perfección, yo soy una mujer muy especial, quien me conoce no me olvida y no te cuento mi bar, que es único en su género.

—Por supuesto.

—Pero como es tan caballero, ha preferido hacerse el desmemoriado. Caballero y un pelín torpe, aunque eso le da como más encanto. ¿No te parece?

—¿Torpe? No sé, yo no le veo especialmente torpe.

Me temí lo peor...

—Sí que lo es, sí, un poquito. Verás, otro día que vino resulta que yo llevaba unos taconazos del chino que me hacían un daño de muerte, y me los quité en un ataque de desesperación. Y nada, fui a atenderle a la mesa y el muchacho había tirado sin querer con el codo uno de los ceniceros tan ideales que tengo que me trae mi prima de Talavera y me corté los pies que no veas tú qué heridas más profundas.

Madre mía. ¡Qué criminal!

—Vaya... —dije tapándome la mano con la boca para evitar soltar un exabrupto.

—¡Qué caballero, Lily! Se fue al botiquín, me curó las heridas y, no conforme con eso, se marchó a la zapatería de la plaza y me compró unos Crocs más monos...

—¡Qué detalle! Qué raro que no me hayas contado tú esto.

—Te lo conté, pero como muchas veces estás con la cabeza en otra parte.

Tenía razón. Sobre todo, con ella, la mayoría de las veces ni la escucho...

—Oye, pues qué majo, ¿no?

Menudo maquiavélico. ¿A cuánta gente más del barrio habría herido para comprobar si eran inmortales?

—Mucho. Y mira, a lo tonto, te he conseguido una cita con un poco de suerte para el viernes. — Y, muy ilusionada, se frotó las manos.

—¡Imposible! —repliqué dándome un golpecito con la mano en la frente.

De repente, recordé que a finales de semana tenía que asistir a un congreso de la Asociación Europea de Geoquímica en Florencia. Estaba especialmente interesada en la ponencia de un profesor que defendía que la vida se originó en Marte y que llegó a la Tierra a bordo de meteoritos. Y es que, aun cuando ya no dispusiera de la muestra para seguir investigando sobre la piedra que nos dotó de la inmortalidad, me interesaba muchísimo conocer el trabajo de ese profesor porque intuía que el origen de nuestra piedra bien podría ser marciano, tanto por la dinámica orbital de estos dos planetas como porque se estima que han llegado a nuestro planeta más de mil millones de toneladas de rocas procedentes de Marte. Así que todo lo relacionado con las investigaciones en esta línea me interesaba y yo debía de estar en Florencia sí o sí.

—¿Imposible por qué? —me preguntó Estrella con el ceño fruncido.

—Me acabo de acordar que tengo que asistir a una conferencia el viernes en Florencia.

—¡Florencia! —suspiró—. ¡Cómo se te puede olvidar que tienes que viajar a un lugar tan maravilloso! —Me encogí de hombros—. ¿Y de qué va la conferencia?

—De piedras.

Conociendo a Estrella si empezaba a darle explicaciones sobre la hipótesis del profesor respecto a que la vida vino en una roca marciana, iba a acribillarme a preguntas hasta la hora del cierre, así que preferí dejarlo en un escueto «de piedras» que sonaba a plomizo y poco apetecible.

—¿De piedras de riñón? —preguntó con un mohín de repugnancia y temor.

Asentí con la cabeza con una amplia sonrisa.

—¡Ni regalado me meto yo en un congreso de esos! Y más en Florencia que es una ciudad donde la pasión y la emoción te sobrecogen en cada esquina. Te voy a reservar mesa para dos para que cenes en un sitio muy especial que conocí cuando estuve con un grupo de la parroquia hace unos años.

—No hace falta, gracias. Tengo que estar el viernes. Del congreso me iré al hotel y vuelo al día siguiente para Madrid.

Estrella me miró como si yo fuera alguien a punto de arruinar su vida, pero para el que todavía quedaba cierta esperanza de tomar el camino correcto:

—¿Tú estás tonta? —me dijo con los brazos en jarras y moviendo la cabeza de un lado a otro con un gesto reprobatorio.

—¿Por? —pregunté alzando una ceja.

—Florencia, primavera, noche. —Y dibujó con su mano una estela en el aire al tiempo que pronunciaba las palabras.

—¿Y? ¿Qué tiene de particular?

—Mujer, joven, guapa, Florencia, primavera, noche. —Y volvió a repetir el mismo movimiento con la mano.

—Gracias por la cuenta que me tiene... —Me puse a buscar en mi ordenador el número de referencia de una tobillera que me había pedido una clienta esa mañana, no porque me urgiera, sino para que me dejara en paz.

—Nena, nena, deja eso y mírame —me ordenó tomándome por la barbilla y obligándome así a mirarla.

—Estoy trabajando, querida. —Aunque intenté ser delicada, sonó borde, muy borde.

—Soy tu amiga y quiero lo mejor para ti. ¿Te enteras? —Me tomó por los hombros y marcando cada sílaba con un empujoncito me ordenó—: Te vas a ir a Florencia a aprender mucho y después a divertirme muchísimo más.

—No te preocupes que en cuanto llegue a la habitación me pongo a jugar al Atríviate.

—Me parece que vas a tener que revisar tu concepto de diversión —sugirió condescendiente.

—¡No conozco a nadie en Florencia!

—Cambia el chip —replicó chascando los dedos—. Necesitamos otra actitud. Vas a ir a un congreso de piedras, qué mejor lugar para conocer gente. Ya sé que te gusta el capitán, pero no hay que poner puertas al campo. Una soltera debe actuar como una farmacia de veinticuatro horas, siempre abierta a la vida y al amor. ¿Qué ropa vas a llevar?

—Algo cómodo, supongo.

—La comodidad no es sexy. La comodidad es aburrida. La comodidad es fracaso.

—No insistas. No tengo la necesidad de gustar, de sentirme deseada por las miradas ajenas —le recordé, negándolo incluso con el dedo índice.

—Pero gustas y eres deseada.

—No necesito que ningún hombre me admire, me cuide y me proteja para sentirme bien, no necesito la aprobación de nadie para sentirme segura y con la estima en su sitio. ¡Estoy fenomenal!

—Ya lo sé. Yo de lo que hablo es de afán de excelencia y de diversión. Mañana te traigo unos vestidos que se me han quedado pequeños... —¿Tendrá algún vestido que sea de su talla?—. Y también te voy a prestar unos zapatos que en eso no habrá problema porque calzamos el mismo número. —En lo que habría problema sería con el casco y los arneses que tendría que ponerme para subirme a sus andamios—. ¿Y en el pelo qué tienes pensado hacerte? —preguntó removiéndose la melena con una mano.

—Nada. Lo llevaré suelto, como siempre.

—Si hacemos lo de siempre, sucederá lo de siempre: volveremos a casa con el marcador a cero. Debemos impedirlo como sea, para una vez que sales; debemos aprovecharlo al máximo. Por diversión, para pasarlo genial. Dame ese boli. Te voy a enseñar un truco muy fácil que siempre funciona.

—Toma el boli.

¿Un truco de qué? ¿Magia para amenizar las pausas entre ponencia y ponencia? Estrella cada día estaba peor, fue lo primero que se me vino a la cabeza; sin embargo, estaba equivocadísima...

—Mira, tú tienes que hacer esto...

Con una habilidad pasmosa, se recogió la melena, la enrolló y después se hizo un moño que sujetó con el bolígrafo.

—Parece fácil...

—El clásico moño, sí. No tiene nada que hacer. Lo importante es lo que viene ahora, tú cuando veas a algún tío que te guste, le miras a los ojos, un par de segundos, no más, si estás un poco más lo estropeas todo porque ya quedas como una fresca, y tú no eres eso, así que recuerda, dos segundos de mirada fulminante a los ojos y luego, retiras el bolígrafo lentamente —y se sacó muy despacio el bolígrafo—, luego muy sensual dejas caer la cabeza hacia atrás —y la echó hacia atrás de una forma más práctica que lujuriosa, como si buscara un mosquito en el techo—, y

mueves la cabeza a un lado y a otro mientras inspiras y espiras lentamente...

Sus indicaciones parecían más gimnasia suave para ancianos que un truco de seducción infalible, pero le agradecí el consejo y supuse que todo acabaría ahí.

—Genial, así lo haré.

—No he terminado, queda lo más importante. Cuando tú ya te sientas la melena en su sitio, lo miras otra vez, pero desafiante, como si tú fueras algo grandioso, yo que sé, el Annapurna...

—Es que no sé, no me veo yo sintiéndome el Annapurna.

—La catedral de Burgos, hija mía, algo espectacular que sea digno de ver. Lo importante es que le mires y que tus ojos digan —parpadeó un par de veces con los labios fruncidos y luego susurró vocalizando exageradamente—: ¿Te lo vas perder?

—Espero acordarme de todo.

—Claro que sí. Con lo lista que tú eres... A ver, hazte el moño que te vea...

Me entregó el boli, me hice el moño de mala gana y al intentar sacar el bolígrafo se me quedó enganchado un mechón de pelo en el clic de sujeción al bolsillo y no había forma de quitármelo de la cabeza.

—Espera que te ayudo —dijo Estrella pasándose detrás del mostrador—. ¡No entiendo cómo te ha podido pasar esto! Ahora, tú no te desanimes, tú siempre con positividad.

Me estaba dando tales tirones del pelo que no me quedó más remedio que gritar y despertar a Eva, que salió somnolienta de la rebotica.

—¿Qué ha pasado, chicas? —preguntó muerta de risa.

—Evita, ¿no tendrás unas tijeras por ahí?

—¿Qué? —grité espantada mientras Eva le entregaba las tijeras—. ¿No me irás a cortar ese mechón tan grueso? —refunfuñé mirándome en el reflejo del espejo que tenía enfrente.

—El pelo crece. —Y sin mediar más palabra, dio el tijeretazo.

Al ver mi cabellera en sus manos, me entraron ganas de llamar al capitán para que siguiera haciéndole pruebas para comprobar si era inmortal.

—¡Tú y tus ideas! —espeté—. Esto no tiene arreglo ni haciéndome una coleta... —Me recogí el pelo en una cola de caballo y apenas colgaban tres manojillos de pelo—. Ahora a ver qué hago...

—Yo no veo que sea para tanto, puede pasar por un corte moderno. Pero si lo ves mucho drama, yo te presto unas pelucas que tengo estupendas.

—No, gracias —bufé muy enfadada.

—No se nota tanto, Lily —me dijo Eva, a punto de estallar en carcajadas.

—Claro que no. ¿Y tú qué tal vas con el embarazo? —preguntó la lista de Estrella, pensando que cambiando de tema se me iba a olvidar de que me había desgraciado el pelo.

—Me encuentro muy bien. Estoy teniendo un embarazo estupendo. No me puedo quejar de nada.

—¿Y ya has pensado cómo va a ser el parto? —Eva negó con la cabeza—. Te lo digo porque

tengo una amiga matrona que asiste en partos en casa y que es buenísima.

—Déjalo, Estrella. Ya has dado demasiadas ideas por hoy —repuse con desdén.

—A mí no me parece mala idea —opinó Eva—. De hecho, ¡me parece perfecta! Cuéntame.

—Es que llevo un buen rato fuera del bar —se excusó compungida como debería haberlo hecho por el estropicio de mi melena—, en otro ratito me paso y te cuento. Te va a fascinar, ya verás. ¡Nos vemos, guapas! Y tú, Lily, no seas boba, que ha sido un mechoncito de nada...

Estrella se fue y yo me quedé refunfuñando...

—No es mala idea la del parto en casa. No puedo arriesgarme a ir a un hospital y que vean cómo me recupero a los tres segundos. No habíamos caído en eso...

—Es verdad. Tenemos que tener cuidado. Pero no sé yo si fiarme mucho de Estrella.

—Sí, mujer, a mí la idea me gusta.

—Entiendo que ahora mismo cualquier propuesta que venga de ella me va a parecer una insensatez —dije acariciando mi melena desmochada.

—No se nota apenas lo del pelo. Y respecto al parto, tenemos que valorarlo.

—Ya lo hablaremos, sí. Ahora tengo que contarte algo: el tío que te trinchó el culo se ha marchado hace un rato de aquí. Es el capitán Sepúlveda, el hombre que le trajo la piedra de la inmortalidad a mi tío.

—¿Y qué quiere? —me preguntó angustiada.

—Me parece que piensa que tengo más dosis del elixir, tengo una conversación pendiente con él. Pero tú tranquila, por favor, no va a pasar nada. El capitán era un gran amigo de mi tío y me consta que es un hombre leal, podemos confiar en él.

O eso creía...

CAPÍTULO 3

La última vez que nos vimos

Días después estaba en Florencia, escuchando con suma atención al profesor que sostenía la hipótesis de que la vida pudo originarse en Marte. Estaba en la cuarta fila y con el atuendo perfecto, gracias a mi capacidad de improvisación y a mi imaginación delirante. Llevaba un minivestido azulón de lycra de escote palabra de honor, que me había prestado Estrella, al que, por supuesto, después de hacerme una foto con él para que mi amiga se cerciorara de que me lo había puesto, le coloqué encima un jersey fino negro y hecho esto, sutilmente, sin que nadie se percatara, deslicé el vestido hasta la cadera, que finalmente quedó como una falda tubo por debajo de la rodilla. En el bolso, llevaba guardadas las plataformas plateadas que me había prestado Estrellita, a juego con unos pendientes de aro que sí que llevaba puestos, porque no quedaban mal con el moño bajo que me había hecho para que no se notara el estropicio que mi amiga me había hecho con las tijeras. Y desde luego, el boli lo tenía en la mano para tomar notas de la interesante intervención del profesor.

Según contó, había una forma de mineral oxidado del elemento químico molibdeno, que fue imprescindible para que surgiera la vida, que solo pudo estar disponible en la superficie de Marte y no en nuestro planeta porque hacía tres mil millones de años la superficie de la Tierra tenía muy poco oxígeno. Lo que significaba que era más probable que la vida llegara a la Tierra en un meteorito procedente de Marte que que surgiera en nuestro planeta.

Y en estas estábamos cuando escuché:

—Disculpe... —me susurró al oído el señor que tenía detrás de mí.

—Diga —dije sin dejar de mirar al ponente.

—¿Cómo ha dicho que se llama el mineral?

—Molibdeno —respondí sin dejar de mirar al frente.

—¿Perdone?

El señor se acercó más a mí, pude oler su perfume, un olor que reconocí, que estaba guardado en algún lugar secreto de mi memoria, una perfecta y arrebatadora mezcla de madera y ámbar. Un olor que evocó un recuerdo que se avivó al atisbar con el rabillo del ojo que era un hombre muy atractivo: tendría unos treinta años, el pelo negro ondulado, el perfil romano, la piel cetrina, las

cejas anchas, los ojos marrones y los pómulos marcados.

No podía ser. Los sentidos engañan, son traidores, no podía fiarme de ellos. Como tantas veces, una vez más creí verle, pero como siempre solo sería un espejismo.

Me convencí de que no era él. No tenía nada que temer. Todo estaba bien. Descarté por completo que el hombre que estaba detrás de mí fuera el hombre de mi recuerdo. Tan solo me puse un poco nerviosa por la situación, por si molestábamos a las personas que teníamos a nuestro alrededor, así que, para acabar cuanto antes, decidí escribir el nombre del mineral en un trozo de papel y después lo coloqué por encima de mi hombro para que el joven lo cogiera. Como así hizo, lo cogió acariciando mis dedos de una forma que me provocaron un pequeño estremecimiento que achaqué a lo que dijo Estrella de que en Florencia la emoción y la pasión te asaltan en cada esquina, como los atracadores lo hacen en los barrios peligrosos.

Había estado muy bien. Ya tenía mi momento de intensidad florentina y sobre todo algo que contar a Estrella, por lo que volví a centrarme en la conferencia con una sonrisa de deber cumplido en los labios.

El profesor hablaba ahora de las dos paradojas que situaban en Marte el origen de la vida terrestre. Por un lado, la paradoja del alquitrán, que venía a decir que son necesarios elementos como el boro y el molibdeno para controlar la propensión de la materia orgánica a convertirse en alquitrán, por lo que estaba convencido que estos minerales fueron cruciales para que surgiera la vida, minerales que había en Marte, según demostró el análisis de un meteorito marciano. Y, por otro lado, la paradoja del agua, que planteaba cómo pudo prosperar la vida en nuestro planeta primitivo cuando era probable que estuviera cubierto de agua, ya que el agua corroe el ARN y la formación de concentraciones de boro.

El profesor no tenía duda y para él la respuesta a las paradojas era que la vida surgió en Marte y...

No pude seguir escuchando porque de pronto sentí unos golpecitos en el hombro y me estremecí otra vez de la cabeza a los pies. El joven de nuevo. ¿Qué querría ahora? Giré un poco la cabeza y vi que sostenía en la mano un papel tan doblado que para cogerlo tuve que tocar sus dedos. Y otra vez esa sensación, ese pequeño deseo intenso y conmovedor, ese dulce arrebató de locura que solo es posible en Florencia.

Respiré hondo y con las manos temblorosas abrí el papel en el que suponía que me iba a dar las gracias por haberle facilitado el nombre del mineral. Pero estábamos en Florencia:

¿Podría quitarse el jersey que se ha puesto y dejarme que disfrute de sus bellos hombros?

Perpleja ante el descaro del joven y con el corazón latiendo con fuerza, guardé en el bolso el papel y traté de concentrarme una vez más en la conferencia como si no hubiera pasado nada.

El profesor explicaba que su hipótesis era que la vida surgió en Marte, que viajó en un meteorito hasta la Tierra y que menos mal que así había sido porque nuestro planeta es el que posee mejores condiciones para albergar la vida. Y eso era todo, daba las gracias a la Asociación por haberle invitado...

¿Cómo? ¿Se estaba despidiendo? ¿Y ahora qué hacía si al joven le daba por dirigirme la palabra, por presentarse o por proponerme que comentáramos la ponencia comiendo en alguna parte? Sentí un pánico atroz que me dejó paralizada en mi butaca. No entendía lo que me estaba pasando. ¿Cómo podía estar muerta de miedo por si un señor, que me había pasado una estúpida nota, se dirigía a mí? ¿Acaso no tenía boca para declinar su invitación? ¿O acaso a lo que tenía miedo era a que, contagiada por el espíritu florentino, me diera por aceptar su propuesta?

Mientras me debatía entre dudas absurdas y no paraba de trazar garabatos en mi cuaderno, fingiendo que estaba terminando de apuntar unas notas, los asistentes abandonaron la sala charlando animadamente unos con otros.

¿El tío que estaba sentado detrás de mí se habría ido ya? Como estaba echada hacia delante simulando que tomaba notas, no podía ni por el rabillo del ojo comprobar si seguía allí. Tampoco podía hacer mucho caso al instinto porque, si bien le sentía con su mirada florentina recorriendo mi nuca, mi cuello, mis clavículas y mis hombros, me iba a resultar imposible levantarme de mi asiento si me fiaba de él.

Opté por permanecer en mi sitio hasta que la sala casi se quedó vacía y no me quedó más remedio que salir de allí porque un bedel me lo pidió. Recogí mis cosas, me puse en pie y deseé que el joven se hubiera marchado con la misma fuerza con la que anhelaba que siguiera allí.

Me giré y sentí una pequeña punzada de decepción al constatar que tan solo quedaba el olor de su perfume, madera y ámbar, flotando en el aire. Y a pesar de que hubiese estado bien sentirlo otra vez, el arrebataimiento, el estremecimiento, lo inesperado, me alegré de que mi experiencia florentina hubiera acabado, de poder regresar a casa teniéndolo todo bajo control, como siempre.

Pero antes de volver, tenía que cumplir con la promesa que le había hecho a Estrella de visitar la ciudad y luego cenar en el restaurante en el que me había reservado mesa, para dos, porque según ella en Florencia es imposible que no se produzca algún encuentro mágico.

No era mi caso, ya que me fui a comer sola a la cafetería del restaurante del salón de congresos y sola pensaba cenar horas después de recorrerme la ciudad.

Precisamente, estaba repasando el itinerario que mi amiga me había preparado cuando alguien colocó su bandeja frente a mí, en la mesa, y después se sentó devolviéndome otra vez ese olor y esa sensación loca, burbujeante y alegre.

—¿Le importa que me siente con usted? —me preguntó de una forma tan decidida que daba igual mi respuesta: se iba a sentar de cualquier forma.

Para ganar tiempo mientras pensaba qué hacía, tomé mi refresco y di un sorbo a mi bebida...

—No hay nada más sensual que una mujer bebiendo de un vaso largo —me dijo, sentándose frente a mí.

Me atraganté. Me atraganté y tosí unas cuantas veces tapándome la cara con las dos manos. No podía ser. No podía ser él, otra vez. Dos siglos después... El hombre de mi recuerdo era una realidad tangible.

—¿Se encuentra bien?

Hacía casi dos siglos que nos habíamos visto por última vez. Después de que apareciera en mi botica para que le despachara usnea, nos encontramos en un baile... Yo llevaba un horrible peinado en bandós y un vestido azul con perifollos en las faldas. Qué horror. Con un poco de suerte no me habría reconocido y tras una breve conversación intrascendente, Milos volvería a desaparecer de mi vida.

—Sí, estoy perfectamente —dije dejando el vaso sobre la mesa.

—Soy Milos Conti —se presentó tendiéndome la mano.

—Encantada —musité, rezando para que no me reconociera.

—Usted es Lily Martínez —soltó estrechando mi mano.

¡Me había reconocido! No podía seguir allí ni un minuto más. En cuanto me liberé de su apretón de manos, fuerte, cálido y estremecedor, acompañado de su mirada rotunda que rompía hasta la última de mis tinieblas, que hacía que el dolor solo fuera un recuerdo, que descolocaba, que redimía, que fecundaba mi destierro...

¿Qué insensateces estaba pensando? ¡Tenía que finalizar con aquello cuanto antes!

Saqué mi móvil con la intención de fingir que tenía algo urgente que hacer y escapar de allí como fuera.

—Está bien esto de las credenciales de los congresos —me dijo mientras consultaba mi correo electrónico en el que solo tenía un mensaje de Estrella dándome ánimos para que siguiera adelante con la aventura.

—¿Cómo dice?

—Que está bien que llevemos el nombre colgado del cuello...

—Ah, esto... —Caí al fin, agitando mi credencial.

¿No me había reconocido? Pues él estaba exactamente igual. A pesar de la ropa actual, estaba como la última vez que nos encontramos.

—¿Cómo si no iba a saber su nombre? —me preguntó encogiéndose de hombros.

—Ya, sí, claro... —farfullé.

Lo había olvidado todo. Me había olvidado. No era ni tan siquiera un recuerdo, cuando yo podía revivir hasta el último detalle de nuestro último encuentro...

La condesa de Arasal me había invitado al baile que daba en su palacete. No era un baile cualquiera, era el gran baile del año que además iniciaba las temporadas de baile. Ministros,

embajadores, grandes de España y todos los más destacados por nacimiento, talento o belleza, estaban convocados. No era mi caso. Yo acudía porque según la condesa preparaba el mejor remedio para la gota del reino y esa habilidad me había hecho merecedora del privilegio de estar a punto de entrar en una de las mejores fiestas, con un vestido azul escotado, de talle corto y remate triangular en la delantera, falda acampanada con volantes de gasa, zapatos de raso a juego, guantes color marfil y mi carné de baile de nácar en la mano.

Eran casi las nueve de la noche cuando entré en el palacete sabiendo que ese no era mi lugar a pesar del agradecimiento que pudiera tenerme la condesa. Yo no era una jovencita a la caza de un marido, ni una dama que fuera a hacer negocios, ni siquiera alguien que asistiera por pura diversión. Para mí estar en la fiesta era un tormento, detestaba los bailes, odiaba las galanterías y las ballenas del corsé apenas me permitían respirar.

Sin dejar de prometerme que la próxima vez declinaría la invitación de la condesa con cualquier pretexto creíble, crucé la entrada y el zaguán, muy iluminados y decorados con flores traídas del Levante.

Un lacayo me indicó que subiera unas elegantes escaleras cubiertas por alfombras rojas y espejos en las paredes donde las damas daban el último vistazo al peinado, maquillaje y atuendo. Yo no quise ver mi reflejo, me sentía ridícula con el peinado que me había hecho un peluquero francés que había enviado a mi casa la condesa esa misma mañana y mi estampa de dama soltera de treinta años, con su carné de baile de nácar intacto, me resultaba como poco patética.

Huyendo de los espejos, aparecí a las puertas del salón de baile casi jadeando. Me estaba enjugando las gotitas de sudor de la frente con un pañuelo de puntillas, cuando el conde me ofreció amable su brazo para que entrara en el salón. Agradecí su gentileza y dejé que me llevara hasta la condesa que, nada más verme, me saludó efusivamente, y me dedicó el mismo tiempo y atención que el que se le presta a un embajador. Las damas que ya estaban sentadas en las sillas de terciopelo rojo que rodeaban el espacio para el baile, me miraban celosas porque sabían que ese privilegio en el trato que me daba la anfitriona provocaría que me llovieran las invitaciones de los caballeros, como así fue.

En cuestión de minutos, tenía mi carné de baile completo. O casi. Porque de pronto se escuchó un murmullo femenino en la sala, los abanicos se agitaron frenéticamente, las damas se repasaron los peinados con la mano, disimuladamente se pellizcaron las mejillas con los dedos y se humedecieron los labios con la lengua para darles más brillo.

La razón del revuelo era un joven moreno, alto, apuesto y elegante, que vestía un impecable frac, con pantalón negro, chaleco gris y guantes que, en cuanto irrumpió en el salón de baile, lo primero que hizo fue dirigirse hacia mí. Me quedé sin aliento, como todas, aunque en mi caso tenía más razones para estar al borde del desmayo:

—Yo sabía que esta fiesta a la que no quería acudir me tenía reservada una sorpresa. ¿Le queda

todavía un baile para un viejo amigo?

—Me parece que... —Logré decir, pero no me dejó terminar la frase.

—No hemos bailado juntos todavía. Resérveme el vals.

Y se marchó para el salón contiguo donde estaban las mesas de juego, dejándome su aroma a madera y ámbar y el recuerdo de todo lo vivido. Me temblaban hasta las pestañas y como pude, todavía no sé cómo, logré llegar a la silla que tenía más próxima y caí desfallecida junto a una viuda que me ofreció sus sales.

—¿Qué le ha dicho ese joven para que su tez se haya tornado del color del arroz? —me preguntó mientras me abanicaba entre intrigada y divertida.

—¿El joven? Nada. Estoy un poco mareada por el vestido, no estoy acostumbrada a llevar estas ropas.

—Pues tendrá que llevarlas puestas hasta el final del baile, aunque quién sabe... ¿Qué baile le ha concedido al joven? —También era mala suerte haberme sentado al lado de la mujer más chismosa del baile.

—Un vals —repliqué sin darle importancia.

—Es usted muy lista, señorita... —Cerró su abanico y me dio con él unos golpecitos en el hombro—. ¿Y el joven quién es?

—Lo desconozco. —Suspiré.

No era mentira. Milos era un misterio para mí. Milos. Otra vez, Milos. La última vez que nos vimos, unos sesenta años antes, desaparecí de su lecho después de una maravillosa noche de amor que no sabía si estaba preparada para repetir.

Y ajenos a mis desvelos, los músicos comenzaron a tocar los primeros compases del primer baile que abrieron los anfitriones. Pieza a pieza, los bailes se fueron sucediendo; bailé minués con viejos parlanchines y contradanzas con jóvenes patosos, sin dejar de pensar en que pronto llegaría el vals y estaría de nuevo en los brazos de Milos.

Cuando faltaban dos bailes para que eso sucediera, según rezaba el programa de la fiesta, me fui a la sala contigua, en la que habían dispuesto la mesa de ambigú repleta de bebidas y sándwiches, pastelillos, pastas y dulces.

Después de pasar junto al corrillo de mujeres que se quejaban porque el bastonero no les había concedido el lugar en el baile que creían merecer, le pedí al mozo de comedor un refresco que me bebí como jamás debe hacerlo una dama: del tirón.

Estaba muerta de sed y de nervios, pero esta vez sí que tuve el valor de mirarme en el espejo y contemplar a la mujer aterrada que tenía enfrente. ¿Algún día Milos dejaría de causar esos estragos en mí?

Regresé a la sala de baile y al poco sentí la mirada de alguien por detrás, tan certera que me obligó a girar la cabeza. Era él. Se acercó más a mí y comenzó a rodearme, a dar pasos lentos y

seguros alrededor de mí sin dejar de mirarme de una forma que me hizo sentirme desnuda.

Sin escapatoria, a su merced, celebré que sonaran los primeros compases del vals, aunque eso supusiera cogerle del brazo y así ir juntos hasta el lugar que nos indicara el bastonero. Prefería el contacto físico en una situación que manejaba a sentirme como un animalillo aterrorizado a punto de ser devorado por un felino implacable.

Claro que hasta entonces había bailado piezas decorosas con danzantes que no hacían que el corazón se me subiera a la boca y me dejaban trémula de deseo como en ese momento lo estaba haciendo Milos, en cuanto puso una mano en mi espalda y me acercó a él tanto que nuestros pechos se juntaron.

—No sé qué estás haciendo —musité enfadada y mordiéndome después los labios porque estaba a punto de derretirme.

—En Venecia bailamos así el vals, Azucena.

Su mano derecha estaba en mi espalda, la izquierda sostenía mi mano y yo, porque lo exigía el baile, apoyé mi brazo en el suyo.

—No estamos en Venecia —espeté.

—Donde estoy siempre está Venecia.

Y comenzamos a bailar unos pasos adelante y atrás, en un fascinante movimiento de vaivén.

—Deberías...

No pude decir más, solo sé que giré y giré, que el miedo voló, que nos deslizamos por la pista, alegres y ligeros, atrevidos y salvajes, como los jazmines se agitan cuando nadie los ve, en el aire misterioso de la noche.

No obstante, la magia duró un suspiro. Milos me devolvió de su brazo a mi silla, no sin antes susurrarme al oído:

—Muero por besar su vientre, será en el secreto del bosque. Allí la espero. No se demore.

Si Milos pensaba que, a esas horas de la noche, y con el invierno recién estrenado, iba a adentrarme en el bosque de robles que había detrás del palacete de la condesa para que me besara no sé dónde, estaba rematadamente loco.

Acepté el refresco que me ofreció el bastonero, me senté y sentí cierto alivio al comprobar que quedaban pocos bailes para que acabara la pesadilla.

Mientras que esperaba a que sonara el minué que había concedido al capitán Morillas, un viejo que apenas podía tenerse en pie y con una halitosis sin remedio, no podía dejar de pensar en Milos. Milos en el bosque esperándome, temblando de frío y deseo, en Milos y yo juntos, amándonos, como la última vez. Como dos extraños que saben lo esencial el uno del otro. Como dos que están condenados al reencuentro perpetuo. Dos a los que esa noche la pasión les había concedido una tregua en el infierno...

¿Qué diantres hacía en el salón de baile?

Me levanté y cuando estaba a punto de bajar los últimos peldaños de la escalera, me encontré con la viuda chismosa que subía de frente:

—¿Adónde vas con tantas prisas, criatura?

—Es una urgencia. Le ruego que se disculpe en mi nombre con las personas a las que he concedido el baile, pero tengo que salir para la botica con celeridad, alguien necesita ahora mismo un remedio y tengo que abandonar el salón.

La viuda me miró de arriba abajo, con una sonrisa pícaro y luego pellizcándose la barbilla con los dedos, habló:

—Imagino cuál es el remedio que necesita ese alguien... Vaya cuanto antes, pero póngase mi chal, hace mucho frío fuera y ya no le cuento en la espesura del bosque.

La viuda se quitó su chal y lo colocó sobre mis hombros sin que me diera tiempo a rechazar su ofrecimiento. Para no discutir y salir de allí cuanto antes, me quedé con la prenda encima que, para mi espanto, me hacía parecer como cincuenta años más vieja.

—Se lo agradezco, señora; voy a la botica —insistí— y regreso en un santiamén.

—Tómese su tiempo. Yo también fui joven y fui muy feliz en el bosque... —soltó poniendo cara de inocente.

Recé para que solo la viuda se hubiera percatado de que salía en mitad de la noche a encontrarme con un viejo amante y me armé de valor...

Abandoné el palacete con calma y discreción, si bien cuando dejé de estar iluminada por sus luces, me levanté las faldas del vestido y corrí todo lo que me permitieron mis zapatos de raso en dirección al bosque.

Minutos después ya pisaba las húmedas hojas, ya sentía el silencio acechante, el frío implacable del bosque y un deseo infinito. Corría y corría hacia Milos, sin importarme absolutamente nada, ni mi reputación, ni los peligros del bosque, ni lo que pudiera pasar al día siguiente. Solo importaba el momento. Y hacia ese momento iba desbocada hasta que sucedió lo inevitable, me tropecé y caí de bruces en el suelo. Agradecí ser inmortal porque otra en mi lugar no hubiese podido seguir corriendo con semejante trompada. Sin embargo, yo no tuve que esperar más que unos segundos para salir de nuevo corriendo como si no hubiera pasado nada. Pero no pude avanzar mucho más porque un aullido me detuvo, y no porque un lobo fuera a pararme, pues llegados a ese punto ya todo me daba igual, sino porque una figura salió detrás de un roble.

Un haz de luz de luna pasó entre el ramaje de los árboles y pude verle. Milos se acercó a mí, sigiloso como un lobo, y antes de que pudiera decir nada, colocó su dedo en mis labios, lo posó unos segundos, y lo deslizó desde mis labios a mi escote.

Estábamos perdidos. Se quitó la capa y la dejó caer sobre las hojas, volvió a poner la mano en mi espalda, como si fuéramos a bailar, mas no lo hicimos. Su mano se deslizó a mi cintura, volé hacia él y ahogó mi suspiro con un beso. Besé sus labios que tanto deseaba, nuestras bocas y

lenguas volvieron a encontrarse como la tierra que estaba bajo nuestros pies volvía a encontrarse cada noche con la luna que nos espiaba.

Milos luego se acercó a mi cuello, si bien no me besó. Solo me olía. Me olía como no sabía que podía ser olida y así siguió hasta que colocó su nariz en mi nuca.

Me arrebató el chal que dejó en el suelo y luego me quitó el collar, los pendientes y la diadema de oro y brillantes, que me había prestado la condesa, y que con cuidado depositó sobre su sombrero. Después desabrochó lentamente el corsé de mi vestido, deslizó las faldas y mi ropa interior, que cayeron como lo hicieron hasta la última de mis defensas, cuando quedé desnuda ante él.

Petrificada de deseo, sus manos recorrían mi espalda y la curvatura de mis nalgas mientras seguía oliéndome, lamiéndome, así hasta que me dio la vuelta y sus labios se acercaron tanto a los míos que sentí que ya los besaba, pero no fue así. Milos hundió sus dedos con tal fuerza en mi pelo que tuve que echar la cabeza hacia atrás, perdiendo entonces su boca que acabó en mi vientre, como me había prometido.

—Un veneciano siempre cumple sus promesas —me dijo.

Pero yo ya quería algo que más que su promesa. Le agarré con fuerza, clavando mis uñas en sus fuertes hombros, y los dos acabamos en el suelo, él sobre mí, como dos animales sueltos en el bosque, entregados al placer de los sentidos.

Un viento del sur trajo a nuestros oídos risas del baile, pero la verdadera fiesta era la de nuestros cuerpos insensatos haciendo el amor. Dos locos que, entre aullidos y gritos, porque los jadeos y los gemidos no eran suficientes, hacíamos retroceder temerosos al resto de los animales.

Nos amábamos como nunca y como siempre, sobre un lecho de hojas, en tanto el viento traía la música del vals que me alegraba de no estar bailando. Mi mundo era Milos y no había nada que deseara más que estar en sus brazos, amándole, ofreciéndole en ese instante mi cuello que, de pronto, rechazó.

Milos se levantó y se quedó de pie, con la espalda pegada un tronco de roble. Gateé hasta donde encontraba y quedé de rodillas frente a su miembro. Sabía a lo que quería jugar y decidí ser complaciente. Lo poseí con mi boca plenamente, entraba y salía, tomé sus testículos, hice todo lo que había que hacer para que se derritiera de placer, si bien cuando llegó el momento en el que sabía que iba a terminar todo, lo aparté de mí. Me puse en pie, le besé en los labios, me coloqué el vestido, tomé las joyas y el chal y me marché del lugar diciendo:

—No olvides que tenemos algo pendiente.

Abandoné el bosque, sabiendo que iba a dejarme hacerlo, y antes de regresar al baile, retiré los restos de tierra del vestido y me recompuse un poco el peinado. Luego, subí al salón y me senté en una silla con cara de no haber un roto un plato jamás.

Entre tanto hacía tiempo para que llegara Milos, se sucedieron unos cuantos bailes que

afortunadamente no tuve que conceder a nadie porque los danzantes con los que tenía piezas comprometidas ya habían abandonado la fiesta.

Milos justo apareció con el cotillón, el último baile de la velada, una contradanza muy movida, que se bailaba cambiando de pareja continuamente: él fue una de ellas.

Cuando ya daba por hecho que no llegaría a tiempo para el último baile, solté a mi pareja, giré y de nuevo estuve entre sus brazos.

—Yo jamás dejo algo pendiente —me susurró al oído.

Mi corazón saltaba de alegría, pero el baile exigió un nuevo giro y terminé en los brazos de otra pareja.

Triste, observé como Milos se escabullía entre la gente y desaparecía del baile sin decir adiós.

Yo hice lo mismo, si bien tuve la cortesía de despedirme de los anfitriones. Después, una calesa me llevó hasta a mi casa, a ese lugar donde me moría por regresar cuando estaba en la fiesta y en el que ahora me sentía demasiado sola.

Ya en mi habitación, me liberé de las joyas, del vestido y del peinado, y me metí desnuda en la cama. Quería sentir las sábanas en mi piel, aunque fueran un tristísimo sustituto de mi amante sin palabra.

Estaba furiosa, si bien no podía dejar de pensar en Milos, en su lengua recorriendo mi cuerpo como ahora lo hacían mis dedos. A pesar de mi rabia, lo deseaba y lo extrañaba, quería volver a sentirlo dentro de mí, sentir su abrazo, su piel y sus caricias.

Sin embargo, lo único que sentí fue un golpe fuerte del viento que hizo que mi ventana se abriera. Me levanté a cerrarla y al regresar a mi cama escuché un ruido procedente del ropero.

«Un veneciano siempre cumple sus promesas», recordé. Solo podía ser él.

Me vendé los ojos con un pañuelo de seda y me tumbé en la cama, rabiosa de deseo, a esperar a que mi amante veneciano cumpliera con su deuda pendiente.

Y así fue. Momentos después, Milos abandonó su escondite para besar la parte interior de mis muslos y lamer mis esencias, con el mismo celo que yo había hecho con él. Me llevó al borde del orgasmo y entonces, me penetró sin piedad, me hizo el amor con la misma fuerza con la que lo había hecho en el bosque y los dos, desbordados por el placer, terminamos corriéndonos entre gritos.

Milos cayó derrumbado sobre mí, me quitó el pañuelo de los ojos, me miró, me besó en el vientre, por última vez, y se marchó sin decir nada.

No volví a verle más, hasta ese día en Florencia, dos siglos después, él y yo volvíamos a estar uno al frente del otro...

CAPÍTULO 4

Un beso en Florencia

—La conferencia ha estado muy interesante, resulta que somos marcianos —habló Milos mientras le daba vueltas a su ensalada.

—Sí, desde luego que sí.

Para mí la situación no podía ser más marciana, Milos y yo hablando como dos perfectos extraños.

—¿Es usted investigadora?

—No, solo soy aficionada a estos temas. Soy farmacéutica. ¿Y usted?

—Digamos que trabajo en asesoría política, pero me interesa mucho la geoquímica. No me diga que no es apasionante esto que nos ha contado el profesor de que la vida pudiera venir en una roca. Quién sabe qué más cosas habrán podido llegarnos a la Tierra desde ahí fuera, si yo le contara...

Y lo dijo alzando las cejas y echando el cuerpo hacia delante, con lo que dejaba bien a las claras que a poco que yo indagara lo desembucharía todo.

—Quién sabe, pero mejor no, no me cuente nada. —Negué con la cabeza—. Prefiero vivir en la ignorancia. —Y seguí comiendo como si nada.

¿Sabría que mi tío sacó el elixir de una piedra que no procedía de este planeta? ¿Y cómo podía ser tan memo de ir contando nuestro secreto a la primera con la que se cruzara?

—Si lo más seguro es que lo que yo sé, usted lo sepa ya —soltó mirándome de soslayo, enigmático.

—¿Cómo dice? —pregunté con el ceño fruncido y empezando a considerar seriamente la posibilidad de que la mema fuera yo y que Milos se lo estuviera pasando demasiado bien a mi costa.

—Me refiero a que todo lo que sé puede consultarse en publicaciones especializadas —aclaró limpiándose la boca con la servilleta.

—Ya, pero yo no lo he leído todo, habrá muchísimas cosas que desconozco.

—Pero prefiere no saber. Sin embargo, sí que parece estar interesada en Florencia —dedujo señalando el plano de la ciudad que tenía junto a mi plato, con el itinerario que me había marcado

Estrella—. ¿Quiere que la acompañe? Conozco bien la ciudad.

Milos y yo jamás habíamos paseado juntos y aunque me moría de ganas de hacerlo, la atracción era tan fuerte que corría demasiados riesgos si seguía pasando más tiempo junto a él.

—Es muy amable. Pero prefiero ir a mi ritmo.

—Puedo adaptarme a su ritmo. Siempre lo he hecho —susurró con los ojos vidriosos.

—¿Qué?

Un escalofrío me estremeció, ahora sí que tenía que marcharme de allí cuanto antes.

—Sí, cuando enseñé la ciudad —explicó señalando con su tenedor mi mapa—, me adapto a todos los ritmos, al lento de los que quieren ver las cosas con detenimiento y al rápido de los que quieren verlo todo en el menor tiempo posible.

—Me parece estupendo. Le agradezco su ofrecimiento, pero si no le importa me gusta más ir sola porque así... —Entonces sonó un pitido para informarme de que tenía un correo electrónico —. Discúlpeme un momento...

Era Estrella.

De: barestrella@estrellabar.es

Para: farmaciaLM@LM.es

Asunto: *Apuesta*

Querida amiga:

¿Cómo vamosssssssss? Me apuesto un tinte de color canario a que estás comiendo más sola que la una. ¿Me equivoco?

Besotes de colores,

Estrella

Tinte de color canario... Se iba a enterar esta. Dejé el móvil a un lado y miré a Milos con una gran sonrisa.

—Dígame —me dijo clavándome la mirada—, me decía que le gusta más ir sola porque así...

—Porque así evito dispersarme, pero bien pensando para una primera vez, como es mi caso, en Florencia, me acabo de dar cuenta de que lo mejor va a ser ir acompañada de alguien que conozca la zona. Así que sí, perfecto, acepto su propuesta. ¿Le importa que lo celebremos con una foto? —le pregunté agitando mi móvil en el aire.

Milos seguro que estaba pensando que los siglos habían terminado de trastornarme por completo, pero lejos de estar asustado, parecía muy divertido con la situación.

—¡Por mí genial! Ven, siéntate a mi lado —dijo dando unos golpecitos a la silla contigua a la suya que estaba vacía—. Mejor nos tuteamos, ¿no?

—Sí, claro que sí.

Me senté a su lado, le pasé mi brazo por el hombro, junté mi cabeza con la suya y me colgué en el rostro una sonrisa enorme. Estábamos ideales, hasta parecíamos felices de verdad. Disparé y regresé a mi asiento saboreando mi victoria; ya solo me quedaba una cosa por hacer:

De: farmaciaLM@LM.es

Para: barestrella@estrellabar.es

Asunto: *Apuesta*

Amiga querida:

Vete buscando un buen tinte de color pollo porque mira qué bien me lo estoy pasando. Se llama Milos y es veneciano. ¿Verdad que es mono? Ahora nos vamos a hacer juntos el itinerario que me has recomendado. Te mandaré fotos de todas partes.

Besotes de color amarillo tortilla francesa,

Lily

—Perdóname, es que tengo que atender unos asuntos... del trabajo —me excusé con Milos.

—Tranquila, no pasa nada. ¿Está todo bien?

—Sí, sí, ya está todo arreglado. En cuanto terminemos de comer, me enseñas Florencia... ¿te parece? —pregunté agachando un poco la cabeza y mirándole de medio lado a los ojos.

¡Si me hubiese visto Estrella, se habría sentido tan orgullosa de mí!

—Un veneciano siempre cumple sus promesas —respondió, y yo al escuchar esas palabras otra vez, creí morir a pesar de ser inmortal.

—Eso dicen —susurré, clavando la vista en mi plato porque de haber mirado a Milos a los ojos, lo habría descubierto todo.

—Es una frase hecha —dijo restándole importancia mientras trinchaba los últimos trozos de su ensalada.

—Lo sé. Si quieres puedes empezar a contarme cosas sobre Florencia... —Estuviera o no jugando conmigo, lo mejor era sacar a colación un tema cualquiera antes que tener que hablar de mí.

A Milos parece que le gustó la idea y me ilustró sobre Florencia durante el resto de la comida y también durante el trayecto hasta que llegamos a la Piazza del Duomo, la primera de las paradas obligadas según el itinerario de mi amiga Estrella, la pelo-pollo.

—Un momento, por favor, que me quiero hacer una foto.

Pero para que la foto fuera perfecta, tenía que ponerme los zoco-tronchos de mi amiga, sus plataformas de color plata, horribles, aunque necesarias para que se sintiera bien orgullosa de mí.

—No sé si ese calzado es el más adecuado para... —sugirió Milos.

—Lo es. Aquí donde lo ves, esto es perfecto —dije agitando una plataforma al aire.

—¿Para qué? —preguntó Milos conteniendo la carcajada.

—Para todo. Toma, sujeta, por favor. —Me quité mi cómodo zapato plano, lo guardé en el bolso y le pedí con la mano que me diera mi plataforma.

—Permíteme, por favor —me pidió Milos solícito con la rodilla ya clavada en el suelo como si fuera un príncipe probador de zapatos.

—Que no, que no. Ponte de pie te lo ruego. Ya lo hago sola —hablé mientras intentaba liberarme del pie que Milos me tenía cogido por el tobillo.

—No puedo permitirlo. —Milos me agarró con más fuerza e introdujo mi pie en la plataforma.

—No insistas, por favor. Prefiero hacerlo yo —protesté tirando hacia atrás de mi pie, con tan mala fortuna que al hacerlo trastabillé hacia delante y acabé con mi pecho en la cara de Milos y mis manos en sus hombros.

Milos al fin soltó mi pie y pude recuperar la verticalidad de alguna forma a pesar de llevar puesto un zapato plano en un pie y una plataforma en el otro.

—¿Estás bien? —me preguntó con una cara de estar pasándose la bomba que no podía con ella.

—Perfecta. Eso sí, el otro zapato me lo pongo yo.

—Como quieras.

Haciendo esfuerzos ímprobos para no irme para los lados y acabar en los brazos solícitos de Milos, me puse la otra plataforma.

—Ya está —anuncié triunfante.

—Genial. Pues ese es nuestro próximo destino. El mejor lugar para que te hagas una idea de lo que es Florencia —dijo señalando al Campanile—. Si te fijas la fachada combina mármoles policromados en verde, blanco y rosa, como la catedral. Son los clásicos colores florentinos... A ti en cambio parece que te gusta mucho el azul.

¿Azul? Hoy iba de azul, como la última vez que nos vimos. Y no sé si las anteriores, ya lo había olvidado...

—Lo que más suelo llevar es el blanco de mi bata de boticaria, así que yo también soy de clásicos colores florentinos —solté para que viera que atendía a sus explicaciones y que no tenía pensado entrarle al trapo de ninguna zalamería. Yo estaba allí para ver la ciudad y hacerme fotos para ganarme una apuesta. Nada más. Ligoteo, cero.

—Lo digo porque tu vestido, tu bolso, tu libreta y hasta tus gafas de sol son azules.

Qué susto porque mi ropa interior también lo era. Pero me callé, obviamente.

—Ah. Ya. Bueno, casualidad.... —repliqué dando un manotazo al aire—. ¿Por dónde empezamos? En la plaza del Duomo mi amiga me ha apuntado tres cosas.

—Te recomiendo que subamos a lo más alto del Campanile, posee una maravillosa panorámica

de la ciudad y la mejor vista de la cúpula del Duomo. ¿Vamos? —Milos me ofreció su mano que, por supuesto, rechacé.

—Prefiero ir suelta. A mi aire, para ir tomando fotos y apuntando cosas.

—Te lo digo porque son más de cuatrocientos escalones, tal vez sea mejor ir de mi mano.

¿Acaso tenía yo aspecto de estar fondona? ¿De no ser capaz de subir cuatrocientos escalones sin ayuda?

—Perdona, hago pilates, estoy en una forma estupenda —bufé.

—No te lo tomes a mal. Es solo una galantería trasnochada, como ya has comprobado, soy un tipo clásico con costumbres y maneras de hace mil años.

—Se puede ser gentil sin ofender —espeté sin disimular ni una pizca de mi enojo.

—Te lo digo por las plataformas, ya sé que son maravillosas y que sirven para todo, pero a lo mejor para las escaleras de una torre de hace siglos como que no te van a ser muy útiles.

—Hablas demasiado, hazme una foto en la plaza y vamos para allá.

Le di mi móvil para que tomara la foto, me subí el vestido hasta colocarlo en su sitio y me quité el jersey.

—¡El vestido te queda espectacular! —gritó Milos que estaba como a treinta metros de mí. Me dio una vergüenza enorme. Sentí que toda la plaza me miraba. Qué bochorno.

—Venga, dispara —ordené haciendo un gesto con la mano, para acabar cuanto antes.

Hizo la foto, regresó corriendo con el móvil y a mí me faltó tiempo para enviársela a Estrella. Después, nos fuimos a subir el Campanile...

Apenas llevaba treinta peldaños, cuando di gracias a mi tío fray Benito, que Dios le tenga en su seno, por ser inmortal ya que de no haberlo sido no hubiese salido viva de esa escalera criminal.

Milos que iba detrás de mí, como todo caballero que se precie en una escalera, de tanto en tanto me preguntaba cómo iba, si estaba bien, si parábamos un poco o si no sería más sensato cambiarme de calzado. Me hartó tanto que allá por el peldaño doscientos cincuenta y siete, me giré y le grité furiosa:

—¡No me canso! ¿Ves sudor en mi frente? No. Nada. Y estas plataformas no me dan ningún problema. Estoy maravillosamente bien. Así que te pido un favor: ¡no vuelvas a hablarme hasta que llegemos arriba!

Cumplió su promesa, como buen veneciano. Y solo cuando estaba arriba, acodada en la barandilla, disfrutando de las fantásticas vistas de Florencia, se situó detrás de mí y habló:

—Me fascina ver la cúpula del Duomo desde aquí... —Y apoyó las manos en la barandilla de tal forma que yo quedé atrapada entre sus brazos.

Si me volvía, iba a quedar peligrosamente cerca de sus labios; así que decidí hacer como si nada...

—¡Es bellísima! ¡La cúpula! —especifiqué, no fuera a pensarse que era bella otra cosa, qué sé

yo, la situación o algo parecido. No quería dar lugar ni al más mínimo equívoco.

—Su construcción fue un verdadero quebradero de cabeza hasta que apareció Brunelleschi que tuvo la feliz ocurrencia de la cúpula ovoide y las paredes dobles. Muchos creyeron que era un completo chiflado, cuando era un grandísimo genio. Logró elevar la cúpula sin necesidad de andamiaje y mira, siglos después ahí sigue.

Como él, que seguía detrás de mí, con sus brazos que ya rozaban los míos.

—Hazme una foto —le exigí sin dejar de mirar al frente, solo para que se apartara un poco de mí.

—¿Cómo? —me preguntó sin moverse de su sitio.

Le ofrecí el móvil por encima de mi hombro y le indiqué:

—Te pones lo más lejos posible y me sacas lo más mona que puedas.

Milos cogió mi móvil y susurró a mí oído:

—Eso es fácil, siempre estás bella.

Me tembló todo y algo instintivo, antiguo y salvaje hizo que me diera la vuelta, si bien él ya no estaba; caminaba hacia el lugar adonde le había enviado, lejos de mí.

Desde ese lugar, me tomó las fotos y con una tristeza de siglos que se me vino encima, volví a las escaleras inmundas.

De allí nos fuimos al Duomo, donde Milos ajeno a mi melancolía, me enseñaba entusiasmado el cielo de Vasari del interior de la cúpula de la catedral. A mí en cambio la contemplación del infierno atestado de almas no arrepentidas de sus muchos pecados, padeciendo martirios terroríficos, me hizo sentir mucho peor. Por no hablar de la escena del Juicio Final, del Baptisterio, que visitamos a continuación, abarrotada de diablos y monstruos zampándose a discreción a malvados de todo pelaje y condición, que ya acabó por rematarme.

Algo mustia debió de verme Milos porque me preguntó cuando abandonamos el Baptisterio:

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que paremos a tomar algo? ¿Un helado?

¡Un helado! Solo me faltaba ir tomándome un helado con Milos al lado.

—No, gracias. Estoy bien. No es más que estoy un poco abrumada con tanto martirio y tanto diablo. Se me pasará caminando un poco, ahora nos toca la Piazza della Signoria, ¿serías tan amable de llevarme hasta allí?

—Por supuesto. Y en cuanto a los martirios, tranquila, Lily. Tú no tienes nada que temer, hace siglos que debiste cometer tu último pecado y seguro que lo pasaste como nunca —concluyó mirándome con sorna.

Con lo bien que estaría yo sola, haciéndome mi recorrido con mi plano en mano, pensé. Y todo por culpa de la pelma de Estrella, por culpa de esa lianta tenía yo que estar aguantando los requiebros de un señor que no me convenía tener a mi lado para nada.

—No me subestimes —repuse poniendo una cara así, de pérfida pecadora a lo Bette Davis.

No obstante, tenía razón: había tenido mis escauceos, si bien nunca me lo había pasado tan bien con nadie como con él. Para qué negarlo.

—Cuéntame lo que quieras, soy todo oídos.

—¿Para qué? —pregunté a punto de echar humo por las orejas.

¿Ese hombre era idiota? ¿De verdad pensaba que iba a estar dispuesta a confesarle mis pecados?

—Para que te relajes y te sientas mejor.

Sí, seguro que me iba a sentir mejor hablando con Milos de que por su culpa me había convertido en una atea del amor. Seguro que sí.

—Se me pasará dando un paseíto —mentí.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

¿Porque su presencia no iba a hacer más que alterarme más y más? Pues estaba muy equivocado. Tampoco ejercía ese inmenso poder sobre mí, tal vez un poco, solo un poco.

—Porque Florencia no es una ciudad acogedora, mira estas calles estrechas, con puertas demasiado grandes, siempre cerradas. Y tal vez, mejor que sea así, ya que si de vez en cuando se abre alguna será para mostrarte una belleza y un misterio que jamás estará a tu alcance. Formidables patios con glicinias y limoneros, fuentes y ecos de risas lejanas, melodías de una felicidad que a ti siempre te será negada. Florencia es un enigma, es esquiva y huidiza, como dos amantes que saben que están destinados a un perpetuo reencuentro, y eso hay muchos que no lo soportan.

—Yo sí que lo soporto.

No sabía si estábamos hablando de nosotros o de Florencia, pero en ambos casos los soportaría.

Llegamos a la Piazza della Signoria en la que según me explicó Milos tuvieron lugar una sucesión de revueltas, tormentos y fiestas. Sin embargo, en la actualidad lo que más llamaba la atención eran las largas colas para visitar la galería Uffizi...

—Mi amiga me advirtió de las colas. ¿Qué hacemos? ¿Esperamos a entrar?

—Tienes poco tiempo, considero que es mejor que sigamos paseando y que volvamos en otra ocasión. Si quieres...

—Es que no sé si habrá otra ocasión.

—Siempre la hay, confía en mí, nunca dejo nada pendiente.

Cada vez tenía más claro que estaba jugando conmigo, por eso me decanté por seguir caminando: tres horas en una cola habrían dado lugar a conversaciones más que espinosas que sin duda era mejor esquivar.

—Está bien. Seguro que habrá otra ocasión, me encantaría traer a mi amiga Eva para que

conociera todo esto —solté esperando que captara la indirecta.

—Estaré encantado de mostrarle la ciudad.

¡Qué duro de mollera era!

—Me encantaría que viniéramos las dos, solas. Un viaje de chicas.

—Bueno, pues será en otra ocasión. Pero será.

—¿Contigo? Imposible. No te lo tomes a mal. Ya te he dicho que una vez que tomo un primer contacto, me gusta conocer las ciudades sola.

Si no lo pillaba ya...

—Entonces sigamos con nuestro recorrido para que la próxima vez que vengas sola tengas que acordarte de mí en cada rincón.

Sonó un poco prepotente, si bien estaba en lo cierto. Si algún día regresaba a Florencia, no iba a poder sacarme el recuerdo de Milos de la cabeza. Claro que él nunca iba a saberlo...

—No lo dudes, te voy a tener presente a cada paso que dé —dije en un tono irónico—. Y ahora, por favor, sigue, dame más material para que te recuerde.

Milos me empezó a contar la historia de los edificios principales: del Palazzo Vecchio, de la Loggia della Signoria, del Palacio Ugoccioni, del Tribunal de las Mercancías y de la fuente de Neptuno de Ammannati que Miguel Ángel aborrecía y de la que decía que «qué forma de desperdiciar un mármol tan bello».

—A mí me gusta —observé—, claro que mi nivel de exigencia en comparación con Miguel Ángel tiene que ser bastante bajo.

—A la izquierda de la entrada al Palazzo Vecchio tienes la copia de su David, el original está en la Galleria dell'Accademia.

—Pensaba que ibas a decir que estaba delante de mí —bromeé mientras comprobaba que mi escote palabra de honor seguía en su sitio.

—No. Ya me has dejado bien claro que no te atraigo para nada.

Qué tío más radical. Una cosa es que considerara que lo más conveniente era tenerlo lejos y otra que no me atrajera nada. Porque lo cierto es que me atraía; de hecho, llevaba siglos haciéndolo.

—No es exactamente así. —Me salió del alma.

—No pasa nada —replicó encogiéndose de hombros—. Unas veces se gana y otras se pierde. Lo acepto.

—No se trata de ganar o de perder, lo que sucede es que...

—De verdad, no te esfuerces. Trae el móvil que a tu amiga le va a encantar verte junto al David.

Me sabía mal que no entendiera qué era lo que me hacía apartarlo de mí, aunque bien pensado mejor que no lo supiera.

Me sentía triste, pero puse una sonrisa de oreja a oreja para que Estrella me viera estupenda junto al David. Después, en cuanto Milos regresó con el móvil, le envié un correo electrónico a mi amiga:

De: farmaciaLM@LM.es

Para: barestrella@estrellabar.es

Asunto: *Mocetón*

Querida amiga pelo-pollo:

Tal y como me pediste, aquí tienes esta fotito con este buen mozo. ¿Has visto qué bien me sientan tus plataformas?

Saludines,

Lily

Al momento, recibí la respuesta de mi amiga.

De: barestrella@estrellabar.es

Para: farmaciaLM@LM.es

Asunto: *Déjate de estatuas y enséñame al de verdad*

Querida amiga listilla:

Sácate una foto con el David de verdad, a ver si me estás haciendo trampas y el veneciano es uno que pasaba por allí. Necesito pruebas. Y muchas. No pienses que me voy a teñir mi maravilloso pelo por una fotito.

Besotes sagaces,

Estrella

Estaba complicado sugerirle una foto juntos después de lo sucedido, si bien el atardecer romántico en el Ponte Vecchio propició la ocasión perfecta para hacerlo. Una pareja de enamorados suecos nos pidió que les tomáramos una foto y luego ellos, creyéndonos también pareja, se empeñaron en hacernos otra a nosotros.

En mi ruindad, coloqué mi mano sobre el hombro de Milos y posé con cara de tonta enamorada haciendo la V de la victoria, con la mano que me quedaba libre.

Y a la salida de la Basílica de la Santa Croce, muy cerca del lugar donde se tropiezan los protagonistas de *Una habitación con vistas*, y después de visitar las tumbas de Miguel Ángel, Maquiavelo y Galileo, y maravillarnos con los frescos de Giotto, un grupo de japoneses al que

tomamos fotos, también insistió en hacérselas a nosotros, aunque esta vez fui más allá y hasta me atreví en mi desvergüenza a colocar mi cabeza en el hombro de Milos.

Después de mandarle las fotos a Estrella, me escribió:

De: barestrella@estrellabar.es

Para: farmaciaLM@LM.es

Asunto: *Cenita*

Bien, vas por el buen camino. Veo que estás dándolo todo, pero ahora tienes que echar el resto. Quiero foto en el restaurante, que para algo te reservé mesa y después... ¡a quemar la noche!

*Besotes de tu amiga que pronto será rubia platino,
Estrella*

No hacía falta que Estrella me animara porque yo ya tenía pensado invitar a Milos a cenar, es lo menos que podía hacer después de haber sido mi paciente guía.

Él aceptó sin pensarlo. Según me dijo le gustaba muchísimo la trattoria Il Cibreo, donde tenía la reserva y no creo que me engañara, a tenor de lo que disfrutó el *passati*, la *pappa al pomodoro* y el *collo di pollo*.

Estrella escogió muy bien el sitio, es pequeño y tiene unas sillas matadoras que no invitan a las sobremesas largas, pero disfrutamos de una cena maravillosa y salimos encantadísimos de allí.

La conversación fue muy agradable, el chianti rufina nos desató la lengua, hablamos sobre todo y sobre nada, nos reímos mucho, nos hicimos unas cuantas confesiones sobre gustos de cine, música y televisión, y logramos una complicidad que tardaríamos siglos en retomar, o eso fue lo que pensé entonces.

A los postres, Milos propuso que nos hiciéramos una foto, cuando a mí ya me se había olvidado por completo que tenía que llevarme un recuerdo gráfico de la velada para acabar de ganar una apuesta. Se levantó, se sentó en la silla libre que estaba a mi lado y esta vez fue él quien posó su mano sobre mi hombro desnudo. Suavemente. Me temblaba tanto la mano que tuve que tirar unas cuantas fotos hasta que logré una que no saliera borrosa.

—Esta sí ha salido bien. —El que había salido bien era él, que estaba impresionante con una sonrisa que me dejó sin aliento.

—Es que esto puede salir muy bien —susurró a mí oído.

Y otra vez su olor, otra vez sentirse del revés, viva, feliz, loca. Y el delirio llegó, casi que toqué el cielo cuando Milos colocó su mano encima de la mía que sostenía el móvil, su mano cálida, ancha, fuerte, que me moría por acariciar, por volver a sentir por todo mi cuerpo. Sin embargo,

como no podía ser de otra manera, la perdí. Milos regresó a su sitio, cogió su móvil que estaba al lado del plato del postre que ya había terminado y me preguntó mientras trasteaba con su móvil:

—¿Te importaría enviarme la foto?

No, no me importaba. Lo que sentía profundamente era que ya no estuviera a mi lado, que su mano no estuviera rozando a la mía, que ya apenas pudiera olerle...

Le envié la foto y casi ni pudimos hacer comentario alguno porque el camarero vino con la cuenta. Milos no me dejó invitarle, es más, me apretó la mano que sostenía la nota y luego deslizó sutilmente sus dedos por los míos hasta que me la arrebató. Me temblaban hasta las pestañas, me sentía como una niña a la que el niño que le gustaba le acababa de tirar de la trenza. Qué situación, no encontré mejor forma de salir airosa que fingir un repentino ataque de tos.

Milos, caballeroso, llenó mi copa de agua y me rogó que bebiera. La bebí tan deprisa que me atraganté y esta vez tosí de verdad. Qué horror, estaba como un tomate entre el bochorno y la tos, cómo no sería que hasta se acercó una señora inglesa para ofrecerme un caramelo de menta...

Patético. Luego, Milos pagó y sin preguntarme, como algo natural, me acompañó dando un paseo hasta mi hotel, el hotel Orchidea, el antiguo Palazzo Donati de la familia de Gemma, la esposa de Dante.

Un poco antes de llegar, se paró frente a una de esas puertas enormes florentinas que hacen que te sientas expulsada de todos los paraísos y me tomó de la mano. Sus dedos se entrelazaron con los míos, se acercó a mí y con sus labios casi pegados a los míos, musitó:

—Gracias por todo. Ha sido una noche inolvidable.

—Yo no he olvidado nada, Azucena. Lo recuerdo todo. Desde el primer día que te vi en Sevilla hasta nuestro penúltimo encuentro en el baile de la condesa de Arasal.

Entonces, nos besamos. Fue un beso largo, intenso y húmedo, la puerta de entrada a un paraíso que esa noche no estaba reservado para nosotros.

Le di un beso en la mejilla y salí huyendo de Milos y de Florencia.

CAPÍTULO 5

El corazón de Chopin

Esa noche apenas dormí, ni las siguientes, por lo que llegué el lunes al trabajo con unas ojeras que hicieron las delicias de Estrella:

—Me da que alguien se ha pasado el fin de semana bien despierta —dijo frotándose las manos, nada más entrar en la farmacia a primera hora de la mañana.

—Ni me hables, apenas he pegado ojo. La criatura no paraba de darme pataditas y me ha despertado ochenta veces —explicó Eva dándose por aludida.

—Ahora que hablas de la criatura, el sábado estuve con mi amiga la matrona. Le hablé de ti y dice que estaría encantada de atenderte, lo único que ella no está atravesando su mejor momento.

—¿Qué le pasa? —preguntó Eva llevándose la mano a la barbilla.

—Es una mujer mayor —contestó Estrella con un gesto de contrariedad—. Tiene sus años. La verdad que no sé cuántos, deben ser un porrón. No se quiere jubilar porque ama lo que hace y lo hace muy bien. Eso sí, está como una tapia, se trae unos jaleos con los audífonos, a ver si encuentra uno bueno, que no le pite mucho. Espero que para dentro de unos meses que tú des a luz esté arreglado este problemita. A ver, gritando y tal te entiende, pero claro, hay que gritar. Y aparte de eso, está en lista de espera para que la operen de cataratas: ve así un poco raro...

—Me está dando una confianza... —ironicé con una mueca de desprecio.

—¡Es perfecta para mí! —replicó Eva guiñándome un ojo—. Lo que más valoro es la experiencia y tu amiga me da todas las garantías. Se lo voy a contar a Hugo en un mensajito...

—No es por hacer de menos a tu amiga, Estrella, pero creo que deberíamos considerar otras opciones.

Eva cogió su móvil, pero el mensajito me lo envió a mí:

¿Qué más opciones? No podemos correr riesgos. Una persona profesional, con años de experiencia, que vea mal y escuche peor es ideal para mantener nuestro secreto. Yo voy a pedirle que me apunte en su agenda.

Me faltó tiempo para responder a su mensaje:

¿Qué agenda? ¿Quién va a atreverse a ponerse en manos de esa señora? Vamos a buscar a alguien más adecuado.

Y Eva replicó: *Ella es la elegida.*

—No hay más que hablar. Dile que me dé una cita, por favor.

—Sí. Luego la llamo. No te vas a arrepentir, ya verás. ¿Y tú, Lily? ¿Qué tal en Florencia? Todavía estoy esperando la foto de la cena...

—A mí tampoco me has enseñado nada —dijo Eva, que ya podía haberse callado.

Como sabía que no iban a dejarme en paz hasta que les enseñara la foto, la busqué y la envié a sus respectivos móviles:

—¡Está para hacerle miles de favores! —exclamó Estrella dándose un manotazo en el muslo—. ¡Qué piñata tiene, chicas! ¡Qué dientes más perfectos! ¿Son suyos? —preguntó mirándome muy intrigada.

—¡Yo qué sé! —repliqué nerviosa, temiendo la batería de preguntas que se me venía encima.

—Tú tienes una cara de susto, hija mía —comentó Eva, divertida.

—Se te ve muy rígida. La próxima vez tienes que ir más relajada. A una cita con un feo hay que ir en tensión, ojo avizor, pispándote de todo, porque como caigas en la trampa estás perdida. Sin embargo, a una cita con un ejemplar como este, chica, hay que ir relajada, abierta de mente y de cuerpo, confiada —me aconsejó Estrella, sacudiendo los brazos y las piernas como si estuviera calentando para irse a hacer *footing*—. Si lo haces, no tendrás nunca ese careto que luces en la foto. ¡Qué horrible! Es como si acabaran de comunicarte que te han vertido un veneno en la sopa —dijo poniendo un mohín de asco.

—¿Y después de la cena pasó algo? —inquirió Eva con una cara de cotilla que no le había visto en mi vida.

¿Desde cuando Eva hacía preguntas indiscretas? Esto debía de ser algo hormonal que con el alumbramiento acabaría pasando...

—No pasó nada. Me acompañó al hotel y allí nos dijimos adiós.

—¿Ni siquiera hubo beso? —preguntó Estrella, escandalizada, recriminándome como si hubiera hecho algo terrible.

—Pasamos una tarde maravillosa, Milos es un cicerone estupendo, la cena fue muy divertida, todo estaba delicioso. En fin, ¿qué más puedo pedir?

—¿Que te hubiera empotrado contra uno de esos portones enormes florentinos y te hubiera hecho el amor como hace siglos que no lo haces? —soltó Estrella como no podía ser menos.

Si bien, no andaba muy desencaminada...

—O en la cama del hotel, los palacios con solera ponen muchísimo —apuntó Eva, con una

sonrisita perversa.

—Estoy en otra onda —aseguré como si yo tuviera otras preocupaciones mucho más elevadas. Como si no llevara pensando en Milos y su beso desde entonces. Como si pudiera pensar en algo más que no fuera él, sus labios, sus manos, su risa, su aroma, su presencia, su todo. Como si aún no llevara en mi boca el sabor de sus labios dulces y salvajes, sabios y voraces, exigentes y tiernos. Como si mis manos no quisieran acariciar hasta la última de sus sombras...

—Cuando dices «onda» quieres decir: «onda-se-te-ha-escapado-vivo»? —canturreó Estrella con los brazos en jarras—. Eso te pasa por no seguir mis consejos. Eran buenos y tú los despreciaste. Pues mira el resultado: te quedaste sin postre.

—¿En qué habéis quedado? ¿Te va a llamar? —Quiso saber Eva, que a tenor de su cara no tenía ninguna confianza en mí.

—¿Esta? —replicó Estrella mirándome como si fuera un caso perdido—. ¡No ha conseguido ni el mail! Fíjate lo que te digo.

—Calla, que has perdido una apuesta. Cuidadito que a lo mejor estás a punto de perder otra —advertí a Estrella—. Tengo su número, hemos quedado en que...

¿En que soy una cobarde que prefiere huir y dejar otra vez en manos del destino la decisión de volver a reencontrarnos?

No tuve que inventar nada porque en ese instante aparecieron en la tienda Laura y Hugo con unas caras de preocupación que nos asustaron a las tres.

—¿Todo bien, chicos? —preguntó Eva, llevándose la mano al pecho.

—Sí, es que me hemos pinchado y somos los dos muy torpes para la mecánica —mintió Hugo, porque no había que ser muy perspicaz para darse cuenta de que por un simple pinchazo no se le ponía a uno esa cara.

—Haber llamado al seguro. ¡Menuda pérdida de tiempo estar ahí con la rueda, aunque fuera con guantes! —dijo Estrella, mirando las manos impolutas de los dos hermanos.

—No se nos ha ocurrido avisar, ya ves. ¡Qué tontos! —se excusó Laura, encogiéndose de hombros.

—Pues sí. Retontos más bien. Ya lo sabéis para la próxima. Bueno, pues sabiendo que todo está bien, me marchó para mi bar un ratito. Ya vendré más tarde y retomaremos nosotras tres la conversación que ha quedado pendiente —amenazó, guiñándonos un ojo, y después de lanzar un beso al aire con la mano, se marchó.

—¿Qué os ha pasado? ¡Qué caretos! No sé cómo Estrella se ha tragado el rollo de la rueda... —susurró Eva como si Estrella todavía pudiese escucharnos.

—Francesca —soltó Laura sin más prolegómenos.

—¿Qué ha hecho esa zorra esta vez? —Ya solo me faltaba Francesca para no pegar ojo en dos semanas.

—He interceptado un par de correos y unas llamadas y está planeando una acción en Varsovia —explicó Laura mientras consultaba algo en su *tablet*.

—No hace falta que me muestres nada, te creo —le dije.

—Estoy comprobando otra cosa...

—¿Qué pasa en Varsovia, Hugo? —preguntó Eva, que se salió del mostrador y se abrazó a él, muerta de miedo.

—Tranquila —susurró dándole un beso en la frente—. Está todo bien. Yo me quedaré contigo, esta vez serán Laura y un amigo los que vayan a Varsovia.

Yo ya estaba de los nervios y lo peor era que no tenía a quién abrazarme. Así que estallé:

—¡Podéis contar de una vez qué pasa en Varsovia! —solté dando un golpe sobre el mostrador con la grapadora.

—Es el corazón de Chopin: Francesca quiere robarlo —explicó Hugo en voz queda, como si así Eva fuera a asustarse menos.

No sabía qué locura era esta, lo que sí supe fue que, por un momento, extrañé los tiempos en que era una inmortal pululando sola por el mundo.

—¿Chopin el músico? —preguntó Eva horrorizada.

—Su corazón está enterrado en la Iglesia de la Santa Cruz de Varsovia —explicó Hugo acariciando la espalda de su mujer para tranquilizarla.

—Francesca está peor de lo que pensaba. ¿Para qué quiere el corazón de Chopin? —No entendía nada.

—Porque pretende lograr lo que no obtuvo en vida del músico —respondió Hugo, abrazando más fuerte a Eva.

Suspiré. Me encantaba ver a mis amigos felices. Yo era una atea del amor, pero para mí. El amor no existía para mí. Sin embargo, para los demás, sí, y Eva y Hugo eran el vivo ejemplo de que el amor existía. Ahora lo que ya no me cabía en la cabeza era que Francesca pudiera haber sentido alguna vez ese sentimiento. ¿Esa bruja con pintas albergaba emociones humanas como el amor? ¿Y además podía haberse enamorado de un espíritu puro y noble como el de Chopin?

—¡No me lo creo! —concluí tajante, negando con la cabeza.

—Viví esa historia de cerca —afirmó Hugo—. No solo la conozco por lo que me contó Chopin, sino que también tuve ocasión de presenciar cómo Francesca perdía completamente los papeles en cuanto estaba cerca de él.

—No sabía que conociste a Chopin... —repuso Eva, que seguía con su cara de susto, pero sin despegarse de su marido.

—Sí, fuimos muy amigos. El piano que tenemos en el salón de los espejos lo eligió él. Le encantaba venir de noche a casa y tocar hasta la madrugada a la luz de las velas. ¿Te acuerdas, Laura?

Laura no levantaba la vista de su *tablet*, estaba como en otro mundo.

—¿Laura, pasa algo? —le preguntó su hermano.

—Es que me parece que... —Laura se mordió los labios—. No sé, esperad un poco y os confirmo...

—¡Danos una pista! A mí no me gusta que me dejen en ascuas —exigí en un tono un poco borde, pero es que yo soy así cuando estoy nerviosa.

—He detectado por unos segundos un dispositivo de escucha.

—¿Nos espían? —Micrófonos en mi farmacia, lo que me faltaba.

—No lo sé con seguridad. Ten un poco de paciencia y te lo confirmo, por favor.

—¿Qué hacemos entonces, nos callamos? —pregunté porque para mí estas misiones de espías y corazones eran totalmente novedosas.

—Ahora podéis hablar. Yo os aviso si vuelvo a detectar algo extraño... —Y siguió consultando no sé qué cosas en su *tablet*.

Pues como se podía hablar, le solté a Hugo la pregunta que me quemaba en los labios:

—¿Llegó a tener algún escarceo con Francesca?

Me devoraba la intriga de saber si Francesca con sus tretas habría logrado seducir al bueno de Chopin...

—Chopin jamás se enamoró de ella, pero ella quedó prendada de él desde que le vio en su primer concierto en París, en la Sala Pleyel. Quedó tan impresionada que lo buscó y lo persiguió hasta que por fin consiguió que se lo presentaran en una cena que organizó su amigo James de Rothschild. Chopin tocó esa velada ante lo más granado de la sociedad francesa, y todos cayeron rendidos ante el genio del músico, pero la que más, Francesca, que se enamoró profundamente del talento, la elegancia y la sensibilidad del joven. Francesca que le doblaba la edad, intentó esa noche seducirle, si bien lo máximo que logró fue que Chopin se convirtiera en su profesor de piano particular y que aceptara su protección, como también la tenía de otras personas de familias destacadas. Para el joven, Francesca era una más, sin embargo, para ella Chopin se convirtió en una obsesión.

—¡Pobre hombre! —bufé solo de pensar la pesadilla que habría sido para el músico soportar a semejante villana.

—Ni siquiera pudo ganarse su amistad. A Chopin no le interesaba para nada Francesca, le aburría profundamente, le parecía anodina y vulgar. Sin duda, prefería la compañía de mujeres como la condesa Delfina Potocka, que además de ser joven, bella y rica, era una gran cantante con la que compartía ideales y pasiones musicales. Luego, apareció George Sand, quien, aunque tenía un carácter fuerte y dominante como el de Francesca, era una artista, bohemia y provocadora que acabó seduciéndole como no lo había hecho nadie hasta entonces. Otra mujer importante en su vida, y a la que Francesca envidió con todo su corazón, fue Pauline Viardot, otra cantante de

ópera. A Chopin le perdía el canto, la voz femenina, y cuando ella estaba a su lado, renacía. De hecho, una vez estando en Nohant, Chopin me confesó que cuando aparecía la Viardot, la luz se encendía... Y después llegó Jenny Lind, otra cantante. La revolución de 1848 provocó que, como tantos en París, Chopin huyera a Londres donde conoció a esta joven que le hizo recobrar la ilusión. Francesca estaba desesperada y a pesar del desdén del músico, se desvivía por él. Le regalaba pianos, cuadros y libros, o le organizaba *soirées* con marqueses, duques y gente pudiente. Cuando Chopin regresó a París para consultar con sus doctores, pues su enfermedad estaba muy avanzada, Francesca con otros amigos, yo entre ellos, le alquilamos un apartamento en la plaza Vendôme, donde está Chaumet, la joyería donde te compré el anillo de compromiso —le recordó a Eva—. Pero él rehuía la compañía de la italiana con miles de excusas y los últimos meses de su vida quien estuvo realmente a su lado fue la condesa Delfina Potocka que le cantaba hermosas arias, no necesitaba más compañía.

—Yo también habría hecho todo lo posible por librarme de ese mal bicho —le interrumpí—. Chopin era un tipo listo.

—¿Y todavía sigue amándole? —preguntó Eva que como recién inmortal no entendía que para nosotros dos siglos apenas era nada.

—Parece ser que sí.

—¡Qué historia más triste! —musitó Eva con cara de pena—. ¿Por qué no se conforma con su música? ¿Para qué quiere su corazón?

—La voz de todas esas mujeres a las que amó sigue viva en su música; Francesca no puede escuchar a Chopin. Lo del corazón es una excentricidad de las suyas.

—¿Y tenéis pensado viajar a Varsovia? ¿Por qué no denunciáis directamente a la policía? —pregunté porque me parecía lo más práctico.

Cuando Hugo iba a contestar, sonó la campanilla electrónica que avisaba de que había entrado un cliente y a mí me dio un vuelco al corazón: era el capitán Sepúlveda.

—¡Buenos días, señores!

Mis amigos le devolvieron el saludo creyendo que era un cliente, pero yo enseguida les saqué de su error.

—Es Andrés Sepúlveda, un amigo mío, que...

—Que tiene muchas ganas de unirse a esta conversación —me interrumpió en un tono que no admitía réplicas, pero como a mí no hay quien me calle, repliqué.

—Hablabamos de música. Nada especial —disimulé, encogiéndome de hombros.

—¿Música? Pues a mí me parece un tema muy interesante. ¿Qué tal si hablamos de Chopin? —propuso el capitán.

—Que sepa que nos habíamos percatado de que nos estaban escuchando —intervino Laura que por fin levantó la cabeza de su *tablet*.

—Pues para haberse percatado han cantado *La Traviata* y *La Sonámbula*. Yo me voy con ustedes a Varsovia.

—Pero... —farfulló Hugo, preguntándome con la mirada: ¿y este tío quién es?

—Verás... —murmuré, sin saber muy bien por dónde empezar, ni qué se le había perdido al capitán en Varsovia.

—Permíteme que me presente, Azuceni... —dijo ceremonioso el capitán.

Los tres al escuchar mi nombre soltaron una carcajada que yo corté en seco con una mirada fulminante de las mías.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó el capitán alzando una ceja.

—El chiste es que nadie me llama así, ahora soy Lily —hablé muerta de la vergüenza.

—¡Qué ridiculez! Con lo bonito que es Azucena. En fin, tú sabrás. Bueno, pues como les iba diciendo, me voy a presentar. Soy Andrés Sepúlveda, Capitán General de la Armada de Galeones para la Guardia de la Carrera de Indias, navegante y otras cosas más que ahora no vienen al caso. Por lo que llevo investigado, y desde aquí le ruego, señora, que me dispense por lo que le hice —habló el capitán, mirando a Eva y después inclinando la cabeza y llevándose una mano al pecho —, los que estamos aquí presentes somos igual de viejos.

—¿De qué habla? ¿Qué le ha hecho a mi esposa? —preguntó Hugo dando un paso adelante y con las mandíbulas apretadas.

—¿No se lo contó? —replicó el capitán extrañado.

—No tiene importancia. —Eva rogó con la mirada al capitán que no contara nada, pero a este siempre se le dio fatal la comunicación no verbal.

—Le largué una puñalada de pícaro en el trasero para comprobar si era inmortal.

Sin mediar palabra, Hugo le propinó un puñetazo en una mejilla al capitán y Laura un tortazo con la mano abierta en la otra.

—¿Alguien más? —inquirió el capitán, llevándose la mano a la mejilla que había golpeado Laura.

—Sí, yo otra vez. —Y Laura le abofeteó en la mejilla que no había golpeado antes—. ¿Cómo se puede ser tan canalla de propinar una puñalada a una mujer embarazada? Si le llega a pasar algo a mi sobrino, habría hecho de sus días el peor de los infiernos —le gritó Laura a la cara. El capitán se llevó abochornado las manos al rostro y Eva agarró a Laura del brazo para alejarla de él.

—Fue solo un pequeño susto y nada más —explicó Eva—. No pasó nada.

—Lo lamento muchísimo —dijo el capitán con los ojos vidriosos—, tienen toda la razón. Soy un tipo despreciable, la señorita tendría que estar dándome de bofetadas hasta el domingo...

—No me lo diga dos veces —soltó Laura quien, si no llega a retenerla Eva, otra vez que hubiese ido gustosa a abofetear al capitán.

—Lo mío no tiene excusa, ni perdón; pero soy un hombre desesperado y aunque sé que eso no

me exime de nada, déjenme que me explique. Antes de recurrir a la daga, lo intenté en otras ocasiones y todas fueron fallidas. Puse cristalitos para que la señora se cortara, intenté pincharla con diversos objetos, y no hubo forma...

—En mi vida he conocido a un tío más repugnante —aseguró Laura que faltó poco para que no le escupiera.

—No lo dude. Y necio, el que más. A otro se le hubiera ocurrido un método menos agresivo para confirmar una hipótesis: yo no doy para más. De todas maneras, les diré que después de ver lo que pasó con el tiro que Francesca le metió a bocajarro a la señora, las tenía casi todas conmigo: o era ya de los nuestros o algo le dieron en la farmacia para convertirla, pero que no era mortal lo sabía casi seguro.

—¿Vio como le pegaban un tiro y se quedó ahí mirando? ¿No llamó a la ambulancia ni nada? —le reprochó Laura, mirándole furibunda.

—Sabía que estaba atendida perfectamente, con dos personas que tenían teléfonos. Además, intuía que iba a pasar algo y pasó. Azuceni, tu tío te tuvo que dejar más dosis...

—Y tú tienes que tener más piedras.

—Tenía más piedras, sí, pero hace unos meses me las robaron. ¿Quién? Todas mis sospechas se centran en Francesca, la única persona que sabía que las tenía en mi poder.

—Tengo que darle la razón aunque no quiera —repuso Laura—: ¡Es usted un necio de marca mayor! ¡A quién se le ocurre confiar un secreto de ese calibre a Francesca!

—Perdone, pero yo no le confíé nada. Digamos que fue un... accidente. Les cuento, meses después de que muriera fray Benito Gutiérrez, Francesca me encontró en Sevilla, me abordó con zalamerías en una cena y a los postres sacó a colación al bueno del tío de Lily. Según ella, el fraile que era muy amigo suyo, había notado muchísima mejoría para su gota con una piedra que un navegante le había regalado. Ingenuo de mí, caí en su trampa, y le confesé que ese navegante era yo.

—¿Y a eso le llama accidente? —se burló Laura—. Fue usted idiota.

—Le ruego que no me interrumpa. Cuando termine mi relato ya me llama lo que quiera.

—Seguramente idiota otra vez —replicó Laura, cruzándose de brazos y retándole con la mirada.

—Lo que usted diga. Pero tal vez estos señores lleguen a otra conclusión... Verán, Francesca, haciéndose la sorprendida y maravillada por la coincidencia, me preguntó que si tenía más piedras porque un familiar suyo estaba padeciendo horrores por esa enfermedad y a lo mejor con la piedra podría encontrar cierta mejoría. Mi intuición me dijo en aquel momento que desconfiara de ella, y yo que me fío siempre de esas corazonadas porque, como marino me han librado en incontables ocasiones de temporales y piratas, le mentí y le aseguré que no poseía ninguna piedra más. La cena terminó, pero a los pocos días en un callejón, me asaltaron cinco hombres...

—Francesca siempre vuelve —musitó Eva, que escuchaba el relato con la boca abierta.

—Lo sé, pero por aquel entonces lo desconocía. Además, como no soy malo con la espada, pude deshacerme de todos en un santiamén. Sin embargo, cuando me convencí de que ya estaba a salvo, apareció Francesca para exigirme que le entregara todas las piedras que tuviera y así salvaría mi vida. Mentí otra vez, le aseguré que la única piedra que tenía era la que le había dado al fraile en su día y le pedí que no volviera a molestarme más. Su respuesta fue desenvainar la espada e intentar sacarme la verdad a punta de espada. Francesca es muy hábil en la esgrima fina y tras una dura refriega acabó hiriéndome.

—¡Menos mal que no era malo con la espada! Y va y resulta que a un genio espadachín le hiere una señora que casi le dobla la edad —habló Laura muerta de risa.

—Durante unos instantes me tuvo a su merced —siguió el capitán, ignorando el comentario de Laura—, me amenazó con que, si quería seguir con vida, debía revelarle dónde se escondían las piedras. Volví a asegurarle que yo no tenía más piedras, pero no me creyó y clavó la punta de su espada en mi pecho hasta hacerlo sangrar mientras me exigía que le dijera la verdad.

—Anda, mira, es como usted, otra que aplica técnicas expeditivas para salir de dudas. ¿Y cuántos pinchazos le dio hasta que se convenció de que era mortal?

—Unos cuantos, pero ella no salió indemne porque se ganó la verdad, la de la daga que llevaba al cinto y con la que le propiné una puñalada mortal. Una herida profunda y feísima que, para mi horror, se cerró delante de mis propios ojos en cuestión de segundos. ¿Qué clase de criatura era Francesca? Salí aterrorizado de allí, logré huir hasta El Arenal donde en una de las atarazanas del puerto tenía escondido el preciado tesoro que buscaba Francesca. Cinco piedras más, mucho más pequeñas que la que le regalé al fraile, pero que debían de tener un valor incalculable a tenor del empeño de la italiana en arrebátarmelas.

—¡Qué sagacidad la suya! —ironizó Laura.

El capitán la miró con desprecio y siguió hablando como si no hubiera escuchado nada:

—Valor que descubrí justo antes de embarcar, cuando al poner una de las piedras en mi mano sobre una de las heridas que me había hecho peleando, dicha herida cerró de forma milagrosa. Decidí ir más allá y con mi daga, raspé la piedra, y luego, esa suerte de polvillo, lo espolvoreé sobre la herida más grande que tenía en mi muslo: también desapareció en cuestión de segundos. Ya sí que no lo dudé. Reduje a polvillo la piedra entera y me lo tomé. Me convertí en alguien como Francesca, con la que tuve la mala suerte de volver a encontrarme en un salón de París, dos siglos después.

—¿París? ¿Dónde? —preguntó Hugo, clavando la mirada en el capitán.

—En la casa del mariscal Lannes.

—Yo frecuentaba mucho esa casa. ¿Y qué sucedió? —replicó el duque.

—Esta vez no me amenazó, se limitó a llevarme a un aparte y a suplicarme entre lágrimas que le diera una piedra para salvar al joven que en ese momento estaba tocando el piano: era Chopin. Le

amaba y estaba dispuesta a dármelo todo, lo que le pidiera, con tal de poder hacer inmortal a su amado. Chopin tocó un Nocturno esa noche y era imposible no desear que ese prodigio de música, que ese talento pianístico no perdurara para siempre, así que le di la piedra a cambio de muchas riquezas. Francesca le entregó el elixir a Chopin, ella me lo confirmó, pero él por razones que desconozco se negó a tomárselo. La pregunta ahora es: ¿dónde está ese elixir? Yo creo que está enterrado junto a su corazón y eso es lo que busca Francesca en Varsovia. Por eso, yo también me voy con ustedes a esa excursión, a recuperar lo que me pertenece.

—¿Cómo que lo que le pertenece? —preguntó Laura muy ofendida—. Usted le vendió el elixir a Francesca, ya no es suyo. Ni de Francesca tampoco. Si se encontrara en Varsovia lo utilizaríamos para la investigación.

El capitán se atusó la barba y después soltó una carcajada:

—¡Va a investigar un montón con una sola dosis! Si lo encontramos, será para mí que soy quien trajo las piedras de Manila.

—¿No volviste nunca más a Manila? —pregunté haciéndome la boba porque imaginé que el capitán habría estado buscando al sangley hasta en el último rincón de la China.

—Al sangley se lo tragó la tierra. Lo busqué hasta en el infierno, pero ni rastro de él. Por eso quiero recuperar las piedras. Estoy muy solo y necesito las cuatro piedras para tener una familia que siempre esté a mi lado.

—¿Ya terminó su relato? —intervino Laura al tiempo que recogía su melena en un moño alto—. El capitán asintió—. Es que como me dijo antes que le comentara lo que pensaba en cuanto finalizara, me muero de ganas de decirle que me parece que usted es, por supuesto, idiota, eso para empezar, y después me parece que es usted un repugnante egoísta y codicioso. ¡Pedir dinero por la inmortalidad de Chopin! ¡Solo un tipo corrupto y amoral puede atreverse a hacer negocios con lo sublime! ¿Y cómo puede darle lo mismo el sufrimiento de la humanidad y negarse a investigar? ¡Es usted lo peor! ¿Y todavía cree que va a encontrar una mujer con la que formar una familia? ¿Quién va a querer pasar la eternidad junto a alguien como usted?

—¿Usted? ¡Sería perfecto! Y así me ahorro una piedra y podemos tener cuatro hijos —replicó el capitán socarrón—. No hace falta que me responda: desconfío de las mujeres de lengua larga y ojos azules. No iría con usted ni a la esquina. Propongo que Azuce... —Le fulminé con la mirada y entonces, corrigió—: Propongo que Lily y yo vayamos a Varsovia a impedir que Francesca se salga con la suya.

—Perdone —interrumpió Laura muy enfadada—, nosotros ya tenemos nuestro propio plan. Iremos a Varsovia: Lily, un amigo y yo, mi hermano prefiere quedarse junto a su esposa.

—Como también debería hacerlo usted —repuso divertido el capitán, que parecía estar pasándose genial sacando de sus casillas a Laura—, háganos un favor y mejor quédese con sus cacharritos de escucha, que ya veo que maneja de forma extraordinaria.

—Haré lo que me dé la gana —bufó Laura, sin mirar a la cara del capitán.

—Lily —dijo tendiéndome una tarjeta de visita—, avísame y nos encontramos en Varsovia.

—¡Nos encontraremos! —matizó Laura con el gesto contraído de puro enojo.

—No insista, señorita, ya le he dicho que no soporto a las mujeres de ojos azules...

CAPÍTULO 6

Operación Varsovia

Días después, Laura y yo viajamos juntas a Varsovia en un avión casi ocupado por una ruidosa asociación de admiradores de la figura de Juan Pablo II, que se pasaron todo el viaje cantando canciones de misa. Pero la verdad es que a nosotras nos dio igual, porque Laura se pasó el vuelo sin parar de despotricar contra el capitán y yo sin dejar de pensar en Milos...

—Todavía no entiendo por qué hemos tenido que avisar a ese señor de que hoy es el día en que la bruja de Francesca va a actuar —dijo Laura peleándose con el envoltorio de una chocolatina.

—Ya —susurré mientras miraba por la ventana y reconocía el perfil de Milos en una de las nubes.

—¿Ya qué? —replicó abriendo el envoltorio de un tirón con los dientes.

—Que lo entiendo —suspiré. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que Milos y yo volviéramos a vernos de nuevo?

—¿Lo entiendes y le has llamado? ¿Quieres? —Me ofreció un trozo de chocolatina.

—No, gracias. Y no le he llamado...

—¿Cómo que no? —soltó masticando con la boca abierta—. ¡Hugo me ha dicho que tú le has avisado!

—¿A quién? —Yo seguía colgada de la nube mientras la asociación pro-Juan Pablo II, cantaba el *Mientras recorres la vida, tú nunca solo estás...*

—¿Al capitán! ¿A quién va a ser! ¿Qué te pasa, Lily? Estás en la inopia.

—Sí. —Para qué negarlo, sí lo estaba—. Es que llevo unos días que duermo fatal y estoy que no doy pie con bola. Discúlpame. Y del capitán no te preocupes, es un buen tío.

—¿Un buen tío? —replicó furibunda—. ¿Te recuerdo que hizo dinero a costa de la inmortalidad de Chopin? O por si no tienes bastante, ¿te recuerdo que quiere las piedras para su propio beneficio?

—Lleva toda la vida solo. Tú has estado con tu familia y tus amigos. En eso le entiendo, yo también me he pasado todos estos años errante y te confieso que algunas veces he echado de menos tener a alguien.

Mentí. A alguien, no, a Milos. Durante estos siglos no había dejado de extrañarle, de desear que

volviera a producirse el milagro del reencuentro de dos almas que alguna vez estuvieron unidas en un instante mágico en el que desafiamos a la cordura, la sensatez y el miedo.

—En tu caso lo comprendo, pero el tiparraco ese no quiere a nadie más que a sí mismo.

—Es un hombre desesperado, me parece que estás siendo demasiado dura con él. Y sí, le he llamado porque creo que debe estar en esta misión, él es uno de los nuestros.

Laura, atónita, terminó su chocolatina y, con los labios manchados de chocolate, habló airada:

—Lily se te ha ido la pinza por completo. Perdona que te lo diga, pero tú debes estar en *shock* por haberte encontrado a ese amigo del pasado y eso te provoca un estado de confusión que no te deja ver las cosas como son. ¡Este tío va a su bola! No es de los nuestros, ha hecho negocios con Francesca y seguro que es tan corrupto, indecente y sin principios como los Bisontes.

—Era un gran marino, valiente y generoso —bajé el tono para que la vieja de delante, que ya se había vuelto un par de veces para invitarnos a que nos uniéramos a los cantos, no nos escuchara —, un gran capitán respetado y admirado por todos. Es lo que sé de él. No creo que los siglos le hayan convertido en un mal hombre. Espera a que encontremos la piedra, dale un voto de confianza, por favor.

—No puedo. No pienso dirigirle la palabra, fue tremendamente desagradable conmigo —dijo cruzándose de brazos y con la vista al frente—. Haré como si no estuviera y a ver si con un poco de suerte, no vuelvo a verle en mi vida.

—Quién sabe lo que nos depara la vida ...

A mí, por lo pronto, me tenía reservada la sorpresa más inesperada, porque en el Palacio de la Cultura de Varsovia, en el lugar donde habíamos quedado con el capitán, también nos estaba aguardando Milos, que resultó ser el amigo que me habían comentado que nos acompañaría en la misión.

Cuando apenas nos quedaban unos metros para llegar al palacio, Laura reconoció al capitán y yo a Milos que esperaba a escasos pasos de él.

—¡Qué horror! Ya está ahí ese impresentable... —murmuró Laura.

—¡No puedo creerlo! ¿Qué hace él aquí? —quise saber, temblando por una mezcla de emoción, nervios y miedo.

Laura me miró perpleja y luego, creo que tras reprimir sus ganas de darme una buena bofetada, me dijo entre dientes:

—Tía, tú estás fatal. ¿Cómo no va a estar él ahí, si le has llamado tú?

—Ya, sí... —balbuceé.

—Ya sé lo que te ha pasado —me dijo en un tono más condescendiente—, que al verle el careto te has dado cuenta de quién es realmente. Tú no te preocupes, que nosotras nos vamos con Milos, y que él venga detrás como un perro pulgoso.

—No me preocupo, no...

—Milos te va encantar, es un guía perfecto, se conoce el mundo entero. Espera, que te lo presento —soltó cuando ya estábamos a apenas tres pasos de él y Milos me miraba con la misma cara que debía de tener yo de asombro, pasmo y miedo.

—¿Qué tal, amigo? —Le dio un abrazo y dos besos muy cariñosos a Milos, que estaba tieso como una momia—. ¿Estás bien? —preguntó Laura al constatar que su amigo estaba casi criogenizado—. Te veo como blancuzco. ¿El viaje bien?

—Sí, llegué anoche. —Milos reaccionó, movió un poco las manos al hablar sin dejar de mirarme como si yo fuera una aparición del más allá—. Estoy bien, solo es falta de sueño. Es que llevo unos días durmiendo muy mal...

—Como mi amiga. Últimamente, tampoco coordina mucho —dijo entre risas que a mí me sacaron los colores—. Lily —se dirigió a mí— te presento a Milos Conti, un amigo de nuestra familia de toda la vida. Y Milos, ella es Lily Martínez, farmacéutica, y gran amiga de Eva, la esposa de Hugo.

Milos dio un paso adelante y yo le tendí la mano para evitar que sus labios volvieran a rozar mi rostro. No lo habría soportado, habría sido demasiado el dolor del recuerdo, o eso es lo que creía porque Milos, que casi siempre se sale con la suya, me tomó por los hombros y me dio dos besos dulces y suaves en las mejillas.

—Celebro que ahora tengamos un vínculo nuevo —susurró a mi oído antes de separarse de mí.

Ahora era yo la que estaba rígida como un semáforo. Menos mal que intervino el capitán y pude recobrar un poco el aliento:

—¿Y a mí no me vas a presentar a tu amigo? —preguntó Andrés, que ahora estaba a mi lado, dándome dos besos—: ¡Hola, Lily! Qué gusto verte...

—Chicos, os cuento —dijo Laura ignorando por completo al capitán—, he interceptado unas comunicaciones de Francesca y es hoy a la medianoche cuando tiene previsto llevarse el corazón de Chopin. He pensado que, hasta que llegue la hora, Milos nos enseñe un poco la ciudad. ¿Os parece bien?

—A mí no —replicó el capitán, mirando a Laura con desdén—. Teniendo en cuenta cómo se las gasta usted interceptando, igual ni hoy es el día ni esa es la hora.

—¿Empezamos por aquí mismo? Milos, ¿nos cuentas cosas del Palacio de la Cultura?

—Sí, cómo no. ¿Y este señor quién es?

Laura se encogió de hombros y yo ni me atrevía a mirar a Milos, aparte que temía que ni me saliera la voz, así que al capitán no le quedó otra que presentarse ante aquel:

—Andrés Sepúlveda, Capitán General de la Armada de Galeones para la Guardia de la Carrera de Indias, navegante y otras cosas.

—Encantado —dijo estrechándole la mano—. He oído hablar de usted...

—Cosas terribles, imagino —intervino Laura.

—Marinos y navegantes me contaron historias formidables sobre usted —habló Milos sonriente, mostrando interés y admiración por el capitán.

—Del dinero y la virtud, la mitad de la mitad —repuso el capitán—. Soy la persona que le facilitó la piedra al tío de Lily. Poseía otras cinco más pequeñas. La que utilicé para convertirme, otra que vendí a Francesca para hacer inmortal a Chopin y otras tres más que me han robado. Como verá, tengo más de un tema pendiente con Francesca...

—Sí, mi amigo Hugo me ha puesto al tanto. Mejor nos tuteamos —propuso Milos.

—Bien —dijo el capitán—, yo no tengo ningún inconveniente.

—Yo sí —contestó Laura—. Los tengo todos. No pienso dirigirle la palabra a este señor.

—Ni yo tampoco. Tranquila. Usted es invisible para mí.

—¡De maravilla! ¿Milos, nos cuentas qué es este edificio? —preguntó Laura, dando la espalda al capitán.

—Desconozco qué es lo que pasa entre vosotros, pero seguro que tiene arreglo —intentó mediar Milos.

—No lo tiene. No te esfuerces —ordenó Laura, negando con la cabeza.

—Aunque no lo tenga, hemos venido los cuatro a esta misión y me parece que lo correcto es que todos cedamos un poco. Capitán, ¿nos quiere acompañar en este paseo por la ciudad hasta que llegue la hora de encontrarnos con Francesca?

—Por supuesto que sí, será un placer pasar estas horas junto a Azuce... Lily y a ti.

Milos empezó a contarnos que la imponente y adusta torre que es el Palacio de la Cultura, de casi doscientos cincuenta metros de altura, fue un regalo de Stalin a la ciudad, que cobró bien caro, y que, en los últimos años, se ha intentado eclipsar, pues tampoco es que los varsovianos le tengan mucho cariño, con la construcción de rascacielos modernos.

Todos convinimos en que la torre era un espanto, si bien Milos insistió en que subiéramos al mirador, en la planta treinta, que tenía unas vistas estupendas de la ciudad y era lo que verdaderamente merecía la pena del edificio.

—Y esta vez hay ascensor —dijo mirándome mientras esperábamos a que bajara. Yo solo de recordar la última vez con mis plataformas en Florencia me entró un bochorno que tuve que clavar la mirada en el suelo para que se me pasara.

—¿Cómo dices? —preguntó curiosa Laura.

—Decía que en este ascensor se nota la subida en los oídos —disimuló y yo lo agradecí.

El ascensor se abrió, Laura y yo ocupamos las esquinas del fondo y los chicos se quedaron mirando frente a la puerta. La situación era tan incómoda que ni siquiera tuvimos fuerzas para iniciar una conversación anodina, tan solo ansiábamos que el ascensor alcanzara su destino de una vez, para librarnos de la claustrofóbica cercanía y del molesto dolor de oídos.

Salimos al fin al mirador y Varsovia nos estaba esperando: moderna, palpitante, con

personalidad propia. Una ciudad enorme, atravesada por el Vístula, resurgida de las cenizas de los bombardeos nazis y de cuarenta años de comunismo, que se repartía entre zonas verdes, la parte vieja y el área del nuevo capitalismo.

Milos nos indicaba qué era cada cosa, pero el capitán decidió irse a una punta del mirador y Laura al otro extremo, así que nos quedamos él y yo solos, pegados el uno al otro, mirando al Vístula:

—¿A estos dos qué les pasa? ¿Por qué se odian? —De nuevo su olor, su voz, su presencia, una tortura que me hacía flotar, una locura que no quería que se acabara nunca.

—Esto es... —suspiré desbordada por los recuerdos y el deseo.

Milos se situó detrás de mí y me susurró al oído:

—De vértigo, excitante, apasionada, tentadora, peligrosa, imprevisible, insaciable...

Cuando estaba a punto de darme la vuelta, tomarle por el cuello y besarle sin importarme nada más, Milos se apartó de mí y se situó de nuevo a mi lado:

—Así es Varsovia —dijo mirando al horizonte.

—Sí, claro... Varsovia... —Cómo podía haber olvidado lo mucho que le gustaba a Milos jugar conmigo—. En cuanto a Laura y el capitán —hablé intentando mostrarme lo más indiferente que pude—, no le perdona que sacara tajada de la inmortalidad de Chopin ni que, en el supuesto de que encontremos la piedra, el capitán tenga decidido quedársela para la familia que quiere formar algún día. Andrés lleva siglos solo, la soledad le pesa demasiado...

—Para su mujer dudo que le vaya a hacer falta —murmuró mirando al frente.

—¿Por qué? —¿De qué estaba hablando?

—Hay tanta atracción sexual entre Laura y él que me extrañará si antes de que termine el día no acaban haciéndolo en cualquier bosque, como nosotros aquella vez.

La mención del bosque me puso tan nerviosa que me obligó a responderle muy borde:

—¡Qué tonterías dices! Además de que es obvio que se detestan, Laura tiene novio...

—Se detestan tanto como nosotros —replicó Milos mientras hacía una panorámica con su móvil.

La sensación de que jugaba conmigo a su antojo me hizo responder:

—Te equivocas: nosotros nos detestamos mucho más.

—Lo sé. Yo siempre te pediré más...

No me dio tiempo a replicar nada, y ni siquiera sé si en el caso de haberlo podido hacer hubiese soltado algo más que un balbuceo, porque apareció Laura y tuvimos, para mi alivio, que cambiar de tema:

—Milos —habló agarrándole por el brazo—, ¿ese edificio de allí qué es? —preguntó señalando con el dedo índice.

—Ya tiene añitos para haber aprendido que no se señala con el dedo, monina —intervino el

capitán.

—Ya me dirá cómo le indico a mi amigo cuál es el edificio...

—Es el antiguo Comité Central del Partido Obrero Unificado de Polonia, hoy es un templo del capitalismo, acoge la Bolsa, bancos y oficinas de empresas importantes —explicó Milos, intentando también apaciguar los ánimos entre los contendientes.

—Es el signo de los tiempos, cómo cambia el cuento —apuntó el capitán mientras hacía fotos con su móvil.

—Usted seguro que lo celebra —espetó Laura—, menuda pinta de especulador carroñero que tiene.

—Me sabe fatal, pero tengo que darle la razón. Poseo fondos de inversión y últimamente estoy comprando pisos, oficinas, hoteles, inmobiliarias y deuda de compañías. Es muy lucrativa la gestión de la ruina, si se hacen las cosas bien, como yo las hago. Me gusta el riesgo, apuesto por empresas en las últimas, pero con buenos activos, inyecto capital y casi siempre suelo obrar el milagro.

—Lo dicho, buitres carroñero —replicó Laura con desdén.

—Qué sería del mundo sin los buitres, ¿o a usted le gusta vivir entre carroña? Nosotros somos los que estamos dando liquidez a los mercados. Se lo traduzco: nosotros dejamos el mundo bonito para que las princesitas puedan caminar sin mancharse sus zapatitos.

—Cállese o me va a obligar a meterle mi zapatito en su bocaza apestosa.

—¿Qué te decía? Van derechos el uno a los brazos del otro —me susurró Milos y a mí se electrizó todo el cuerpo.

Tenía que imponer cordura porque la situación se nos estaba yendo a todos de las manos:

—Creo que deberíamos seguir con nuestra visita —dije dirigiéndome a todos—. Hay muchas cosas que ver y tenemos poco tiempo. ¿Os parece?

Estábamos a cinco minutos del barrio judío, así que fue nuestro siguiente destino: el Teatro Zydowski y la sinagoga Nozkyk, la única que sobrevivió a la guerra. Y desde allí nos fuimos a la ruta del Martirio y la Resistencia Judía, que comienza con el monumento a los héroes del gueto, sigue con los monolitos de granito negro conmemorativos y termina en la plaza del monumento del muro, lugar desde donde los judíos eran deportados a Treblinka.

—No pudimos hacer mucho —comentó Laura con tristeza—, apoyamos la insurrección del gueto en 1943, apoyando a la Organización de Combatientes Judíos, pero no pudimos evitar la tragedia.

—Yo logré sacar del gueto por la red del alcantarillado a unos amigos y sus familias —apuntó el capitán—. Luego regresé para seguir ayudando, pero tiene razón: no pudimos hacer mucho.

Las lágrimas recorrieron el rostro de Laura y el capitán le tendió un pañuelo:

—Esto no cambia para nada nuestra relación —balbuceó Laura.

—No, por supuesto que no. Una cosa no quita la otra.

Y antes de que se enzarzaran en una nueva discusión, Milos propuso continuar nuestra visita por la zona de Nowy Swiat, una calle elegante con palacetes neoclásicos, teatros, cafés, restaurantes y tiendas de lujo.

De camino, hicimos un alto en una floristería y Milos nos compró tres rosas a cada una. Me negué porque me parecía una lata ir cargando con las rosas por el camino, pero la florista me dijo en un inglés que entendí de milagro:

—No rechace nunca una flor, trae muy mala suerte. Y más cuando el que regala es un hombre tan guapo. Y usted —habló dirigiéndose al capitán—, también debería regalar flores a las jóvenes, le traerá suerte.

—En ese caso, deme un par para cada una. —El capitán sacó su cartera con una sonrisa.

—A mí que no me regale nada, prefiero tener mala suerte —intervino Laura.

—No haga caso a la joven —soltó la florista con un gesto de desdén con la mano—, que lo está deseando. Se la ve tan enamorada de usted...

El capitán se carcajeó y Laura gritó:

—¡Señora, odio a este hombre!

—Del amor al odio solo hay un paso —repuso la florista—. Y usted, señor —dijo refiriéndose al capitán—, tiene que comprar flores en número impar, o una o tres para cada una. Pero número par jamás, que son para los muertos.

—Perfecto, pues deme cinco, por favor.

La florista le entregó las flores y él me regaló tres a mí y dos a Laura:

—Para ti, querida Lily —cogí sus flores, inclinando la cabeza en señal de gratitud— y para usted, querida muerta —habló ofreciéndole las flores a Laura.

—Las acepto porque son de muerto a muerta, para mí usted está muerto desde el primer día que le vi.

—Lo mismo digo.

No sé si para intentar endulzar el momento, cuando ya nos encontrábamos en Nowy Swiat, Milos propuso que probáramos los pastelillos *paczki*, en el café Blikle, el más antiguo de Varsovia. Aceptamos y durante unos minutos la paz y la dulzura reinó entre nosotros. Después, continuamos paseando bajo el sol tibio de la primavera polaca.

Nuestra siguiente parada fue la plaza de la Ciudad Vieja, una plaza rectangular de bellos edificios de distintos estilos, reconstruidos después de que fueran destruidos en la Segunda Guerra Mundial, tal y como eran en el siglo XVII y XVIII. En el centro de la armónica plaza, se encontraba la estatua de la sirena, el símbolo de Varsovia, donde Milos se empeñó en hacernos una foto a los tres: el capitán junto a mí, sonrientes, y Laura como a tres metros de brazos cruzados y con la cara hasta los pies.

Aunque el semblante se le cambió a mi amiga rápido porque el lugar estaba animadísimo con terrazas, puestos de vendedores y músicos callejeros. Uno de ellos, un joven y guapo saxofonista, empezó a tocar el *With or Without you* de U2, y sin pensarlo dos veces, Milos me arrebató las rosas que llevaba en la mano, se las dio a Laura para que las sujetara, me tomó con una mano por la cintura y con la otra sostuvo mi mano.

Otra vez frente a frente, bailando como en la fiesta de la condesa de Arasal, pero esta vez no era un vals, esta vez no volábamos, ni girábamos, ni flotábamos... apenas movíamos un poco nuestros pies mientras nuestros cuerpos estaban casi pegados. Podíamos sentirnos, olerlos, recordarnos... Milos me miró a los ojos y luego a los labios. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Iba a besarme delante de todos? Acercó su rostro al mío, inclinó la cabeza y yo ya rendida cerré los ojos, pero no llegó el beso, solo el susurro de Milos al oído de la letra de la canción: *You gave it all but I want more / And I'm waiting for you... (Tú lo diste todo, pero yo quiero más. Y estoy esperando por ti).*

Abrí los ojos, le sonreí y luego apoyé la cabeza en su hombro: él quería más y yo estaba dispuesta a dárselo, eso sí: cuando yo quisiera.

Mientras tanto, nos fuimos a comer a un restaurante de la calle Piwna los clásicos de la gastronomía polaca: *borsch*, una sopa de remolacha, *golonka*, codillo con repollo y puré, y de postre, el *kremówka*, un pastel de nata que puso de moda Juan Pablo II, como nos contaron los de la asociación que también estaban comiendo allí y que no dejaron de darnos la paliza con sus cánticos de misa.

Fue complicado librarse de ellos, pero al final lo logramos y nos fuimos camino al Castillo Real. Antes de llegar, pasamos por la Calle de la Escalera, una calle angosta y empinada en la que es costumbre que las parejas se retraten dándose un beso.

Ese día, unos novios posaban a mitad de escalera para su cámara, besándose. Milos me miró y dijo:

—La tradición manda —me cogió de la mano y tiró de mí hasta hacerme subir unos cuantos escalones.

—¡Yo no soy de tradiciones! —protesté, zafándome de su mano.

Milos me estrechó contra él y me devoró la boca mientras hacía la foto con la mano libre. Me quedé quieta, acepté su invasión, sus labios, su lengua, su respiración ardiendo en la mejilla y, de pronto, le perdí...

—¡Milos! ¿Te has vuelto loco? —gritó Laura al pie de la escalera.

—¡Es un hombre de tradiciones! ¿No lo ha oído? Ahora nos toca a nosotros, yo también soy muy tradicional. —El capitán cogió a Laura del brazo y tiró de ella para que subiera las escaleras.

—¡Déjeme en paz! —Laura empujó con la mano libre al capitán y al final acabaron la una sobre el otro en las escaleras.

—¡Solo era un beso! ¡Tendría que estar agradecida de que después de las cosas que me ha dicho me haya prestado amablemente a darle un beso, por una cuestión tradicional, por supuesto! —protestó el capitán mientras Laura se ponía en pie.

—No vuelva acercarse a mí ni a diez metros. ¡Se lo advierto! —soltó Laura señalando con el dedo índice al capitán que seguía tirado sobre las escaleras.

—No hace falta que me diga nada, yo había tomado solito esa determinación. Y doy gracias al cielo por ser inmortal, de lo contrario esta caída habría tenido consecuencias fatales —dijo llevándose la mano a la nuca mientras se ponía en pie.

—Genial. Pues que corra el aire —replicó Laura moviendo la mano y apartándose de él—. ¿Por dónde se va al castillo? —preguntó a Milos.

—Todo recto —respondió él, sin dejar de mirarme mordiéndose los labios.

—¡Nos han debido poner algo en la comida porque andamos todos locos! ¡Vamos, Lily! —exclamó cogiéndome del brazo—. Dejemos a estos dos atrás, a ver si recuperan un poco la cordura.

Cuando ya habíamos dejado una distancia prudencial entre nosotros para asegurarnos de que no nos escuchaban, Laura me habló muy intrigada:

—¡Tía, te mola Milos!

—¿A mí? —Yo no sabía dónde meterme.

—Te ha dado un beso de película y tú ni has rechistado. Me hace eso a mí el capitán y es que de la bofetada que le pego todavía estaría dando vueltas.

—¿Tú estás segura de que no te gusta el capitán? —pregunté para cambiar de tema, pero también porque estaba empezando a considerar seriamente la teoría de Milos.

—Ni aunque fuera el último hombre del planeta. ¿Y tú estás segura de que no te gusta Milos? —repuso devolviendo la pelota a mi tejado.

—Nuestra historia viene de lejos... —No lo pude evitar, sin querer, pensé en voz alta.

—¿Cuánto de lejos? —preguntó ansiosa, echándose la melena a un lado.

—Desde principios del XVII —susurré angustiada.

—¿Lleváis de tonto desde entonces o ya ha habido tema entre vosotros?

—Es una historia muy larga, Laura. No te la puedo contar en tres líneas y más estando Milos detrás.

—Pero, vamos, que te mola.

—Es mucho más que eso. Es todo demasiado complicado.

—Si abres tu corazón, si confías, todo es sencillo, todo fluye. Las cosas se vuelven complicadas cuando nos dejamos guiar por nuestras dudas y nuestros miedos.

—Lo único que puedo decirte es que en este momento es mejor que nos dejemos guiar por la sensatez y cambiemos de tema. No quiero hablar de este asunto en presencia de Milos, te lo

ruego... —musité juntando las manos a modo de súplica.

—Tranquila. Ya hablaremos —dijo guiñándome el ojo.

Y así, continuamos charlando de naderías hasta que llegamos a la plaza Zamkowy y Milos desde cierta distancia nos hizo gestos con la mano para que nos detuviéramos.

Nada más alcanzarnos, volvió a cumplir a la perfección con su papel de guía y nos pidió que nos fijáramos en la estatua que estaba en mitad de la plaza, conocida como columna de Segismundo, un monumento de más de veinte metros de altura, compuesto por una columna corintia de granito y rematada con la figura en bronce del rey Segismundo III a la manera de los santos y que tiene el honor de ser el monumento civil más antiguo de Polonia.

Decidí centrarme en sus explicaciones para no pensar en él, en el beso y en nosotros, pero resultó imposible.

Sobre todo, cuando después de explicarnos la historia del castillo, o de contarnos que el original corrió la misma suerte que Varsovia entera y fue casi destruido en la Segunda Guerra Mundial, pasamos a visitar el castillo. Tras distintas salas, como la de los Senadores, las habitaciones de los príncipes con pinturas de Jan Matejko o la Sala de Mármol, con retratos de gobernantes polacos, accedimos al salón de baile en el que todos los recuerdos se me vinieron encima, como quien abre la puerta de un armario repleto de cosas que importan demasiado. El salón, una estancia lujosa decorada con diecisiete pares de columnas doradas, de suelo ajedrezado y un fresco que es una recreación de los de Bacciararelli, me trajo el recuerdo de aquella noche mágica en casa de la condesa de una forma tan virulenta que tuve que salir corriendo de allí.

Entré en la sala contigua, el salón de Caballeros, y mientras intentaba recobrar el sosiego contemplando una escultura de Cronos de Le Brun y Monaldi, Milos se me acercó por detrás y me susurró al oído:

—¿No crees que ya es hora de dejar de huir?

Me di la vuelta y Milos me besó estrechándome muy fuerte contra él. Sentí su calor, su olor, la fuerza de su deseo, sus manos fuertes en la base de mi espalda... ¡No quería huir!

—Milos... —susurré casi sin aliento, con sus labios pegados a los míos.

—Piénsalo, Lily.

Y se marchó de la sala, dejándome temblando de deseo...

CAPÍTULO 7

Un grupo muy compacto

Cuando salimos del palacio ya era de noche, una noche preciosa, con un cielo repleto de estrellas ajenas a mi desconcierto. «Piénsalo», me había dicho Milos... ¿Que lo pensara? Si no había hecho otra cosa más que pensar desde nuestro último encuentro en Florencia, no había dejado de extrañarle, de fantasear con que las cosas pudieran ser diferentes entre nosotros, de desear que por una vez fuéramos nosotros los que tomáramos las riendas y no el caprichoso azar.

Milos debió de leerme el pensamiento, porque cuando íbamos caminando a la Universidad de Varsovia, donde nos esperaba la persona que nos iba a facilitar el acceso a la iglesia de la Santa Cruz, se puso a mi lado y me dijo:

—La teoría de cuerdas y universos paralelos dice que existen infinitas variaciones de un mismo destino en infinidad de universos paralelos. Yo sé que en otros universos hace mucho que somos felices...

Laura me guiñó el ojo, aceleró el paso y nos dejó solos a los dos; el capitán venía detrás a unos cuantos metros de distancia desde los que era imposible que nos oyese...

—Hay veces que presiento que todo está escrito, también creo en la causa-efecto, en la acción-reacción, en el karma y, por supuesto, en la libertad que tenemos para cometer demasiados errores —respondí cobarde, nadando y guardando la ropa.

Nada más concluir la frase, comencé a temblar y no solo porque la primavera polaca fuera más fría que la mediterránea, sino porque no recordaba haberme sentido más vulnerable y expuesta ante nadie en mi vida. Me froté con las manos los brazos para darme calor, y a Milos le faltó tiempo para quitarse el jersey que llevaba anudado a la cintura y ofrecérmelo.

Lo acepté y se agradeció con una sonrisa:

—Convivimos con esa paradoja —habló Milos—, pero tengo la certeza de que existe un destino fundamental, que es el que nos hace felices, el que nos realiza, el que nos permite ser quienes realmente somos, y mi destino fundamental, esencial y único eres tú.

Me quedé quieta, casi sin aliento...

—Milos, llevo tanto tiempo sola... —Logré decir, con los ojos llenos de lágrimas—. Entiendo tanto al capitán. Vosotros os habéis tenido los unos a los otros, pero yo llevo siglos sin más

compañía fiel que la de mi perro. Mis seres queridos, mis amigos, todos han ido muriendo...

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —preguntó retirando una lágrima que no había podido contener.

—Solo he establecido un vínculo profundo y duradero con mi perro. ¿Te parece poco? —repliqué en un ataque de sinceridad.

—Eso no es cierto. —Milos me cogió de la mano, como si fuéramos una pareja más que paseaba por la noche varsoviana y la apretó fuerte.

—¿Hay algo de mi vida que yo no sepa? —pregunté perpleja, sin soltar su mano.

—Tienes un vínculo profundo y duradero conmigo desde hace muchísimo tiempo, Lily...

—¿Te atreves a llamar a una sucesión de encuentros a salto de mata un vínculo profundo y duradero?

Milos me miró con los ojos vidriosos y luego me besó dulcemente la mano:

—Sí, rotundamente, sí.

—Milos, es una locura lo que dices... —Y suspiré con el corazón a mil.

—Lo quieras o no, yo soy el hombre destinado para ti.

—No se trata de lo que quiera o no, sino de...

De repente, se escuchó una tos. Giré la cabeza y era el capitán, que había llegado a nuestra altura y estaba muerto de risa:

—¿No era París la ciudad del amor? Por lo que veo a vosotros Varsovia os ha puesto como motos. Vais lanzados. Perdón por ser tan cotilla, pero ¿te estabas declarando, Milos?

Milos ni se lo pensó:

—Sí. Lily es la mujer de mi vida —dijo con rotundidad mientras me cogía también de la otra mano.

Al capitán le pareció lo más normal del mundo que de pronto surgiera el amor entre dos perfectos desconocidos:

—Yo seré tu padrino, Lily. Milos me parece un tipo estupendo, habría hecho muy buenas migas con tu tío —consideró, pasando su brazo por el hombro de Milos—. Lo único que te pido —habló dirigiéndose a él—, es que la niñata esa que va tres kilómetros por delante no sea tu madrina. Me obligaría a tenerla cerca, a compartir mesa y a ¡bailar con ella! ¡Qué horror! ¡No imagino tormento mayor! —se lamentó haciendo el gesto de que se metía los dedos en la boca y vomitaba.

—Me parece que estáis yendo un poco deprisa —intervine—, yo todavía no he dicho nada...

—¡No hace falta! —repuso el capitán—. La cara de boba que tenías cuando he llegado me lo ha dicho todo. Además, los asuntos importantes exigen respuestas rápidas, te lo digo yo que tú sabes que soy un marino y comerciante curtido en miles de mares y mercados. Cuando llega la gran ocasión, y eso te lo dice esto —se llevó la mano al corazón— y no esto —dijo llevándose el dedo índice a la cabeza— hay que cogerla al vuelo —soltó haciendo el gesto con la mano de que

atrapaba algo—, sin pensarlo. Hazme caso, Lily. ¿A ti qué te dice el corazón?

—Me dice que Laura debe estar esperándonos en la puerta de la Universidad, preocupada por si nos ha pasado algo.

—¡Tú nunca has sido una cobardica, niña! —exclamó el capitán con gesto de desdén con la mano—. ¡Responde sin miedo!

—Me parece que no te has dado cuenta de que no estamos en tu barco. No tengo por qué acatar órdenes tuyas. ¡No me da la gana responder!

Y salí a toda prisa de allí, huyendo de esos dos majaderos...

—¿Qué os ha pasado? ¿Y los otros? —preguntó Laura, cuando llegué a la entrada de la Universidad, con el ceño fruncido.

—Nada. Está todo bien. Nos hemos entretenido con una de las explicaciones de Milos sobre un edificio —mentí porque solo me faltaba en ese momento que fuera Laura la que me taladrara con el tema del amor—. Ya vienen...

En cuanto aparecieron, y antes de entrar en la Universidad, Milos nos contó que en el edificio de enfrente se encontraba el apartamento donde vivió Chopin con sus padres y en el que compuso conciertos para piano inspirados en un amor, una tal Constanza, que acabó casada con otro.

—¡Qué mala suerte la de Chopin! Conoció el rechazo y el amor de alguien como Francesca —lamenté.

—Por eso, cuando dos almas se encuentran —dijo el capitán juntando los dedos índices—, hay que ser rápido. —Y otra vez hizo el gesto con la mano de que cazaba algo al vuelo.

—¿Usted sabe decir algo que no sean tonterías? —preguntó Laura al capitán con cara de asco.

Supongo que para que no llegara la sangre al río, Milos se adelantó:

—Mi amigo, el profesor, nos está esperando. Por favor, no le hagamos esperar ni un segundo más.

Milos se adelantó y nosotros le seguimos, mis amigos refunfuñando cada uno por su lado y yo en silencio.

De tanto en tanto, Milos se giraba para contarnos que la Universidad surgió de un palacio de verano y que en la actualidad era la principal institución educativa del país. Así hasta que nos adentramos en un edificio de aspecto neoclásico y subimos al primer piso de una galería desierta, estrecha y larguísima, al final de la cual nos esperaba nuestro contacto.

Milos tocó a la puerta con los nudillos, abrió lentamente la vieja puerta de madera, y nos hizo un gesto con la mano para que pasáramos. Entramos en el despacho, solo iluminado por un flexo de diseño, debajo del cual había un Mac y detrás un joven con camisa de cuadros, tupé y gafas de pasta naranja.

—¡Hola! —saludé con la mano, sorprendida al no ver a un profesor de rebeca verde, calvo, centenario y con gafas redondas.

—Pasad, por favor —dijo el joven en perfecto castellano, después se levantó para saludarnos y cerró la puerta bien cerrada, con doble cerrojo.

—Perdona el retraso —se excusó Milos.

—Aquí tienes la llave... —Milos cogió la llave y se la guardó en el bolsillo del pantalón—, no os demoréis más. Marchad para allá cuanto antes...

—En los mensajes que intercepté —intervino Laura—, Francesca programó la acción para dentro de una hora.

—La iglesia está ya cerrada —apuntó el joven.

—Entonces, estos están dentro —concluyó el capitán—, como nos fiemos de los trabajitos de inteligencia de nuestra amiga, apañados vamos.

—¡Cierre el pico! —ordenó Laura—. Profesor, no haga caso a este majadero. Está todo bajo control.

—Profesor, todo lo que salga de la boca de esta incompetente hay que ponerlo en cuarentena.

El profesor miró a Milos con cara de estar preguntándose que de dónde había sacado a semejante tropa y a mí no se me ocurrió mejor forma para ponerle remedio que decir:

—Están bromeando. ¡Siempre hacen lo mismo cuando están nerviosos! —Y solté una carcajada que sonó tan histérica y sobreactuada que la cara del profesor mutó en puro pánico.

—Es española. Ya sabes: alegría, alegría y mucha fiesta —soltó Milos encogiéndose de hombros.

—Milos no te pases, que los españoles somos mucho más que fiesta y alegría. Yo soy un tipo bien serio y profesional, no como esta francesita de pitiminí que ni sabe lo que se hace con sus aparatejos.

—*Va te faire encouler!* —insultó Laura al capitán.

—¿Qué ha dicho de *encouler*? —preguntó el capitán enarcando una ceja.

—Que se vaya a... —repuso Laura, si bien no pudo terminar la frase, porque no se lo permití.

—Gestionar un equipo internacional es lo que tiene —interrumpí—, pero le garantizo que formamos un grupo muy compacto. —Y dibujé una sonrisa en mi rostro tan falsa que transmitió de todo menos credibilidad.

El profesor alzó las cejas, tosió un par de veces y antes de que pudiera decir nada, Milos habló con pleno convencimiento:

—Adrián, Lily tiene toda la razón. Funcionamos estupendamente juntos. Somos un equipo muy sólido. Hemos trabajado en otras misiones y nuestros éxitos nos avalan.

—¡Es cierto! ¡En nuestra más reciente misión hemos sido capaces de comprar cinco flores en una floristería! —replicó el capitán muerto de risa.

—Disculpa, Adrián que... que... —musitó Milos.

El profesor sonrió de oreja y dijo señalando al capitán con el dedo índice:

—Humor español. ¡Lo pilló! ¡Me ha costado, pero lo pilló! ¡Perdonen que haya estado tan espeso! ¡He tardado en cogerles la onda! Pero ya está arreglado. —Y con los dedos en V hizo el gesto de la victoria.

—¡Exacto! —dijo Milos eufórico—. Eso es. Somos así y es como mejor funcionamos.

—Funcionamos de cine —observó el capitán—, yo ya he empezado a rezar porque como la Virgen no lo evite, tengo el pálpito de que la Francesca nos va a comer la merienda...

El profesor se rio con ganas, echando el cuerpo hacia atrás y nosotros hicimos lo mismo.

—Qué risa, sí —soltó Milos—. Cuánto humor que nos gastamos. Pues eso, Adrián, confía en nosotros. En cuanto abortemos la misión, me pondré en contacto contigo para devolverte la llave.

—Y cuando estéis en la iglesia, me mandas un mensaje para avisar a la policía. Solo os pido que os marchéis para cuando ellos lleguen. Es preferible que todo quede como una falsa alarma —apuntó el profesor.

—Descuida... —musitó Milos.

—Opino que deberíamos irnos yendo ya, porque a este paso nos van a dar las uvas. Las uvas, joven —se dirigió el capitán al profesor y explicó—: Es una tradición española que consiste en comernos doce uvas los doce últimos segundos del año. Nosotros siempre dejándolo todo para el final...

El joven volvió a morir de la risa para después concluir, rojo de tanto reírse:

—Sí, en la Puerta del Sol, yo estuve allí hace unos años. Una tradición muy divertida, como todos ustedes. Son un grupo... muy simpático. Les deseo mucha suerte, amigos. ¡Podemos! —exclamó levantando los pulgares—. ¿No era eso lo que decían los españoles en el Mundial?

—Sí, sí, eso es. Podemos —dijo levantando los pulgares.

—¿Podemos? Como no salgamos ya —advirtió el capitán—, Francesca se lo va a llevar calentito y nosotros lo único que vamos a poder hacer es llorar en una esquina.

—¡A llorar se pondrá usted que tiene toda la pinta de ser un llorica asqueroso! —espetó Laura señalando al capitán con el dedo.

—¡Nos vamos, Adrián! —se despidió rápido Milos para terminar cuanto antes con la patética escena.

—Encantado de conocer a tu equipo, Milos —dijo el profesor llevándose la mano al pecho—. Debe dar gusto trabajar en este ambiente tan alegre y relajado.

—Sí, es maravilloso. ¡Estamos en contacto!

En cuanto salimos del edificio, Milos muy enfadado, con las mandíbulas en tensión y con los puños apretados, nos advirtió:

—¡Solo espero que este espectáculo no vuelva a repetirse en la iglesia y más delante de Francesca! Laura y Andrés: las diferencias que tengáis, las dirimís en otro lugar.

—¿Qué otro lugar? —replicó Laura cruzándose de brazos—. Yo no voy con este tío ni a la

esquina.

—Pues anda que yo... ¡Antes me voy de copas con Francesca!

Milos se llevó las manos a la cabeza y deslizó los dedos hacia atrás. ¡Qué atractivo era! Ya sé que no era el momento para pensar en eso, pero con sus vaqueros, su camisa negra y su porte de italiano bello me tenía loca perdida, babeando, muerta de deseo.

—Por favor... ¡Callad! —exigió Milos—. ¡No lo voy a decir más! Como no os comportéis, vais a poner en serio riesgo la misión.

—Tranquilo, Milos, no pienso entrar más al trapo del *troll* del capitán. Va a salir todo redondo —dijo Laura haciendo el gesto de ok juntando el pulgar con el índice.

—Por mí no te preocupes —indicó el capitán—. Yo voy a mi bola, paso olímpicamente de la dama francesa. Además, en la iglesia voy a estar demasiado centrado en hacerle unas cuantas preguntitas a Francesca. No os podéis imaginar las ganas que tengo de reencontrarme con esa mujer.

—Bien, pues os tomo la palabra. ¡Espero que no me decepcionéis!

De camino a la iglesia, Milos y yo nos quedamos solos, porque el capitán se adelantó y Laura se quedó atrás:

—Ha estado muy bien lo de fingir que todo era una broma. ¡Ha sido una gran idea! —comentó Milos con una sonrisa preciosa.

—Puede, pero mi interpretación no ha podido ser peor.

—Ha funcionado que es de lo que se trataba. ¿Y sabes qué? ¡Tienes razón! Formamos un gran equipo.

—No sé yo —dije señalando hacia delante y hacia atrás con la cabeza.

—No hablo de ellos, me refiero a nosotros. A ti y a mí. Juntos.

—Hasta que no salgamos airosos de la misión, prefiero no decir nada —repliqué mirando la mano que Milos me tendía para que la estrechara.

—No me refiero a lo que nos espera ahora con Francesca, sino a ti y a mí, juntos, como pareja, sin huidas ni azares, juntos de verdad.

De la ansiedad quise llevarme la mano a la boca, pero Milos la atrapó con la suya, entrelazó sus dedos con los míos y luego la besó exigiéndome con la mirada una respuesta, que yo no estaba preparada para darle.

—Tú y yo —susurré, mientras seguíamos caminando hacia la iglesia.

—No quiero seguir buscándote en cada rostro, en cada amanecer, en cada estrella... Deseo despertarme y que estés a mi lado, el lugar que te pertenece, el lugar que debes ocupar, el sitio que no debes abandonar nunca más, Lily. Ya no...

Nos quedamos quietos el uno frente al otro, buscándonos con nuestras miradas, con nuestros labios demasiado cerca. Milos rodeó con sus brazos mis caderas, acaricié su mejilla, deslicé mis

dedos hasta hundirlos en su nuca y seguimos mirándonos como si tuviéramos todo el tiempo del mundo por delante.

—¡Vamos, señores! Beso, beso, beso... ¡Que es para hoy! —nos jaleó el capitán desde la puerta de la iglesia de la Santa Cruz, justo delante de un Cristo que arrastra su cruz bajo la inscripción *Sursum Corda*.

De la impresión di un paso hacia atrás, apartándome de Milos. Luego llegó Laura y la magia se volatilizó hasta quién sabría cuándo.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Laura que nos escrutaba con la mirada a la búsqueda de alguna pista.

—Voy a mandar el mensaje al profesor para que avise a la policía —dijo Milos, mientras pulsaba las teclas de su móvil—. Ya está. Entremos —ordenó, haciendo con la mano la señal de que avanzáramos.

Mientras esperábamos a que Milos abriera la puerta de la iglesia, Laura me cogió por el brazo y me cuchicheó al oído:

—Tía, lo he visto todo. Te tenía cogida por la cintura y ha estado a punto de darte un morreo épico. ¡No haberte cortado!

Qué bochorno. Me puse el dedo índice en la boca para que se callara aparte de por el bochorno, porque Milos acababa de abrir la puerta de la iglesia.

Entramos con mucho cuidado, pero, con todo, la vieja puerta hizo unos ruiditos que provocaron que Francesca y los cuatro hombres, que ya tenían abierta la urna de Chopin, en el segundo pilar de la izquierda de la nave, se giraran para iluminarnos con sus linternas.

—Buenas noches, querida Francesca —se adelantó el capitán—, veo que llegamos en lo mejor de la fiesta.

—Es mi fiesta —puntualizó Francesca poniéndose en jarras—. Esto es algo personal. ¡Fuera de aquí!

—¿Así recibes a un viejo amigo? —repuso el capitán negando por la cabeza.

—Puerca zorra, la que tiene que dejar esa urna donde está y marcharse de aquí es usted —espetó Laura, que se adelantó y se puso junto al capitán.

—¿Tienes a la hija de los D'Argel de mascota? ¿Tu caniche amedrentador? —Francesca rompió reír—. ¡Esta sí que es buena!

—Más te vale que no te pongas al alcance de las garras de esta leona —soltó el capitán—. Y ahora permíteme que compruebe que en esa urna hay algo que me pertenece.

—¿Que te pertenece? —repuso Francesca, atusándose la melena de un manotazo—. Amé como a nadie a Chopin y su corazón me pertenece.

—Con el corazón puedes hacer lo que se te antoje, pero el elixir es mío.

—¿De qué elixir hablas? —preguntó Francesca con un gesto de desdén de la mano.

—Del que te vendí y que Chopin no se llegó a tomar.

—Se lo regalé, si bien se negó a tomarlo. Yo misma fui a entregárselo al monasterio abandonado de Valldemosa en el que se alojaron durante su enfermedad. Lo aceptó, pero no sé qué hizo con él.

El capitán sacó una linterna del bolsillo de su pantalón y con ella iluminó la urna que estaba abierta para comprobar que lo que decía Francesca era cierto.

—Puedes mirar todo lo que quieras. Ahí no hay más que el corazón del hombre que más he amado nunca.

—Y que dejó escrito en su testamento que a su muerte su corazón debería volver a Varsovia. Su voluntad debe respetarse —le recordó Laura.

—¿Y quién la va a hacer respetar? ¿Tú? —dijo Francesca, mirando de arriba abajo a Laura con soberbia y desdén.

Milos dio unos pasos hacia delante y salió de la oscuridad en la que habíamos permanecido él y yo expectantes. Apenas ya a un metro de Francesca, habló:

—Ella, mis amigos y toda la policía de Varsovia que viene de camino.

—¡Milos, tú también por aquí! ¡Y con la sobrina de fray Benito! ¡Qué parejas más curiosas habéis venido a buscarme! —exclamó Francesca dando un tirón a la chaqueta de su impecable traje negro.

¿Cómo había descubierto que yo era la sobrina de fray Benito? Me había dedicado a destruir todas las pruebas, era imposible llegar hasta mí, lo de Francesca tenía que ser un farol, una trampa en la que no pensaba caer. Decidí hacer como si no hubiera oído nada y callar. El capitán, sin embargo, siguió a lo suyo.

—Antes de que te marches de la fiesta, querida, necesito saber dónde tienes las tres piedras que me has robado. —El capitán se situó detrás de Francesca y, cuando esta se giró, comenzó a rodearla.

—¿Qué piedras? ¿No decías que no tenías más que la que me vendiste?

—Me han desaparecido las tres piedras que me quedaban y solo tú sabías de mi existencia.

—No te voy a engañar. Registré tus casas, como también di orden de hacerlo con la farmacia de la sobrina de fray Benito, pero jamás he encontrado nada. ¿Dónde tenías las piedras?

El capitán seguía dando vueltas alrededor de Francesca...

—¡Mientes tan mal, querida!

—Te estoy diciendo la verdad. Es más, tengo tan descartado que fuera a encontrar más piedras que estoy centrada en la investigación en epigenómica y tengo un proyecto avanzadísimo con el que dentro de poco la inmortalidad estará al alcance de quien pueda pagarla.

—Está trabajando con avatares —soltó Laura y nosotros nos quedamos estupefactos—. El proyecto consiste en descargar la inteligencia en superordenadores, en crear una gran mente-

colmena y hacer inmortal a quien pueda pagarlo, mediante la utilización de sofisticados avatares.

—Si tu papá te hubiera atado en corto, no serías una niña tan entrometida. Voy a tenerte que enseñar yo lo que no has aprendido en tu casa, Laurita —amenazó Francesca a Laura, señalándola con el dedo.

—Nunca dejamos de vigilaros —replicó la joven.

—Ni nosotros tampoco —contestó Francesca, retándola con la barbilla alzada.

Después, con un movimiento de cabeza, Francesca ordenó a sus hombres que dejaran la urna como estaba.

—Yo tampoco te voy a quitar ojo de encima, querida amiga. No voy a parar hasta que recupere mis piedras —dijo el capitán, mesándose la barba.

—No pierdas el tiempo conmigo. Busca en otra parte, porque yo no las tengo. Que te ayude la listilla de tu escudera.

—¡No lo dude! —exclamó Laura—. Yo siempre pongo mi conocimiento al servicio de las nobles causas.

—¿El capitán una noble causa? ¡Lo que me estoy divirtiendo esta noche! —soltó Francesca dando un manotazo al aire.

El caso es que nosotros tampoco dábamos crédito a este giro inesperado en el sentir de Laura respecto al capitán y viceversa:

—Para mí es un honor que la dama se preste a colaborar conmigo y me esforzaré para estar a la altura de los extraordinarios valores que la motivan a diario a hacer de este mundo un lugar más decente.

—Dios los cría y ellos se juntan. Qué le vamos a hacer —masculló Francesca con un mohín de asco—. Yo me voy ya. Va siendo hora de dejaros, no me apetece encontrarme con la policía polaca, son de lo más pelma de Europa. Pero no os pongáis tristes, que seguro que dentro de poco volvemos a vernos. *Arrivederci*.

Francesca abandonó la iglesia seguida por sus forzudos mientras Laura y el capitán seguían frente a frente sin dejar de mirarse.

Milos y yo contábamos los segundos que faltaban para que toda la tensión acumulada entre nuestros amigos acabara liberándose de alguna forma. Y así sucedió. El capitán dio un paso adelante, y se quedó a escasos centímetros de Laura, que, nerviosa, dijo:

—He dicho lo que he dicho porque debíamos mostrarnos como un equipo.

—Yo también —susurró el capitán.

—Lo importante es que Francesca no ha logrado su propósito.

—Descubrir que mi elixir no está aquí, bien merecía unas mentirijillas —replicó el capitán guiñándole el ojo a Laura.

—Sí, porque yo a usted no le soporto —dijo Laura, recogiendo su melena para hacerse una

coleta.

—Ni yo a usted. Y como bien nos hemos dicho el uno al otro, jamás iríamos juntos ni a la esquina. —El capitán cogió un mechón de pelo que caía sobre el rostro de la joven y lo retiró hacia atrás—. Se deja este mechón fuera de la coleta...

—Gracias —respondió Laura mordiéndose los labios.

—Eso sí, podíamos hacer una pequeña tregua y marcharnos a cenar algo en el primer sitio que encontremos abierto, y sin que sirva de precedente, por supuesto.

—Y con nuestros amigos... —exigió Laura.

—Perfecto —respondió el capitán con una sonrisa socarrona.

Milos que hasta entonces había permanecido tan mudo y perplejo como yo, dijo:

—Vámonos entonces, que la policía está a punto de llegar.

Abandonamos la iglesia y nos pusimos a andar hasta que al poco nos topamos con una hamburguesería donde cenamos mientras conversamos sobre Chopin y el proyecto de los avatares de Francesca.

Después de la cena, Milos se marchó para reunirse con el profesor y devolverle la llave, y Laura y yo nos fuimos a nuestro hotel acompañadas por el capitán.

—Mañana me pasaré por aquí sobre las nueve. Que pasen una buena noche, señoras —se despidió el capitán con una inclinación de cabeza, y se fue dando un paseo hacia su hotel.

Habíamos convenido en la cena que al día siguiente viajaríamos juntos en el avión que Hugo había dispuesto para nosotros, aunque a Laura no le hiciera mucha gracia:

—No me apetece nada verle mañana —confesó tumbada en la cama de la habitación mientras olía la rosa que nos habían regalado por la mañana.

—Serán solo unas horas, podrás soportarlo —dije con los ojos cerrados y la mirada de Milos clavada en mi mente.

Laura y yo compartíamos habitación y yo lo agradecí porque de lo contrario a esas horas estaría analizando cada una de las palabras y los gestos intercambiados con Milos, pensando en él, dando vueltas y más vueltas a una situación que a ojos de los demás no podía ser más evidente.

—¿Y tú soportarás estar sin Milos?

Abrí los ojos, me puse de lado para mirarla y le pregunté con suma curiosidad:

—¿Por qué no iba a soportarlo?

—Porque estáis locos el uno por el otro.

Me tuve que tapar la cara con la almohada para que no viera que estaba roja como una adolescente con trenzas, granos y *brackets*:

—¡El capitán y tú sí que lo estáis! —solté a modo de venganza desde debajo de mi almohada y también porque sentía que era cierto.

—¡Me detesta! Y yo... también. Igual. Eso es lo único que hay entre nosotros. Tu historia es

mucho más interesante. Cuéntame tu historia con Milos. Desde el principio...

—¿Ahora? —reliqué apartándome la almohada de la cara—. Estoy agotada, Laura, pero vente un día por la farmacia y te prometo que te lo contaré todo.

No me apetecía hablar de nosotros, no quería hacer un repaso de todas nuestras estupideces y desencuentros, de todos nuestros errores y de todas nuestras esperanzas. Sobre todo, de esto último, porque el viaje a Varsovia nos había dado la oportunidad de que las cosas entre nosotros empezaran a tomar otra forma, de que fueran de otra manera que a mí, por mucho que me costara reconocer, me asustaba tanto como me atraía. La posibilidad de que Milos y yo fuéramos algo más que amantes atrapados en un reencuentro perpetuo, me seducía tanto como me angustiaba. Milos me atraía como nadie, le deseaba a cada instante, pero arrojarme a sus brazos en esos momentos en los que yo ya no estaba dispuesta a cambiar de vida, en los que estaba cansada de tantas huidas, implicaban demasiadas cosas para las que ni estaba preparada ni posiblemente capacitada.

—Mañana mismo me paso. ¡Me chiflan las historias de amor! —Y suspiró profundamente, como lo hacen los enamorados.

—Es una historia.

La palabra amor me daba tanto miedo y al mismo tiempo me parecía tan grande que no podía emplearla para definir lo que Milos y yo habíamos vivido hasta el momento. Pasión, atracción, deseo, locura... ¿pero amor?

Además, yo era una atea del amor o, como mucho, el amor era lo que les sucedía a los otros. A Eva y a Hugo, por ejemplo... ¿Pero a mí? Sin lugar a dudas, el amor no iba conmigo.

—Tiene que ser una gran historia, Lily. ¡Me muero por escucharla!

—Y te la voy a contar, pero ahora descansa...

CAPÍTULO 8

Enamorada

Al día siguiente, después de un vuelo en el que apenas nos dijimos nada, nos esperaban Eva y Hugo en el aeropuerto para interesarse por lo ocurrido en Varsovia, y de paso llevarnos a casa.

Tras relatarle lo sucedido, entre unos y otros, Hugo, que iba conduciendo, nos contó algo que dio un giro inesperado a nuestras vidas:

—He estado pensando en Chopin y anoche recordé algo que puede ser importante. En su día no le di importancia, pero ahora me parece que está estrechamente relacionado con el elixir.

—¡Soy todo oídos! —dijo el capitán, que estaba sentado en el último asiento del monovolumen. En el avión había hecho lo mismo, se había colocado en la otra punta para no tener el más mínimo contacto con Laura.

—Poco antes de morir, acudí al apartamento de Chopin y, al despedirnos, me entregó un libro con una nota autógrafa que decía: «La eternidad está en la última línea del espejo». No le había dado ninguna importancia hasta que anoche...

—¿Chopin sabía que eras inmortal? —preguntó Eva, que iba aferrada a las agarraderas del techo.

—No fue un tema que habláramos, pero estuvimos los suficientes años juntos para que pudiera percatarse de que algo pasaba; incluso puede que Francesca le contara la verdad.

—Y podría ser que por eso confiara en ti para entregarte el elixir —dedujo el capitán.

—¿Qué libro te entregó? —Laura, ansiosa, interrumpió al capitán.

—*Beng Sim Po Cam...*

—¡No he oído jamás hablar de ese libro! —exclamé extrañada mientras Laura ya lo estaba buscando en su *tablet*.

—Yo sí —dijo el capitán—. No solo he oído hablar del libro, sino que conocí a fray Juan Cobo, el dominico que lo tradujo. El manuscrito es la primera traducción de un texto chino al castellano, podría traducirse como *Espejo rico del claro corazón*, y es una colección de aforismos y sentencias de grandes pensadores de las escuelas confuciana, budista y taoísta.

—¿En el libro se ocultará alguna clave? ¡No me digáis que tenemos otras azucenas! —musitó Eva llevándose la mano libre al vientre.

—Me inventé una especie de jeroglífico para que Eva descubriera nuestro secreto. Coloqué el poema de *La Noche Oscura* de San Juan de la Cruz entre los papeles de mi tío para que llegara hasta mí —le expliqué al capitán.

—«Entre las azucenas olvidado...» —susurró el capitán.

—Sabe chino, sabe de poesía... ¡Capitán usted nunca deja de sorprenderme! —soltó Laura con ironía.

—No sé de casi nada, pero tiene razón en lo de que siempre sorprende. ¡Todas me dicen lo mismo!

—Sin comentarios —dijo Laura, con un mohín de contrariedad.

—Pues yo sí que tengo algo que comentar. Estoy pensando que Chopin podría haber hecho lo mismo que hizo Lily con el poema de San Juan de la Cruz con el libro chino que le regaló a Hugo —apuntó Eva.

—Podría ser —apuntó el capitán atusándose la barba—. Francesca pudo contarle a Chopin que yo compré las piedras a un sangley de Manila y el libro, desde luego, podría ser la forma de indicarte que esa eternidad se refiere a la que yo compré en Manila. La conexión es más que obvia: los dominicos asistían a las comunidades chinas de Manila, fray Juan Cobo, el autor del libro, era dominico y el primer traductor del chino al español. Encuentro que la elección del libro no puede ser más alusiva...

—¿Y la última línea del espejo? ¿A qué puede referirse? —pregunté retrepándome en el asiento de los nervios.

—¿Espejo rico y no sé qué más no es el título del libro? —repuso Milos que se había pasado el viaje dormitando y ahora tampoco es que se encontrara muy despierto.

Estaba sentado atrás junto al capitán, y en el avión tampoco había querido compartir espacio conmigo, cosa que agradecí, porque no había pegado ojo en toda la noche por su culpa, más que por su culpa, porque me la había pasado pensando en él, y prefería dejar la siguiente conversación que tuviéramos para otro momento en el que estuviera más lúcida. Y él también, porque a tenor de sus ojeras, tampoco es que hubiera pasado una noche muy buena y estuviera para muchas profundidades.

Entre tanto, mis amigos seguían dándole vueltas al asunto del libro de fray Juan Cobo...

—¿La nota de Chopin se referirá a la última línea del libro? ¿Tan sencillo va a resultar el acertijo? —habló Hugo, mirándonos a través del espejo.

—¿Qué dice la última línea del libro? —pregunté frotándome las manos de la emoción.

—Ni idea —respondió Hugo—. Tengo el libro en mi casa, tendremos que esperar a que vayamos a París.

—No hace falta —intervino Laura—, acabo de bajarme el libro y la última línea dice lo siguiente: «De esta suerte parirán los hijos de buen parecer, sin faltas, y más sabios que los

demás». El último capítulo, el 20, se titula: «De las cosas que requiere tener una mujer», y el último consejo lo da Lier Cuto a las mujeres embarazadas, quienes si hacen una serie de cosas: «parirán hijos de buen parecer, sin faltas, y más sabios que los demás».

—¡Ya decía yo que el acertijo no podía resultar tan sencillo, solo espero no tener que regresar a cavar a la Mancha! —murmuró Hugo entre risas.

—Así, a priori, la frase no me dice nada —opinó el capitán—, pero habrá que estudiarlo tranquilamente. Estoy convencido que Chopin con el libro y la nota te entregó las claves que conducen al elixir, ahora solo nos queda interpretarlo...

—Solo dice —protestó Laura—. ¡Si esto es un rompecabezas que no veo por dónde empezar!

—Podremos con él. No en vano somos seis cráneos privilegiados trabajando a pleno rendimiento para hallar la respuesta.

—No será el mío hoy... —dijo medio somnolienta.

—¿Usted se llama a sí mismo cráneo privilegiado? —le preguntó Laura al capitán.

—No. Lo digo por el suyo que vale por dos.

—Bien —susurró Laura con una sonrisita perversa.

—La frasecita esa no me dice nada tampoco. No obstante, yo también creo que Chopin me entregó un pasaje a la inmortalidad con el libro y la nota.

—Pero bien pensado, ¿por qué hacerlo tan complicado? —reflexionó Eva—. ¿Por qué tendría Chopin que recurrir a acertijos? Eras su amigo, confiaba en ti y él era un hombre generoso y práctico. No entiendo por qué no te contó su secreto y te entregó en mano el elixir. Nada le impedía hacerlo.

—Los últimos días de su enfermedad jamás estuvo solo, a lo mejor intentó hablar conmigo a solas, si bien le resultó imposible y recurrió al ardid de la nota y el libro.

—Ya podía haber urdido algo menos enrevesado —opinó mientras por la ventana miraba el cielo cubierto de nubes que parecían ramos enormes de flores blancas.

Flores como las que me había regalado Milos y que había dejado dentro de un libro que guardaba en mi bolso para conservarlas, como también había hecho Laura con las que le había regalado el capitán, a pesar de que lo detestaba.

—Y eso lo dices tú —replicó Eva aferrándose ahora con dos manos a la agarradera para volverse hacia atrás y reprocharme—, que tuve casi que morir para lograr desentrañar tu jeroglífico de las azucenas.

—¡Yo no tengo la culpa de que os liarais tanto con las formas y con los símbolos! —me defendí—. Cada vez que recuerdo lo del viaje a La Mancha... —solté conteniendo la carcajada.

—El ensayo y error es la técnica de resolución de problemas más eficaz que conozco —se excusó Eva, con la vista ahora al frente.

—Siempre que la elección de la prueba sea eficaz —repuse—. Es como si ahora con esto de

Chopin, nos ponemos a buscar por los hospitales donde nacieran los niños más inteligentes porque la última línea dice que: «parirán hijos de buen parecer, sin faltas, y más sabios que los demás».

—Oye, pues no es mala idea —soltó el capitán.

Laura se giró y ametralló al capitán a preguntas:

—¿Por dónde empezamos? ¿Cómo definimos sabio? ¿Buscamos los hospitales donde nacieran más médicos o abogados? ¿O para Chopin la sabiduría sería eso que alcanzan los que logran encontrar su lugar en el mundo?

El capitán se atusó una ceja, sonrió relajado y luego habló:

—Usted siempre tiene la habilidad de hacerme sentir idiota, y eso me encanta.

Laura se dio la vuelta, sonrojada, y Milos desde atrás tosió sin parar por si no me había percatado de que algo pasaba entre mi amiga y el capitán.

De lo que sucedió después entre ellos ese día no puedo dar cuenta porque llegamos a Malasaña, a mi casa, y mi viaje concluyó ahí:

—Dentro de un par de días es la inauguración de la exposición de Ranjit, el joven que pinta calaveras entre los maizales, tienes que venir —me pidió Hugo.

—¿Es en Madrid?

—Sí —contestó Eva muy sonriente—, ya te pasaré la dirección.

—Iré encantada, sí. Muchas gracias por traerme. Nos vemos, chicos... —dije lanzando un beso al aire con la mano.

—Yo me bajo también —anunció Milos, para mi sorpresa—. He quedado muy cerca de aquí...

Nos despedimos de nuestros amigos y Milos y yo nos quedamos solos otra vez.

—Mi casa está al final de esta calle —hablé nerviosa, metiéndome la mano el bolsillo de mi pantalón vaquero. Y fue entonces cuando me percaté de que llevaba su jersey anudado a la cintura. Me lo quité deprisa y se lo tendí—. Esto es tuyo, muchas gracias...

Milos cogió la prenda y se la colocó sobre el hombro, sin darle más importancia. Después me dijo, muy relajado:

—Voy en tu misma dirección, te acompaño hasta tu casa.

No entendía cómo podía estar tan tranquilo, paseando a mi lado como si fuéramos dos amigos que una mañana más se van juntos a tomar el aperitivo. Yo, en cambio, era un manojito de nervios; ni sabía qué decir ni sabía qué hacer con las manos ni sabía caminar porque me tropecé y le pisé un par de veces, pero Milos fue muy caballeroso e hizo como si nada.

Al llegar al portal de mi casa, empezaron a caer unas gotas enormes de lluvia que quién sabe lo que presagiaban. Pero no podía hacer gran cosa. Milos iba a enterarse de cualquier forma de dónde estaba mi casa y mi farmacia, así que mejor pasar el trago cuanto antes:

—Vivo aquí —mascullé de una forma que sonó a claudicación.

—La de veces que he pasado por esta acera, por este portal... —susurró contemplando el

edificio fascinado, como si fuera una obra de arte.

—Aquí llevo viviendo unos añitos —solté mientras buscaba la llave en el bolso.

—Vas a pensar que es una tontería, pero siempre que paso por esta zona me siento bien, como ahora.

Él se sentiría bien, pero a mí me temblaba todo, de la ansiedad apenas podía respirar y no atinaba a encontrar la maldita llave.

—Es un barrio muy tranquilo. —Fue lo menos tonto que se me ocurrió replicar.

—Es tu fuerza y tu luz, que están por todas partes...

—Hay... hay... tiendas y restaurantes muy monos, sí... —Sentí que como siguiera diciéndome esas cosas, iba a darme algo; si bien, justo en ese instante las llaves aparecieron—. Aquí las tengo —anuncié agitándolas al aire.

—Nunca he olvidado tu sabor...

¿Había dicho que nunca había olvidado mi sabor? No quería saber. Metí la llave en la cerradura a toda prisa y abrí la puerta del portal.

—¿Te veré en la exposición de Hugo? —pregunté como si no hubiera escuchado esas palabras lascivas que me estaban haciendo arder por dentro como la yesca.

—Vendré a buscarte a las ocho y media. Mañana te enviaré un vestido que me hace especial ilusión que luzca la que, sin duda, será la dama más bella de la fiesta.

—No te molestes. Ya me acerco yo a donde sea. Y tengo vestido... —Estrella siempre tiene algún trapo que prestarme.

Milos tomó mi mano, la besó y sin dejar de mirarme a los ojos, con una intensidad de las que atraviesan el alma, dijo con rotundidad:

—No es molestia. Te he dicho que voy a venir a buscarte y que mañana recibirás un vestido que quiero que luzcas.

—De verdad que no.

No pude decir nada más porque Milos colocó su dedo índice en mis labios y yo quedé a su merced. Mi corazón latía con la misma fuerza de la lluvia que ahora caía implacable, levantando un olor a tierra que nos trajo el recuerdo de nuestro de lecho de hojas...

—Jamás he olvidado tus besos, Lily.

—Y yo no he dejado ni una sola noche de recordar aquel día —confesé desbordada por el recuerdo con el que había encendido todas mis noches.

—Tú sabes que soy el único hombre que te podrá amar siempre —me dijo con el rostro empapado por la lluvia.

—Milos, por favor...

—Lo sabes, Lily. Lo sabes como yo sé que tú eres la única mujer con quien podré estar toda la vida.

Tomé a Milos de la mano para que se pusiera a cubierto bajo el portal, si bien se limitó a besar mi mano sin moverse de su sitio y luego añadió:

—Debo irme, nos veremos el día de la exposición.

Y se marchó bajo la lluvia, dejándome con una mezcla extraña de pena porque se fuera, alegría porque en apenas un par de días volveríamos a reencontrarnos y perplejidad porque no entendía absolutamente nada.

Estaba tan desconcertada que apenas me centraba; la comida se me quemó, estuve a punto de cargarme una falda con la plancha, intenté ver una película, pero a los cinco minutos ya estaba pensando en Milos y lo mismo me pasó cuando probé a continuar con el libro que estaba leyendo o me di un garbeo por Facebook y Twitter.

Estaba desesperada. Canelo, mi perro, intentaba consolarme no dejándome sola en ningún instante. Me inspiró tanta ternura mi fiel compañero, que no sabía que aquello no tenía remedio...

Decidí meterme en la cama, por si por un milagro lograba conciliar el sueño pronto y dormir del tirón; sin embargo, no hice otra cosa que dar vueltas y vueltas, con el runrún de Milos en mi cabeza.

Era horrible estar enamorada. ¿Porque qué iba a ser si no? No me podía sacar a Milos de la cabeza, vivía en una nube, apenas comía ni dormía, me pasaba el día suspirando y tarareando estúpidas cancioncillas y tenía una cara de idiota que no podía con ella. El diagnóstico era más que obvio, y no tenía remedio ni cura, tan solo me quedaba sobrellevarlo con la mayor entereza y dignidad posible y que sucediera lo que tuviera que suceder.

Al día siguiente, a eso de las doce, al poco de que apareciera Estrella en la farmacia, que no sé cómo lo hace, pero siempre se presenta en el momento más oportuno, un mensajero me entregó el vestido y los zapatos para la fiesta del día siguiente.

—¿Esto quién te lo manda? —preguntó Estrella enarcando una ceja.

—Un amigo —respondí muy cortante para que no me preguntara más; aunque con Estrella daba todo lo mismo.

—¿El italiano de Florencia?

—Sí, y el de Varsovia. También hemos coincidido allí —desembuché porque total iba a enterarse de cualquier forma—. Ha dado la casualidad de que es amigo de Laura.

—¡El mundo es un pañuelo! ¡Entonces esto funciona! —dijo frotándose las manos.

—Parece que sí, y eso me recuerda que ya tendrías que estar teñida de amarillo pollo.

—Lo haré, es que he estado muy liada. Pero no desvíes la conversación. Entonces ¿ha habido tomate ya o qué?

—Nos estamos conociendo... Mañana vamos a una exposición y me ha enviado un traje y unos zapatos. No sé... Me parece algo... Pienso que... No sé...

—Yo sí lo sé: disfruta. ¡A ver qué te ha comprado! —canturreó Estrella dando palmas.

—No sé para qué tiene que regalarme nada.

—Si le hace ilusión —soltó Eva, sin dejar de mirar a la funda con el vestido.

—Pareces nueva, hija, pues porque te habrá imaginado con ese vestido y esos zapatos en sus solitarias noches y quiere que sus sueños se hagan realidad. ¡Ni qué decir tiene que tienes que ponerte lencería matadora! ¿Tienes? —Negué con la cabeza—. Al mediodía te llevo a un sitio donde venden unas monerías de infarto.

—¿Tú crees? —dije llevándome la mano a la tripa de la ansiedad.

—Si prefieres preséntate con ropa de trapillo y unas bragas de batalla. Igual le tienes tan seducido que le pone y todo... ¡No seas pava, nena, y abre de una vez esa funda que seguro que nos ponemos al borde del orgasmo!

—Serán un vestido y unos zapatos normales y corrientes —supuse quitándole importancia porque prefería abrirlo en la intimidad, pero muerta de ganas por ver cómo eran.

—Como que el italiano va a ser tan pánfilo como tú y te va a mandar un vestido para ir a misa de doce.

—Venga, Lily. ¡No seas así! —insistió Eva, haciendo un puchero.

Me resistí, pero mis amigas se pusieron tan pesadas que a los cinco minutos estaba abriendo la funda del vestido...

—¡Un Lanvin! —exclamó Estrella patidifusa—. *Muerooooooooooooooooooooo*.

—¡Es *preciosoooooooooooooooooooo*! —gritó Eva.

Yo no pude decir nada. Estaba sin aliento. El modelito era un maravilloso vestido azul noche de escote palabra de honor, falda de vuelo y una azucena estampada a la altura de la cadera izquierda.

—A la rebotica a probarte —me ordenó Estrella, cogiendo el vestido y empujándome con él.

—¡Y llévate los zapatos! —exclamó Eva, que estaba loca, como todas, por saber cómo eran.

Ansiosa perdida, abrí la caja y aparecieron unos Louboutin plateados con brillantitos y tachuelas:

—¡Este tío te conviene, *cari!* —concluyó Estrella, tomando uno de los zapatos y contemplándolo extasiada.

—¡Parece un zapatito de cristal! —susurró Eva con el otro zapato en la mano.

—¿Me estarán bien? —pregunté temerosa.

Estrella me miró como si hubiera dicho una solemne tontería y luego habló:

—Tú te metes aquí sea como sea, y el vestido te va a caer como un guante. Los tíos como tu italiano saben cómo es cada curva del cuerpo de la mujer que les gusta. No fallan nunca...

Estrella tampoco, porque tal y como había previsto el vestido me quedaba perfecto y los zapatos... también.

—¡Estás guapísima! —dijo Eva, en cuanto salí de la rebotica, andando con mucho cuidado

porque no estaba acostumbrada a calzarme zapatos de doce centímetros.

—Nena, de aquí mañana, vas a estar todo el día practicando. ¡No puedes ir a la fiesta andando como si acabaras de cagarte encima! —me regañó Estrella, sin cesar de mover la cabeza a un lado y a otro, para remarcar su negativa.

—Practicaré...

—Luego, te recoges el moño para que se pase toda la velada deseando morderte el cuello. Le lanzas las miraditas ladeadas que te enseñé, unos cuantos suspiros y al final de la fiesta, te lo trincas bien trincado.

—¡Por favor! Cada día eres más bruta, amiga —soltó Eva, muerta de risa.

—¿Bruta porque llamo al pan, pan y al feo, feo? Y ahora —Estrella cogió mi móvil y me lo puso en la mano—, llamas a tu italiano y le das las gracias con sensualidad y alegría. ¡Venga, que tú puedes hacerlo!

—¿Ahora? ¿No es mejor un mensajito? —pregunté muerta de miedo.

—¿Tú eres tonta o retonta? No hay nada como la voz para provocar una buena erección. Vamos, reina, vamos. Pon la voz un poco rasposa, que eso les pone mogollón. ¡Venga! —me instó dando unas palmaditas, como si fuera una entrenadora apremiando a su jugadora a que metiera el gol definitivo.

—Está bien...

Respiré hondo y llamé a Milos, que cogió el teléfono al primer tono:

—Buenos días, Lily.

Estrella tenía razón, el poder de la voz no tenía parangón. Creo que esas tres palabras me pusieron al borde del orgasmo.

—Llamaba para darte las gracias por el vestido y los zapatos, me quedan perfectos.

Miré a Estrella y tenía los pulgares hacia arriba, porque por lo visto lo estaba bordando. Yo solo sé que me sentía un poco pánfila y ñoña, pero igual me estaba juzgando con demasiada severidad.

—No he olvidado nada de tu cuerpo y gracias a ti por hacerme feliz. Mañana nos vemos.

Colgó, si bien yo me quedé con el móvil pegado a la oreja y una sonrisa que no cabía en mi cara.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Eva, intrigada.

—Que no ha olvidado mi cuerpo, que gracias y que nos vemos mañana —musité entre suspiros.

—¿No te decía yo? Estos tíos tienen un ojo clínico, te hacen patrones perfectos. Pues nada, nena, a disfrutar de la vida que mañana sales por la puerta grande. Te espera el éxito con mayúsculas, cursiva y negrita —sentenció haciendo la señal de la victoria con los dedos—. ¡A follar a restregón puro! Con el morbazo que tiene el italiano... Te vas a volver loca. Yo me marcho ya, a la hora de comer vengo a buscarte para irnos a comprarte la lencería con la que vas a

hacer historia. ¡Hasta luego, chatis!

No sé si iba a hacer historia, pero al día siguiente, cuando subí al coche de Milos, sentí que era uno de los días más importantes de mi vida.

—Gracias por venir, Lily. Estás bellísima.

Él sí que estaba bello, con un traje oscuro italiano, una sonrisa preciosa y los ojos brillantes como nunca se los había visto.

—Gracias a ti, por todo.

—¿Sabes adónde vamos? —me preguntó, misterioso, antes de arrancar.

—No. Como venías a buscarme ni me he molestado en informarme —me sinceré aun a riesgo de quedar como una mentecata.

—Mejor, así será una sorpresa.

Milos arrancó y yo no pude evitar ser curiosa:

—¿Sorpresa?

—Tranquila. Te va a encantar. ¿Qué tal estás? ¿Todo bien?

¿Se me notaba que estaba demasiado nerviosa? ¿Por qué me preguntaba cómo estaba? Temí que a pesar de que me había echado tres kilos de antiojeras, todavía siguieran notándose, y es que para variar me había pasado la noche sin pegar ojo y el día sin apenas probar bocado, con el estómago cerrado por los nervios.

—Sí, sí... Perfecto. —Y sin querer, solté un suspiro como los de seducción que me había enseñado Estrella.

—¿De verdad? ¿Te preocupa algo? Puedes confiar en mí.

Madre mía. Entre las ojeras y la palidez de la desnutrición, mi cara tenía que ser un poema.

—Te lo agradezco. —Y suspiré otra vez, de forma natural—. Estoy muy bien.

—Creo que no.

Qué tío más pesado. ¿No iba a parar hasta que le dijera que estaba muerta de nervios, que llevaba días sin dormir y que estaba enamorada hasta las trancas?

—Te equivocas. Estoy feliz y despreocupada. —Y sonreí de oreja a oreja, para que no le cupiera duda.

Milos, entonces, colocó su mano sobre mi rodilla y la apretó como para reconfortarme:

—Sé lo que te preocupa, pero no estás sola. Ya no. ¿De acuerdo?

No tenía ni idea de lo que me estaba hablando, pero decidí seguirle el rollo.

—De acuerdo.

—No sabemos cómo Francesca habrá averiguado tu verdadera identidad, yo mismo llevo siglos buscándote y no hallé ni una sola pista, pero estate tranquila que no vamos a permitir que te haga nada.

La verdad es que yo me había olvidado de Francesca, no había ocupado ni un segundo de mi

tiempo, pero, con todo, le agradecí su preocupación:

—Os lo agradezco, sé que con vosotros nada puede pasarme... —Francesca era una psicópata que siempre iba a estar acechándonos, si bien no me costaba nada mentirle un poquito.

—Así es, quiero que estés libre de cualquier preocupación y que disfrutes esta noche especial.

Y tan especial. Milos paró el coche delante del antiguo palacete de la condesa de Arasal...

—¿La exposición es aquí? —pregunté ansiosa—. ¿El palacete de la condesa de Arasal es ahora una galería de arte?

—A Hugo le gustó el salón de baile y no paró hasta que convenció al dueño para que se lo prestara para exponer la obra de Ranjit. ¿Vamos? Quiero que veas un cuadro que le he encargado...

Eran casi las nueve de la noche, cuando más de cien años después, volvía a entrar en el palacete sabiendo que ese era mi lugar y que asistía del brazo del hombre del que estaba enamorada. Juntos posamos en el *photocall* situado en la entrada y del brazo atravesamos el zaguán muy iluminado y decorado con flores de la amiga florista de Estrella.

Un joven con un flequillo largo que le tapaba los ojos y traje entallado negro, nos indicó que subiéramos las escaleras cubiertas por alfombras moradas y los mismos espejos en los que hace años las damas se daban, como hoy, los últimos vistazos a sus atuendos.

Sin embargo, esta vez sí que quise ver mi reflejo porque ya no me sentía ridícula y patética, sino especial, radiante y amada.

Y así, juntos y enamorados, aparecimos a las puertas del salón de baile, donde nos recibieron Eva y Hugo, que estaban guapísimos y que nos dedicaron el mismo tiempo y atención que podrían haberle dedicado a un ministro, si es que lo hubieran invitado.

Y en esta ocasión las damas, que no estaban sentadas en sillas de terciopelo rojo, sino de pie comentando la obra de Ranjit, me miraban celosas porque sabían que el hombre más atractivo de la fiesta estaba conmigo...

CAPÍTULO 9

You're always on my mind

Milos me presentó al joven pintor, que llevaba el pelo recogido en una coleta, tenía una mirada amable, la sonrisa franca y blanquísima, y vestía un traje negro y una camiseta de rayas que hacían juego con el cuadro que tenía detrás.

—Vuestro cuadro es ese —dijo señalando a la pared que teníamos enfrente donde había un óleo enorme en el que aparecía un hombre desnudo de rodillas besando el vientre de una mujer en medio de un bosque amenazante, pintado con trazos gruesos y nerviosos.

Ranjit hizo un gesto con la mano para que le siguiéramos hasta su obra que, por si tenía alguna duda sobre lo que representaba, se titulaba: «Un beso en el bosque».

—Es... es... —No me salían las palabras. Éramos Milos y yo en el bosque del que ya no quedaba nada, pero que permanecería por siempre en nuestro recuerdo.

—Es lo que Milos me pidió. No suelo aceptar encargos. Sin embargo, fue tan insistente que no pude resistirme. Como puedes ver —explicó dándose la vuelta y mostrando los cuadros de la exposición—, mi pintura tiene una marcada temática social y de denuncia; este cuadro es mi primera incursión en el tema del amor. Milos me pidió a una pareja de amantes en esta actitud —indicó señalando a la pareja con el dedo índice—, muertos de deseo, hambrientos el uno del otro, en mitad de un bosque angustioso, metáfora de las barreras internas y externas que les impiden estar juntos.

Sin duda, éramos Milos y yo. Pero ya no había bosque. Ahora ese lugar lo ocupaba una urbanización de chalets adosados, como tampoco había barreras que nos impidieran amarnos. Miré a Milos muerta de deseo y él me preguntó:

—¿Te gusta?

Asentí con la cabeza y suspiré profundo. ¿Cómo no me iba a gustar si éramos nosotros en el paraíso? Por cierto, que fue pensar en el paraíso y de pronto los músicos, que ni me había dado cuenta de que estaban allí, en el mismo lugar donde estaban sentados en la fiesta de la condesa de Arasal, comenzaron a tocar *Paradise*, de Coldplay.

—Me hace mucha ilusión que este cuadro se quede en vuestra casa —explicó el pintor, llevándose la mano al corazón— y que cada vez que paséis por aquí, cada vez que os enfrentéis a

este retrato íntimo, os recuerde de dónde venís y seáis más conscientes del regalo que tenéis.

No sé de qué casa nos estaba hablando, de la que algún día habitaríamos juntos, supongo, lo que sí que era cierto es que nunca íbamos a olvidar ese día y que era una bendición lo que nos estaba pasando, aunque apenas comiera ni durmiera, y viviera en un estado de tontuna permanente.

—¿Y estos aquí disfrutando del follaje quiénes son? —preguntó alguien que estaba detrás de nosotros.

—¿Cómo dice, señora? —replicó Ranjit.

Me giré porque la voz me sonaba mucho, pero con la música de fondo no había logrado identificarla del todo, y sí, mis sospechas se confirmaron: era Estrella.

—¡Sorpresa y de las gordas! —gritó agitando las manos al aire.

Iba vestida con un vestido de *lycra* morado de tirantes que le llegaba por la ingle...

—Es del mercadillo, es una copia perfecta de un Azzedine Alaïa. ¿A que lo flipas? —me susurró al oído.

—Completamente —respondí alucinada.

—Tú debes de ser el pintor —dijo tendiéndole la mano—, eres el que tiene más pinta de llamarse Ranjit de la fiesta... —Ranjit soltó una carcajada y le estrechó la mano—. Y a ti te conozco por las fotos —confesó estrechando la mano de Milos—, por tu culpa he perdido una apuesta y tengo que teñirme el pelo de amarillo pollo. Lo he dejado para después de esta *fiestuki*.

—¿Qué apuesta? —preguntó Milos, muy curioso.

—¡Tengo mucha sed! —exclamé desesperada, solo me faltaba que Estrella se arrancara con uno de sus ataques de sinceridad.

—En la sala de al lado hay champán, lo que pasa es que están pinchando una música *transchilli*, o como se llame, unos modernillos, y la comida es *chuchi* y esas cosas japonesas. Luego, más allá hay otra sala con más cuadros del joven, que anda, majo, que no eres prolífico —le comentó dándole un golpecito en el hombro—. donde hay vino y canapés que he hecho yo, castellanos de toda la vida —aclaró guiñándonos el ojo—, tortillita, choricitos, morcillitas... ¿Nos vamos para allá?

—No —contestó Milos, tajante.

—¿No? ¿Por qué? Si aquí no sacan ni de beber ni de comer, y la gente es mucho más aburrida...

—Deben estar a punto de sacar cosas —replicó Milos al que de pronto noté muy nervioso—. ¿Esa de ahí no es Laura?

Era Laura con su novio de la mano...

—¿Y el de detrás no es el capitán Pescanova? —soltó Estrella, señalándole con el dedo.

Lo era. El capitán venía detrás de ellos y no parecía hacerle mucha gracia porque estaba mirando al suelo como para evitar encontrarse con la mirada de Laura, que no se había percatado aún de su presencia, o tal vez sí, y estaba haciéndose la sueca como él.

De cualquier forma, la situación apenas duró unos segundos más porque Estrella, haciendo aspavientos con las manos, gritó:

—¡Laura! ¡Capitán! ¡Estamos aquí!

A Laura no le quedó más remedio que saludar al capitán y presentarle a su novio que no paraba de subirse los pantalones con ambas manos. Después de charlar con Eva y Hugo un ratito, se acercaron a nuestro grupo...

—También es mala suerte que tenga que encontrarme en la entrada con el tío este —me susurró Laura.

—¿De qué habláis, niñas? —intervino Estrella, que no perdía ripio.

—No era nada, una tontería —contestó Laura, que estaba guapísima con vestido rojo de tirantes entallado.

Estrella nos tomó a cada una por un brazo y dijo al resto del grupo:

—Nos vamos a ver los cuadros de la sala de al lado.

Milos miró nervioso su móvil y habló con el ceño fruncido, como preocupado:

—No os demoréis mucho, quince minutos a lo sumo.

—¡Hombres! No sabéis vivir sin nosotras...

Ya en la otra sala, donde estaban los DJ y el champán, Estrella nos comentó como si fuera nuestra entrenadora en un tiempo muerto del partido:

—Sabéis que yo abogo por la política de puertas abiertas, soy de las que cree que no hay que poner puertas al campo, pero Lily... tienes que centrarte en el italiano. Necesitamos una copita para que la situación no nos desborde... —Tomamos una copa de champán de una de las mesas que estaban junto a los DJ y bebimos expectantes por lo que nuestra amiga tenía que decirnos—. El italiano está loco por ti, pero loco de amor. Sin embargo, el capitán... ay, el capitán...

—¿Qué pasa con el capitán? —preguntó Laura acariciando nerviosa el filo de su copa con el dedo índice.

—Solo tiene ojos para ti.

—¿Qué? —replicó dando tal respingo que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Que te vayas olvidando del novio ese que tienes.

—Se llama Thomas y es un chico estupendo.

—No lo dudo. Incluso puede que a los cuarenta mejore algo, que coja color y unos cuantos kilos, se corte ese flequillo y aprenda a elegir bien la talla de los pantalones.

Bebí un sorbo de champán para evitar soltar una carcajada y, luego, fingiendo seriedad, pero con una mirada que debía delatarme, dije:

—Laura y Thomas hacen una pareja maravillosa.

Estrella cogió a Laura del brazo y, apretándoselo, masculló:

—Nena, pasa una noche con el capitán Pescanova y luego me cuentas lo maravillosa que es tu

pareja...

—Odio a ese hombre, Estrella. Y él a mí. No podemos estar a solas sin tirarnos los trastos a la cabeza ni dos minutos.

—Le molas, le molas mogollón. No te quita ojo. Te confesaré que cuando he visto llegar al capitán, pensaba que Lily iba a pasarse una noche bien divertida de flirteo con él y con el italiano. Pero es obvio que a ella solo se le caen las bragas por Milos...

Me bebí la copa del tirón del susto. ¿Tanto se notaba que me moría de deseo?

—Eso no te lo voy a negar —soltó Laura. Así que sí, se debía de notar muchísimo.

—Como también es obvio que el capitán, querida Laura, quiere darte un buen viaje y no precisamente en barco.

—Estrella, por favor... Soy muy feliz con Thomas —replicó agitando su copa al aire.

—Sí, pero no dejas de fantasear con el capitán y tú, follando como si no hubiera mañana... — Laura se quedó lívida. Yo estuve a punto de escupir el champán que tenía en la boca y Estrella se bebió su copa, sonrió y añadió—: Volvamos con los chicos, la fiesta no ha hecho más que empezar...

Regresamos al salón de baile y Milos, nada más verme llegar, respiró aliviado:

—¡Qué bien que hayas vuelto!

Me cogió de la mano y me besó en la mejilla, despacio, luego me miró y musitó:

—Qué lento pasa el tiempo cuando no estás...

A mí me pasaba lo mismo, el tiempo se ralentizaba y no dejaba de estar en mi mente a cada instante...

Entonces, como si alguien de la orquesta me hubiera leído el pensamiento, comenzaron a sonar los acordes del *Always on my mind*, y segundos después, una voz maravillosa, idéntica a la de Michael Bublé, cantaba: *Maybe I didn't treat you / Quite as good as I should have / Maybe I didn't love you / Quite as often as I could have / Little things I should have said and done / I just never took the time / But you were always on my mind / You were always on my mind.*

—Dios mío. ¡Pero estás viendo lo que yo! —exclamó Estrella tirando de mi brazo.

Estrella tenía razón. Aquel hombre cantaba con tanto corazón y talento que te hacía dudar de que pudiera ser cierto...

—Sí. Es buenísimo —susurré emocionada—. Ya sabes lo fan que soy del Bublé. Este tío es igual.

—Y tanto. ¡Pero gírate de una vez y mira!

Estaba de espaldas a la orquesta, conversando con mis amigos, si bien hice caso a mi amiga, me giré y por poco me da un síncope: ¡Michael Bublé, el de verdad, estaba en el salón de baile cantando para nosotros!

Milos me tomó por la cintura y como lo hiciera hace años, me sacó a bailar...

—Este baile es el nuestro, Lily.

En el centro de la pista, rodeé el cuello de Milos con mis manos, él colocó las suyas en mi cintura, y perdidos en nuestras miradas, sintiéndonos y deseándonos, bailamos como nuestra última vez, pero con la certeza alegre de que en esta ocasión solo era el principio, el primero de los bailes de una fiesta que no acabaría nunca.

—Gracias por este momento, nunca lo voy a olvidar —dije apoyando mi mejilla en su pecho.

—Dale las gracias a Eva que fue quien me chivó que él es tu cantante favorito... y tu número de pie. —Milos me tomó la barbilla con los dedos y la levantó para que le mirara a los ojos—. Sabemos lo importante el uno del otro, lo más importante, y pronto nos pondremos al día de todo lo demás.

—Le daré las gracias a Eva, pero insisto, gracias por esta noche perfecta.

Milos me besó en los labios, una vez, luego en la mejilla, y después en la mano...

—Llevo tanto tiempo deseando tenerte en casa, quiero que estés a gusto, que estés feliz.

¿Había dicho en casa? ¿Qué casa? ¿El palacete de la marquesa de Arasal era suyo?

—¿Esta es tu casa? —pregunté mirando todo aquello de forma muy diferente.

—Nuestra, si quieres... —Milos se acercó a mi cuello y sopló, provocándome un escalofrío que me conmovió entera—. Entiéndeme, estaba desesperado, te busqué por todas partes, y lo que pasó aquí aquella noche fue tan especial que siempre tuve la certeza de que volverías. Le compré a los herederos de la marquesa el palacete con la esperanza de que un día volveríamos a ser felices y no me equivoqué. —Milos se acercó a mi cuello, lo lamíó y luego susurró—: Solo por este baile ha merecido la pena.

—Milos...

Nos besamos, nuestros labios danzaron, nuestras lenguas giraron, nuestras bocas húmedas y dulces, celebraron el reencuentro de dos almas que no habían dejado de extrañarse.

You're always on my mind cantaba Bublé como si leyera nuestros corazones.

Cuando la canción terminó, nos percatamos de que no estábamos solos, de que el salón estaba lleno de gente que aplaudía a rabiar y pedía al cantante que siguiera con más temas. Todos parecían felices menos el capitán que desde una esquina del salón contemplaba apenado como Thomas abrazaba por detrás a Laura y esta apoyaba la espalda en su pecho.

¿Tendrían razón Estrella y Milos y a Andrés le gustaba Laura? Solo sé que, en aquel instante, como si pudiera percibir la mirada del capitán, Laura se giró y lo miró, lánguida y triste como él, y no pude evitar pensar que la razón era que sabía que estaba en los brazos equivocados.

Y mientras, la fiesta seguía. Michael Bublé continuó con su actuación, tema tras tema, nos hizo bailar y soñar, reír y recordar, suspirar y volar, enamorarnos más todavía del momento, de la vida, de la magia del instante que ya era eterno.

Cuando la actuación terminó, Milos nos lo presentó, estuvimos de risas con él, haciéndonos

fotos, sobre todo Estrella, que no paró hasta que consiguió que probara sus canapés y que posara cogiéndola en brazos mientras ella blandía su pincho de tortilla.

Nos lo estábamos pasando muy bien, si bien yo quería que la fiesta siguiera en otra parte. Por eso, tomé a Milos de la mano, me lo llevé del salón y subimos por las escaleras hacia el piso superior, donde sabía que tenía los aposentos la condesa.

Al llegar a la planta, nos adentramos por un pasillo que conducía a distintas estancias, que se fueron sucediendo hasta que, jadeando de deseo, me apoyé en la pared y acerqué la mano de Milos a mi corazón para que notara cómo palpitaba.

Milos colocó su mano en mi pecho y luego la deslizó de un seno a otro, despacio y sensual, mirándome a los ojos, y yo muriéndome de pasión.

—Llevo toda la noche deseando hacer esto. —Bajó un poco la cremallera de mi vestido y mis pezones quedaron al aire, ansiosos de su roce, de sus caricias, de sus besos.

Milos cubrió mis pechos con sus manos y luego tomó entre sus dedos mis pezones endurecidos. Gemí y quise que él hiciera lo mismo, así que descendí mi mano hasta su entrepierna y le toqué a través de la tela.

—Lily...

Milos cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y un gemido se le escapó entre los labios. Apreté con más fuerza su erección y entonces, sus manos descendieron a mi cintura, abrió los ojos y me puso de cara a la pared.

Me besó la nuca, el cuello, los hombros mientras sus manos se perdían debajo de mi falda. Sus dedos apartaron la tela de mis braguitas y acariciaron mi clítoris de delante hacia atrás.

—Qué húmeda estás, Lily. Deseo tanto hundirme dentro de ti.

Y lo hizo. Sus dedos se abrieron paso dentro mí, haciéndome gemir otra vez.

—Te deseo tanto —susurré.

El frío de la pared en la mejilla y en las manos contrastaba con el ardor de mi cuerpo entero. Milos entraba y salía de mí con una mano y con la otra acariciaba mis pechos desbordados por la excitación.

No podía más, ni él tampoco. Tenía que ser ahí y en ese momento. Oí que Milos se bajaba la cremallera del pantalón y quise girarme, pero él colocó su mano en mi espalda para que no me volviera:

—Voy a follarte así, Lily. Tiene que ser así.

—Quiero que sea así. Hazlo.

Milos retiró los dedos de mi interior y colocó su pene en la entrada de mi vagina. Necesitaba que estuviera dentro de mí, así que empujé las caderas hacia fuera, si bien él se limitó a acariciar mis pliegues, con su miembro, empapándolo de mis jugos, y después lo deslizó hasta mi clítoris, donde tras unos sutiles golpecitos, me corrí entre gemidos que a Milos le volvieron loco.

—Te amo, Lily —masculló jadeante.

Y arrastró su miembro hasta la entrada, cuando mi interior aún seguía estremeciéndose, entre intensas contracciones, y me penetró fuerte y profundo, aferrándose a mis caderas.

Éramos dos a la búsqueda desesperada del placer. Entregados, ardientes y sudorosos, nuestros cuerpos no se habían olvidado, se reconocían y se acoplaban a la perfección, dándonos con creces lo que necesitábamos.

Mi carne cedía ante la invasión de su miembro, que pujante y vigoroso, no me daba tregua. Jadeantes, nos movíamos frenéticos deseando satisfacer el deseo durante tanto tiempo reprimido. El placer iba en aumento, era irresistible, gozoso, vibrante, arriesgado... Estábamos en mitad de un pasillo, pero todo nos daba igual, ni siquiera éramos nosotros. Éramos un solo cuerpo empujado por una fuerza que se iba haciendo más grande, más primitiva y más salvaje. Desbocados y locos, desatados y sometidos al puro deseo, nos dejamos arrastrar por la vorágine, hasta donde quisiera llevarnos.

Y fue maravilloso. Desbordados, el placer era inmenso, invasivo, abrasador, tanto que se hizo casi insoportable y no pude hacer otra cosa que gritar. Milos recorrió con su mano mi espalda y a continuación la condujo hasta mi pubis, donde con su pulgar acarició mi clítoris hasta arrancarme un orgasmo fortísimo, un orgasmo que con las primeras contracciones provocó en él otro de igual intensidad que le hizo gritar mi nombre.

Milos me abrazó muy fuerte, sentía su pecho ardiendo en mi espalda, besó mi cuello y luego me dio la vuelta:

—Dilo —susurró con sus labios pegados a los míos.

Sabía lo que quería que le dijera. Sin embargo, no pude más que musitar:

—Llévame a tu cama...

Milos me tomó en sus brazos y me llevó hasta una habitación al final de pasillo, espaciosa y elegante, decorada en blanco y negro, con muebles modernos y minimalistas, y un cuarto de baño enorme, con una bañera redonda y una ducha con hidromasaje en la que nos metimos.

Abrió el agua y Milos recorrió con una pastilla de jabón todo mi cuerpo. Yo hice lo mismo con el suyo, estábamos tan excitados, nuestras pieles pedían con tanta urgencia que fueran de nuevo saciadas, que nos retiramos rápido la espuma y ya fuera, con los albornoces puestos, nos tumbamos en la cama, donde Milos acabó entre mis piernas, bebiendo hasta la última de mis esencias.

Cuando un nuevo orgasmo me hizo gemir estremecida, Milos me penetró otra vez, me hizo el amor mirándome a los ojos y se corrió susurrándome al oído:

—Quiero pasar el resto de mi vida contigo...

Yo solo sabía que quería hacer las cosas despacio, sin prisas, poco a poco. Por eso, le pedí tiempo y Milos me lo concedió.

La entereza de mi amiga era admirable, sometida a terribles torturas, conservaba una dignidad asombrosa.

—Ya vamos para allá. ¿Hugo dónde está?

—*Conmigoooooooooooooooooooooooooooooo.*

—¿Qué está pasando? —me preguntó Milos, muy preocupado.

—Creo que es Francesca, debe tener retenidos a Eva y a Hugo en su casa en contra de su voluntad y bajo torturas. Los gritos de Eva son escalofriantes...

—¡Vamos para allá! —Milos me cogió de la mano y salimos pitando hacia el parking.

—Tranquila que en unos minutos estamos allí. ¿Hugo está maniatado? ¿Por qué no te ayuda?

—Ya quisiera estar maniatado... *Le retuerzoooooooooooooooooooooo la mano, cuando me vienen estas putaaaaaaaaaaaaaaaaaas contraccionessssssssssssssssssssssssss.*

—¿Cómo que contracciones? ¿Estás de parto? ¿No te está torturando Francesca?

—¿Francesca? El niño este que me está *mataaaaaaaaaaaaaaaaaaandoooooooooooooooooooooo.*

—¿La matrona está con vosotros?

—Estar está, la comunicación es complicada, pero *estaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaá. Teeeeeeeeee cueelgoooooooooooooooooooooo.*

Entre unas cosas y otras había olvidado por completo que Eva salía de cuentas esa semana y que el parto era algo inminente. Le aclaré el malentendido a Milos, entre risas, y nos fuimos corriendo a casa de Eva...

Al llegar, nos abrió la puerta Hugo, enjugándose las lágrimas:

—¡Dime que ha salido todo bien! —le grité cogiéndole por las solapas y zarandeándole.

—Demasiado bien, para haber estado atendida por una matrona sorda y casi ciega, demasiado bien.

Aparté a Hugo y volé a la habitación donde estaba Eva, en la cama, con su bebé en el regazo.

—¿Estáis bien? ¿Los dos?

—Sí, Hugo cortó el cordón y menos mal que la matrona no se entera de nada, porque yo estoy perfectamente, como si no hubiera parido. Mi hijo en cambio es mortal —dijo con los ojos vidriosos—, la herida de su ombliguito no se cierra...

—Nos queda la piedra de Chopin y las tres robadas al capitán —susurré para que la matrona, una mujer pequeña, muy arrugada, encorvada, de pelo cano y vestida con un chándal fucsia, que acababa de aparecer en la habitación no nos escuchara.

—Está como una tapia. No quiero angustiarme con eso ahora, Lily, voy a disfrutar de la maternidad como una madre normal, con los desvelos y las preocupaciones, y con las esperanzas y los sueños. —Eva besó a su hijo en la frente y yo me prometí que encontraría esas piedras aunque tuviera que ir a buscarlas al mismísimo infierno.

—¿Qué tal estamos? —gritó la matrona—. Déjame que te vea un poquito...

—Tenemos que sacarla de aquí. ¡No puede verte! —murmuré nerviosa porque la matrona descubriera nuestro secreto.

—No ve más que sombras, pero igual le da por explorarme. Di que eres ginecóloga, que ya me atiendes tú —susurró mi amiga.

—Descuide —dije gritando y poniéndome de pie—, ya la atiendo yo. Soy Lily —me presenté cogiéndola por los hombros—, una amiga ginecóloga. Váyase a descansar, que se queda en buenas manos...

—¿Adeli? ¿Enóloga amiga de unos hermanos? —replicó dándome dos besos.

La volví a coger por los hombros y grité a su oído:

—Gi-ne-có-lo-ga —. Tomé su mano, la puse en mi pecho y grité—: Yo, gi-ne-có-lo-ga. — Luego, coloqué mi mano en su pecho y volví a chillar—: Usted, ma-tro-na. Des-can-sar.

—¡Estoy estupendamente! Eva ha tenido un parto buenísimo, no me he cansado nada...

—Pues salga a andar o correr, ya que tiene el chándal puesto, el día está bonito. ¡Aproveche! — La giré, la puse en dirección a la puerta y la empujé hacia allí.

—¡Que no! ¡Que yo me quiero quedar! —gritó la vieja, resistiéndose.

—Bo-ni-to día. Pa-se-o. Ma-tro-na —insistí, empujándola más fuerte todavía.

—Reivindico mi derecho como matrona —dijo poniéndose de puntillas y apuntándome con el dedo índice—, como profesional responsable y cualificada, a proporcionar apoyo, cuidado y consejo a esta mujer. ¡Y exijo ser tratada con el respeto y la dignidad que merezco!

—Sí, claro que sí —repuse agarrándola por el brazo y arrastrándola hasta la puerta—. Pero mejor se va a ir a la calle a reivindicar todos esos derechos, que no hay mejor sitio que la calle para protestar.

Y la conduje del brazo hasta la puerta de la casa, que abrí para invitarla a que saliera:

—Esto no quedará así —me reprendió sin dejar de apuntarme con su dedo.

—Disfrute del día y ya la invitaremos para cuando sea el bautizo...

CAPÍTULO 10

El espejo veneciano

Tres meses después bautizamos a Daniel y la matrona fue invitada, claro que operada de sus cataratas y con audífonos nuevos no nos quedó más remedio que mentirle y asegurarle que no volvimos a saber más de la ginecóloga aquella que se portó tan mal con ella.

Milos y yo fuimos los padrinos de Daniel, un niño sano y robusto, alegre y cariñoso, por el que nos desvivíamos todos.

Su tía Laura acudió al bautizo con Thomas, pero se pasó todo el convite de cháchara con el capitán. Últimamente, pasaban mucho tiempo juntos, a pesar de que no se soportaban, intentando desentrañar el enigma de la nota de Chopin. Ya se tuteaban y todo, y llevaban descartadas no sé cuántas hipótesis a cada cual más peregrina, desde el análisis del libro que regaló Chopin a Hugo para comprobar si contenía algo escrito en una tinta especial, a la visita en París a Chaumet, donde se ubicaba el apartamento donde pasó sus últimos días Chopin, por si encontraban algo escondido tras los espejos. Sin embargo, no perdían la esperanza y seguían con sus indagaciones, incluso en los bautizos....

Y yo cada día seguía más enamorada de Milos. Recuerdo que aquel día le confesé a Eva que había dejado de ser una atea del amor, que estaba empezando a creer, y de qué manera. Y ella me contó que Hugo le había dicho que había descubierto por fin qué era lo que Milos estaba buscando cuando se pasaba las horas muertas mirando al cielo: a mí, la mujer que llevaba toda la vida esperando.

Los meses siguieron pasando y con ellos vinieron nuevas teorías sobre la nota de Chopin. La última nos la contaron Laura y el capitán en una cena en casa de Eva...

—Hemos llegado a la conclusión de que *Espejo rico del claro corazón* es una más que evidente referencia a los Nocturnos —contó Laura a los postres.

—¿Evidente referencia? —replicó Hugo con el ceño fruncido.

—Hay una metáfora persa que dice que la luna es el espejo del tiempo —explicó el capitán metiendo la cucharilla en su copa de helado—. Una metáfora persa y miles de metáforas más... Es un clásico de la poesía, la luna y el espejo. Bien, pues por eso consideramos que el libro es una treta de la que se valió Chopin para aludir a la luna, y más concretamente a sus Nocturnos...

—¡Ay, madre mía! —exclamé llevándome las manos a la cabeza—. Se os está yendo de las manos, os está pasando como a Eva y a Hugo con las azucenas...

—Tampoco estuvo mal —replicó Eva, cogiendo la mano de su marido—. Gracias a esas teorías peregrinas, nos enamoramos y nació Daniel.

Daniel ya gateaba y había que tener muchísimo cuidado con él porque todo lo cogía y todo se lo llevaba a la boca, como justo en ese instante en que el niño tenía medio móvil de su madre metido en la boca.

—Te ha puesto el móvil pringado de babas —dijo el capitán con un mohín de repulsión—. Deberías comprarte un modelo sumergible...

—Son etapas —repuso Eva, limpiando el móvil con la servilleta—. Pero sí, gracias a nuestras teorías peregrinas sobre las azucenas, estamos aquí.

—El capitán y yo no vamos a ir a ningún sitio —aclaró Laura removiéndose en su silla.

—Es obvio que no —añadió el capitán, negando con la cabeza.

—Iremos adonde nos lleven nuestras investigaciones, nada más —se justificó Laura, sin que nadie se lo hubiera pedido.

—Exactamente.

—Yo soy felicísima con mi Thomas, aparte de que el capitán y yo somos incompatibles, como todos sabéis.

—Por cierto, ¿por qué no ha venido Thomas? —preguntó Milos, divertido.

—¿Porque está en el sastre haciéndose pantalones a medida? —contesté con ganas de gamberrear un poco.

El capitán rompió a reír, dando incluso manotazos a la mesa; y todos los demás fuimos detrás.

—¡Es un gran chico! —gritó Laura por encima de nuestras risotadas—. Y no voy a permitir ni una mofa. ¿Estamos?

—Laura, ten un poco de sentido del humor —le pedí, muerta de risa.

—No sé a qué cuento viene ahora este momento de humor, cuando estamos tratando un asunto bien serio. Os estamos contando que hemos dado con la clave del espejo y vosotros aquí de pachanga.

—No alucines, amiga. Tú tienes una teoría que acabará como los pantalones de tu Thomas... ¡Colgando y por los suelos!

De nuevo, volvieron las carcajadas y Laura haciendo un puchero se cruzó de brazos y chilló:

—¡Ya vale! Parecéis *gremlins*. ¿No os da vergüenza? Burlaros así de un buen chico que no os ha hecho nada...

—Está bien —musitó Eva, mordiéndose los labios para evitar seguir riéndose.

—Gracias —repuso Laura—. ¿Y ahora podemos seguir exponiendo nuestra teoría? —Todos asentimos, y Laura respiró aliviada—. Os lo agradezco. Continuando con lo que ha explicado el

capitán de la relación espejo-luna-nocturno. Nosotros creemos que la última línea del espejo es el último de los Nocturnos de Chopin. El músico compuso en total diecinueve. Como sabéis, el Nocturno 19, op. 79, y cuya tonalidad es en mi menor, se publicó sin dedicatoria...

—No tenía ni idea y, la verdad, no creo que el dato sirva de mucho. No es por desanimaros — dije dando vueltas al helado, para ver si se derretía como el cerebro se les estaba derritiendo a mis amigos de tanto pensar estupideces.

—Te equivocas —contestó Laura—. Hemos localizado la partitura original y estamos convencidos de que encierra la clave que nos conducirá directos al elixir.

—Ojalá, pero vamos, lo encuentro de un rebuscado... Además, ¿qué sentido tiene el libro chino? Con que le hubiera dado la nota, habría bastado... «La eternidad está en la última línea del espejo». Punto. No le habría hecho falta entregar el libro chino...

—El libro es alusivo también —explicó el capitán— porque los Nocturnos son meditaciones y reflexiones, como las del libro chino, llevadas a la música. Creemos que con el libro lo que quería es remarcar más si cabe que fuéramos a los Nocturnos...

—Ojalá que estéis en lo cierto —hablé quitándole a Daniel el móvil de su padre, que ya se lo llevaba a la boca también.

El niño protestó, pero lo peor fue que al retirarle el móvil, derribé una copa con el codo, se rompió en pedazos y, uno de ellos, fue a parar a la mano de Daniel, provocándole un cortecito. El pobre lloraba sin parar, si bien cuando Eva le cogió la mano para verle la herida, no quedaba ni rastro de ella.

Aunque todos nos miramos extrañados, solo el capitán se atrevió a verbalizar lo que estábamos pensando:

—¿Estáis seguros que el niño no es de los nuestros?

—Es un niño sano, pero es mortal. Sus heridas tienen una cicatrización normal... —contestó Eva.

—¿Normal te refieres a como nosotros? Porque he visto perfectamente que tenía una heridita con un poco de sangre y ahora está cerrada.

—No sé —murmuró Eva, sin dejar de mirar la mano de su hijo.

—Tendríamos que hacer una comprobación —sugirió el capitán y Laura le lanzó una mirada furibunda.

—¿Comprobación? —espetó Laura—. ¿Una del tipo que practicaste con mi cuñada? ¿O tal vez algo parecido a lo de Estrella? ¿En qué estás pensando: en clavarle una daga al niño en el culo o hacer que camine sobre estos cristales rotos? —preguntó señalando a los cristales rotos esparcidos por la mesa.

—Mi hijo es normal —habló Hugo, con rotundidad—. Lo que sucede es que has creído ver el corte cuando en realidad no se ha hecho nada.

—Yo sé lo que he visto —repuso el capitán—. El crío se ha cortado y la herida se le ha cerrado al momento. ¿No me estaréis engañando y estáis dando al niño el elixir en pequeñísimas dosis? — El capitán nos miró a todos esquivo, desconfiado, apretando fuerte las mandíbulas.

—¡Sí, claro! —respondió Laura, muy ofendida—. ¿Tú crees que, si tuviera la dosis, llevaría meses aguantando tus delirantes teorías?

—No sé. Tal vez para disimular. Lo de este niño es muy raro.

—¡Mi sobrino no tiene nada de raro! Y lo que tenemos que hacer es seguir investigando...

—Desde luego, pero no pienso quitarle ojo de encima —advirtió el capitán, retorciendo su servilleta.

—Andrés, confía en nosotros —le rogué para que se calmara—. No te estamos ocultando nada.

—Eso espero, porque yo estoy jugando limpio, desde el primer momento he puesto las cartas sobre la mesa.

—¿Qué insinúas? ¿Que nosotros jugamos con las cartas marcadas? —espetó Laura ofendida.

—Solo sé que he visto algo extraño y tomo mis precauciones. Nada más.

Laura y el capitán con sus precauciones comprobaron que en la partitura original de Nocturno nº 19 no había ni el más pequeño hilo por el que empezar a tirar. No obstante, no desfallecieron y siguieron elaborando teorías nuevas, a cada cual más rocambolesca.

Entre tanto, mi relación con Milos seguía adelante, teníamos una armonía que me hacía sentir más auténtica que nunca, más yo, me sentía plena.

Había logrado abrirme a él y, al hacerlo, habíamos generado una alquimia que revolucionaba mis fuerzas, mis emociones y mis pensamientos.

Sin embargo, todavía tenía mis reservas y tal vez creo que por eso Milos me invitó a que pasáramos un fin de semana en su casa de Venecia.

Aparecimos el viernes por la noche en su bello palacete de mármol y me propuso que diéramos un paseo en góndola, con serenata y cena. Acepté encantada y nos dirigimos al embarcadero privado donde nos esperaba una góndola decorada con flores y asientos de tapicería azul, que era de su propiedad desde hacía dos siglos, y que manejaba su primo Andrea Bianconero:

—No puedo cantar, Milos —dijo Andrea, después de presentarnos, afónico perdido—. Anoche estuve con unas alemanas y se alargó demasiado la fiesta...

Andrea era un joven guapo de unos veinticinco años, alto, moreno, de ojos verdes, nariz aguileña y boca gruesa, al que el traje de gondolero le sentaba de maravilla.

—Mira que te dije que te cuidaras para el viernes... —le reprendió Milos.

—Tengo el iPad, puedo pincharos a Pavarotti, donde esté el maestro que se quiten los demás...

—Quería ofrecerle a Lily una serenata como es debido. ¡Cómo vamos a ponerle música enlatada! —le gritó al joven, y este se encogió de hombros.

—A mí la serenata me da lo mismo —dije para destensar el ambiente un poco.

—¿Cómo que te da lo mismo? Venir a Venecia y marcharte sin serenata es como ir al Prado y no ver las Meninas.

—¡Tampoco exageres! Además, hay mucha gente que odia las serenatas. No le creas, Lily, que no es algo imprescindible —apuntó Andrea, negando con la cabeza.

—No sé si imprescindible, pero a mí me has fastidiado el plan. Espero que las alemanas al menos fueran guapas...

—Así, así —respondió moviendo la mano de horizontal a vertical.

—La mesa que me gusta está reservada en Da Fiore, ¿verdad?

—Sí, pero no para ti —susurró Andrea, rascándose la cabeza.

—¿Cómo? —replicó Milos, llevándose la mano a la oreja, para escuchar mejor.

—Es que conocí a un mexicana que me gusta muchísimo, se marcha mañana... Por favor, te lo ruego —suplicó juntando las manos—. Tú puedes regresar con Lily cuando quieras, pero quién sabe cuándo volveré a tener ocasión de cenar con Casandra.

—Por mí no hay ningún problema, podemos cenar en otra parte —dije porque en el fondo me daba igual un sitio que otro.

—¡Aquí mismo! —anunció el gondolero—. Mi madre os ha preparado una pizza veneciana buenísima. En ninguna otra parte vais a probar algo más rico. Milos, ¿verdad que la pizza de mi madre es la mejor de toda Venecia?

—Verdad, primo, verdad. ¡Mira qué eres desastre!

—Soy el mejor gondolero de Venecia. ¡A ver si me dices lo mismo cuando acabe el paseo!

—No quiero ni una sorpresa más. ¡Te lo advierto! Nada de recoger a una australiana en la próxima esquina o de ponerte a perseguir góndolas llenas de japonesas.

El joven se situó junto a la góndola y haciéndonos una exagerada reverencia, nos dijo:

—¡Subid y disfrutad de Venecia!

Nos montamos en la góndola y Milos reclinó los asientos para que estuviéramos más cómodos, su primo entre tanto comenzó a bogar...

—Mi primo es un casanova de pacotilla, te ruego que le disculpes —me susurró al oído para que no pudiera escucharnos.

—Es muy divertido —murmuré, abrazándole y apoyando mi cabeza en su hombro.

—Es veneciano: lenguaraz, orgulloso, seductor, vitalista, apasionado y aventurero. Ama la belleza, vive la vida intensamente, apura el instante... aunque eso a veces provoque que tengas que acabar cenando pizza fría en un paseo en góndola sin serenata.

Milos abrió la caja de cartón donde su tía Paola había metido la pizza gigante y me ofreció una porción...

—Está perfecta —aseguré después de probar un bocado—. ¡Todavía está caliente! ¡Y buenísima!

Estaba tan emocionada que me giré para ofrecerle un trozo a Andrea. Este declinó el ofrecimiento, me guiñó el ojo y levantó el pulgar.

—¡Gondolero! ¡Tú a lo tuyo! ¡A remar! ¡Vamos, con más ganas! —le ordenó Milos con un gesto de desdén con la mano.

—A vuestra derecha tenéis vino de Borgoña y unas copas —nos indicó el gondolero.

—¡Muchas gracias, Andrea! —Y levanté mi pulgar en señal de agradecimiento.

—Estos venecianos se lo saben montar bien —masculló Milos, abriendo la botella de su vino favorito.

Llenó mi copa y disfrutamos de la maravillosa cena que no podía imaginar más perfecta. Primavera, una góndola, vino, pizza y Milos. No se podía pedir más.

¿O sí?

La noche estaba empezando a caer, las primeras estrellas respunteaban el cielo veneciano y en el ambiente se respiraba el olor mohoso de las aguas cansadas, sobre las que discurríamos apacibles hacia los territorios perdidos de la infancia de Milos.

—Por esas callejuelas jugaba a que luchaba contra bandidos, villanos y turcos —indicó Milos, señalando unas callejas que quedaban a nuestra derecha.

—Y ahora sigues haciendo lo mismo...

Milos se dedicaba en cuerpo y alma a evitar que grandes maniobras financieras arrodillaran a países, en cualquier parte del mundo. A luchar para que los gobiernos dejaran de ser títeres de la élite financiera mundial, capaz de todo, con tal de conservar sus privilegios. En fin, que viajaba mucho, dormía poco y como había hecho desde los tiempos en que combatía a los villanos inventados de su infancia, a pesar de lo ingente de su tarea, jamás dejaría de luchar y de rebelarse contra las injusticias.

—Supongo que, porque soy veneciano, el veneciano no se doblega, resiste, lucha, sabe que la vida es eso. ¿Y cómo no vamos a luchar, Lily, si el poder está en manos de gente peligrosa y enferma? Por eso son tan importantes leyes que paren los pies a esos malnacidos, que les recuerden que la democracia es más poderosa que ellos.

—Admiro muchísimo lo que haces, Milos.

Dio un sorbo a su copa y habló con tono despreocupado:

—No tiene mérito. Creo que también es porque soy veneciano. Los venecianos amamos la libertad por encima de todo, así que es normal que convierta en mi enemigo a cualquier sistema que ponga en peligro o ataque la libertad.

—Celebro que seas veneciano —dije alzando mi copa, para brindar con él.

—Y yo celebro que seas castellana y que estés aquí conmigo —replicó brindando conmigo.

El resplandor de la luna se reflejaba sobre las aguas del canal y el puente que estábamos a punto de cruzar, entonces...

—¿Huele a mar? —De repente, me vino un olor salado y húmedo, un olor a mar.

—Es el puerto, de pequeño me escapaba para ver como descargaban mercancías venidas de todas partes, oro, plata, marfil, telas, sedas, aceites... Soñaba con que algún día me embarcaría en uno de esos barcos y viajaría al lugar más lejano posible... Mejor hablemos de otra cosa, no quiero estropear el paseo con uno de mis ataques de melancolía.

—Aristóteles dice que todos los grandes hombres son melancólicos porque la melancolía es el gesto supremo del espíritu... o algo así —solté en un arranque de pedantería.

—Los grandes hombres serán así, yo en todo caso, si soy grande es porque tú estás conmigo.

—Estoy feliz de estar aquí, te agradezco tanto que me hayas invitado.

—Me hace mucha ilusión que estés en el palacio de mi familia, los Conti eran una familia noble y señorial. Bien es verdad que en Venecia todos lo somos, tampoco tiene mucha importancia, pero, y aun cuando esté fatal que yo lo diga, en nuestro palacio se hacían las mejores fiestas de Venecia: el Dux, senadores, canónigos, aristócratas, mercaderes, navegantes, poetas, músicos, tahúres, buscavidas... todos tenían cabida en nuestra casa distinguida y honorable, pero también insumisa y rebelde.

—Me habría encantado estar en alguna de tus fiestas.

—Siempre te buscaba, siempre te esperaba, siempre creía verte detrás de una máscara de seda o detrás de un recogido de un cabello color miel.

—Es la primera vez que estoy en Venecia —reconocí contemplando la belleza decadente y elegante de las casas que nos rodeaban.

—Organizábamos cenas maravillosas con pastas, quesos, pescados y carnes traídos de todas partes y vinos maravillosos... y luego celebrábamos bailes fastuosos, tertulias intrigantes y conspiratorias, conciertos con los más afamados músicos, lecturas de poesía...

Era fácil retrotraerse en el tiempo en ese escenario y con el vívido relato de Milos, y sentir una pena tremenda por haberme perdido todo aquello.

—Y yo encerrada en mi botica entre redomas y alambiques —suspiré.

—Alguna fiestecita te has pegado... —dijo Milos con una sonrisa pícara, ofreciéndome otro trozo de pizza.

—Pero no tantas como tú, por lo que cuentas.

Milos acarició mi mejilla, suavemente, y luego susurró:

—Desde que te vi en Sevilla por primera vez, no he podido sacarte de mi cabeza.

—Ni yo a ti —repliqué sosteniendo con un ligero tembleque la pizza que tenía en la mano.

—Llevabas flores en el pelo, que contrastaban con tu mirada triste y oscura.

—Todavía no había asumido ni la muerte de mi tío ni mi nueva condición —confesé y después di un mordisquito a la pizza.

—Mí prima Elvira se había enamorado de un sevillano que no la correspondía, y en su

desesperación acudió a una hechicera.

—A Esperanza, a mi amiga —recordé emocionada.

—Ella nos dio la dirección de tu botica...

—Todas las magas y hechiceras de Sevilla lo hacían, me sentía fenomenal entre ellas y aprendía muchísimo. Las magas conocían el movimiento del cielo y las estrellas, y conocían de piedras, plantas y hierbas; con las hechiceras intercambiaba conocimientos de química, alquimia y botánica, aparte de que lo que nos unía por ser todas excluidas de una sociedad en la que incomodábamos demasiado. Éramos independientes, defendíamos nuestra forma de estar en el mundo, teníamos voz propia, poseíamos conocimientos que los moralistas perseguían y los biempensantes desdeñaban, si bien todos acudían a nosotras cuando lo demás fallaba.

—Como mi prima que después de rezar a Santa Marta, que se supone que es la gran intercesora en los asuntos de corazón, fue a tu botica para terminar de precipitar el asunto.

—Muchos venían a por eso, mujeres y hombres...

—La hechicera le dijo que no hablara con nadie de camino a la botica y que fuera murmurando: «a por almea voy a buscar por mi bien y no para mi daño».

—Sí, luego tenían que pedir la almea y pagar sin contar, que eso siempre me venía genial, y a continuación ir a la iglesia a bautizar la almea con agua bendita. Y nada, la boda era segura.

—Sí, mi prima me empujaba para irnos a la iglesia, en cambio yo lo que quería era quedarme en esa botica para siempre.

—Y viniste muchísimas veces...

—Hasta que hicimos el amor y no volví a verte más.

—No sabía cómo decirte que era inmortal, estaba muy asustada y sola. Estaba muy perdida.

—Agoté la almea de Sevilla cuando te fuiste... Mi prima se casó con el sevillano; sin embargo, yo...

—Es que tu prima hizo el hechizo con mi almea, yo tenía la mejor de Sevilla entera.

—Sí, la mía debía de estar un poco adulterada. Solo tuve que esperar cincuenta años para encontrarte otra vez en Madrid...

—No podía creerlo, eras tú, inmortal. Me entró pánico, solo podías ser uno de ellos, de los Bisontes, el grupo que dio la orden de asesinar a mi tío, así que decidí pasar una noche contigo y huir.

—Solo hubo que esperar bastante tiempo para reencontrarnos y explicarte que formaba parte de un grupo disidente que intenta mantener a raya a los Bisontes.

—Pero el otro miedo seguía ahí...

—¿Al amor? Ahora mi primo tendría que estar cantándonos algo romántico...

—No tenía miedo a la soledad, pero sí al amor. Ya ves... Por cierto, la próxima vez te tienes que traer a Luis Miguel o a Pablo Alborán —bromeé.

—No me lo digas dos veces que yo soy como mi padre, que no paró hasta que se trajo a Vivaldi a tocar a casa porque era el músico favorito de mi madre.

—Con Michael Bublé tuve bastante sorpresa. Oye... ¿Tus padres no vienen por Venecia?

—Se lo pasan mejor en Nueva York. Ya iremos a verlos. ¿Quieres?

Claro que quería, quería estar con él donde fuera y como fuera, pero siempre con él...

Nos terminamos la pizza, nos bebimos el vino y nos quedamos extasiados contemplando el cielo que estaba cubierto de estrellas...

—Alguna de esas tiene la culpa de que estemos aquí. —Milos me cogió de la mano y la besó mirándome de una forma que me estremeció por completo.

—Llevo toda mi vida investigando sobre las dichas piedras y estoy en el mismo punto que hace cinco siglos. Pienso que es probable que procedan de Marte, por lo que vimos en la conferencia de la dinámica orbital, pero no es más que una intuición. Y antes tenía una dosis con la que investigar, ahora nada...

—Encontraremos la de Chopin...

—«La eternidad está en la última línea del espejo...» No dejo de darle vueltas a la frasecita y estoy empezando a dudar que tenga algo que ver con el elixir —dije recorriendo con el dedo los labios suaves de Milos.

Él atrapó con sus dientes la yema de mi dedo, lo lamió y luego lo dejó escapar...

—Tengo un maravilloso espejo veneciano en mi habitación que a lo mejor nos inspira. ¿Nunca te has mirado en un espejo veneciano? —susurró mordiéndose los labios.

—No. ¿Qué tienen de especial? —Se me estaban ocurriendo demasiadas cosas y ninguna de ellas era inocente.

—Ante un espejo veneciano caen todas las máscaras y aparece el verdadero rostro. ¿Te atreverías a mirarte en el mío?

En otro lugar hubiese sido un reto imposible de aceptar. Sin embargo, Venecia me dio la fuerza suficiente para saltar al vacío, para enfrentarme al misterio insondable, al sonido milenario de un espejo inmortal.

Andrea nos dejó en el embarcadero del palacio de Milos, nos despedimos de él y nos fuimos derechos a la habitación donde nos aguardaba el espejo.

El dormitorio era grande, decorado con muebles de Florencia del XVII y el XVIII, alfombras persas, cortinones de pesado terciopelo, una cama con dosel de nogal comprada al mismísimo Luis XIV y un espejo de dos metros de alto por dos de ancho, con marco de plata, ante el que nos quedamos parados.

Milos se situó detrás de mí, me abrazó y me dio un beso en el cuello. Eché la cabeza hacia atrás y él aprovechó para bajar las mangas de mi vestido, tirar de él y dejarme casi desnuda ante la verdad de su espejo.

—¿Qué ves? —preguntó Milos, enterrando sus dedos en mi pelo y retirándolo hacia atrás.

Me enfrenté al espejo con el valor que me daba el hombre que estaba conmigo, con el coraje que me daba la fuerza de lo que estaba sintiendo, un lazo tan fuerte que ya no admitía ni un silencio más.

—Veo a la mujer que quiso huir de los recuerdos que, desolada y triste, decidió hacerse nómada como los hijos de Abel, que salió a la búsqueda de un lugar donde el olvido no fuera siquiera un recuerdo. Pero pronto se dio cuenta de que el olvido era un error y que quizá lo mejor fuera teñir lo negro de matices violetas y esperar a que llegara ese momento inesperado en el que tú y yo, al fin perdonados por todos los errores que nos mantuvieron separados, decidiéramos desafiar a nuestro orgullo y a nuestros miedos, con un beso eterno.

—Ese momento ha llegado, ¿sabes por qué?

Negué con la cabeza mientras Milos deslizaba sus manos por mis brazos...

—Dime —susurré.

Milos tomó mi mano con la suya, la abrió y la puso frente al espejo:

—Porque si leyéramos con detenimiento los trazos de nuestros dedos, encontraríamos con seguridad nuestros nombres, los verdaderos, los que llevan impresos desde tiempo inmemorial, los que hemos buscado en otras pieles, en vano. Y supongo que entonces nos percataríamos de que realmente nunca huimos, que no fallamos, que no caímos, sino que nuestro amor nos dio alas para volar hasta ese lugar de siempre, donde nuestras miradas entienden todo lo que nuestros labios no dicen.

—Mis labios no quieren callar más. Estoy cansada de huir de mis propios sentimientos y aunque quisiera hacerlo es imposible, todo lo desbordan. No hay máscaras. Miro el espejo y veo mi verdadero rostro, soy tú y tú eres yo, sin esperar nada y con entrega absoluta. Todo tiene armonía en tu presencia. Estamos hechos el uno para el otro, soy la mujer de tu vida. Te amo.

CAPÍTULO 11

Una visita inesperada

¿Esa era la última línea del espejo? ¿La verdad que queda cuando cae hasta la última de las máscaras?

¿Cuál sería la verdad postrera de Chopin? ¿La que acababa de descubrir con Milos? ¿Que solo cuando te atreves a ser tú y a afrontar la verdad te conviertes en invencible? ¿Ese era el secreto que encerraba la nota de Chopin?

No tenía ninguna respuesta, solo sé que me quedé desnuda ante Milos, desnuda de piel y de alma, y que nos amamos hasta que perdimos la cuenta.

Frente al espejo, y ante la verdad revelada, Milos me desabrochó el sujetador, lo dejó sobre un silla, y luego volviéndose a colocar detrás de mí, deslizó sus manos por mis pechos, los acarició hasta endurecerlos, siguió descendiendo por mi vientre, bajó hasta mis braguitas, me las quitó, las lanzó a la silla y regresó a mí, enterrando sus dedos en mi pubis.

Miré su reflejo en el espejo, me besó el cuello, la nuca, me recorrió con la lengua la columna vertebral, hasta terminar de rodillas frente a mis nalgas.

Sus manos seguían en mi sexo, quietas como una barca en el muelle, pero su lengua recorría mis nalgas trazando senderos prohibidos.

Necesitaba besarlo, acariciarlo, desnudarlo por completo y sentirlo... pero Milos ajeno a mis deseos, se puso en pie, apartó sus manos de mi pubis y me susurró al oído:

—¿Querrás hacer lo que yo te pida?

—Sí —susurré ansiosa por saber qué era lo que iba a pedirme.

—Así frente al espejo, mientras yo te observo desde la cama.

—Pero...

Yo no quería separarme de él, no quería perder sus labios, su lengua, sus dedos...

—¿Puedes hacer lo que te pida? —volvió a preguntarme, mirándome a través del espejo.

Asentí. Y él se marchó hacia la cama, que estaba justo detrás de mí. Se desnudó por completo, sin dejar de mirarme, se tumbó en la cama y colocó debajo de su cuello la almohada doblada para incorporarse un poco.

—Introduce un dedo en tu boca y lámelo...

Me mordí los labios de deseo, recorrí mis labios con la lengua y luego obedecí. Introduje el dedo índice por completo en mi boca y lo lamí hasta que me dijo:

—Ahora que soy ese dedo, deslízalo por tu cuello —y lo hice—, por tu pecho —obedecí—, deja que baje por tu vientre y alójalo dentro de ti.

Mirándole a través del espejo seguí sus indicaciones y Milos dijo:

—Mi amor, esos dedos tuyos qué bellos son, muévelos como si fueras yo. Sé yo. Eres yo.

—Milos...

Dejé que el dedo medio y el índice me invadieran como si fueran él y presioné mi vulva contra la palma de mi mano.

—Retírate el pelo a un lado, déjame ver tu espalda...

Me mordí los labios, lo miré con todo mi deseo, tomé mi melena, la llevé a un lado y mi espalda quedó desnuda.

—¿Así? —susurré.

—Dime que esa humedad me pertenece —me pidió mientras acariciaba su erección.

—Te pertenece como a mí la tuya —dije sin dejar de mover la pelvis contra mi mano.

—Me gustas toda, Lily.

Y a mí me gustaba él. Su cuerpo firme y fibroso, sus brazos fuertes, sus pectorales marcados, sus abdominales perfectos, sus piernas curtidas en mil batallas y su sexo formidable que mantenía erecto en su mano...

—Es tuyo, Lily. Soy tuyo.

Eché la cabeza hacia atrás, me acaricié y ya no pude más, me corrí frente al espejo que devolvía nuestra imagen, la suya y la mía, que era la misma.

Cuando estaba a punto de desvanecerme de placer, Milos se levantó, me abrazó por detrás y me susurró al oído:

—Quiero que tu boca tome posesión de lo que le pertenece...

Enterré mis dedos en su pelo negro, le besé devorando su boca y caí de rodillas ante él, obedeciéndole.

Lo que había deseado a través del espejo, estaba en mi boca. Salado y pujante lo acepté dentro de mí, como estaba dentro de mi corazón y de mi vida.

Y así, Milos estuvo en mi boca hasta que, con un gemido bronco, me apartó, me tomó en sus brazos y, sin dejar de besarme, me dejó sobre la cama.

—Te deseo, Lily. Te amo...

—Y yo a ti. Te amo.

Ya no tenía miedo a verbalizar mis sentimientos, al contrario: me moría por hacerlo pues no solo sentía que nuestro amor era el más grande, sino que seguiría creciendo hasta la eternidad.

Milos se hundió dentro de mí, hicimos el amor desbordados y voraces, hasta que todas nuestras

energías fueron liberadas de una sola vez y los gemidos de nuestro primer orgasmo veneciano juntos resultaron escandalosos.

Y por supuesto que nos pedimos más, él a mí y yo a él, hasta que el lunes por la mañana no nos quedó más remedio que regresar a nuestras obligaciones.

A mí, en concreto, me esperaba en la farmacia Eva con las fotos en París de su niño, que ya tenía diez meses, correteando ya por los pasillos de su casa, y Estrella con su pelo recién teñido de amarillo...

—Estoy agotada —dijo Eva—, el niño no para, nos tiene todo el día detrás de él. Es tan curioso, todo le llama la atención, nos tiene fundidos...

—¿Y tú, Lily? —preguntó Estrella con una sonrisita malévola.

—¿Yo qué? —repliqué a la defensiva.

—Que si también estás agotada, por otras razones, obviamente... —Y rompió a reír dándose una palmada en el muslo.

—Estoy perfecta. Gracias. ¿Y tú con tu nuevo pelo? ¿Qué tal te encuentras? Ya iba siendo hora de que cumplieras con la apuesta.

—Divina. Me encuentro como muy Grace Kelly, no sé cómo no me he teñido antes.

Yo más que a Grace Kelly la veía parecida a la gallina Caponata, pero como la verdad era demasiado dura y humillante, le mentí un poquito:

—Sí, pareces una *celebrity*. —Tampoco era una mentira del todo, pues la gallina Caponata es un *celebrity* en toda regla—. Así que sí, tienes razón. Estás divina.

Estrella se retiró orgullosa su nuevo pelo detrás de las orejas y habló con un tono picarón:

—Gracias, pero tú lo estás más. Y no es para menos. Yo también lo estaría después de haberme triscado a semejante maromo. Porque te lo habrás triscado, ¿no? ¡No me digas que te has pasado el fin de semana visitando monumentos que me hago el *harakiri* con la lima de uñas!

—Ha estado bien —disimulé, porque si le llego a contar que el fin de semana había sido apoteósico no me habría dejado en paz hasta que no hubiera largado hasta el último detalle con pelos y señales.

—¡Qué sosa, por favor! ¿Bien de qué? ¿Bien de todo bien? —preguntó guiñándome un ojo.

—Sí, paseamos en góndola, me enseñó su casa y... En suma, un fin de semana como puede tener cualquier pareja.

—¿Cualquier pareja cómo? ¿Pareja folladora? ¿Pareja abúlica? ¿Pareja cultureta? ¿Pareja gastronómica? Hay muchas clases de parejas...

—Pareja normal y corriente.

—Pues tú no tienes cara de eso, tú tienes cara de habértelo pasado muy bien y no precisamente visitando iglesias y zampando pizzas.

—Sí, con Milos siempre me lo paso bien.

—Me temo, Estrella, que Lily no va a soltar prenda —apuntó Eva, que me conocía muy bien.

—Si yo no quiero que suelte nada. Estamos de charleta relajada matinal, hablando por hablar... Y tampoco es que yo tenga especial interés. Oye, Lily, ¿qué te iba a decir? Siguiendo con el tema, pero por hablar de algo... ¿El paseo en góndola fue de noche? —Me volvió a guiñar un ojo, debía ser una nueva técnica para sonsacarme alguna verdad. Pues iba apañada.

—Sí, nos llevó su primo. Milos me enseñó los lugares de su infancia, fue muy entrañable.

—Entrañable —repitió decepcionada—. ¿Y en la casa qué tal?

—Muy bien. Tiene una biblioteca muy interesante. —Sabía que la tenía, pero lo cierto es que no salimos del dormitorio—. En especial tiene unos libros de botánica y astronomía que son verdaderas joyas...

—¿Y en su dormitorio tiene algo? —preguntó ya desesperada.

—Un espejo veneciano espectacular.

—Ah, ¿sí? —masculló, enroscándose emocionada un mechón de pelo en el dedo índice.

—Sí, tiene una historia apasionante el espejo...

—¿Y la cama qué tal?

—Maravillosa, perteneció a Luis XIV, una maravilla...

—Tía —dijo hundiendo los dedos en su pelo y desmelenándolo por no estrangularme—, y en esa cama habrás hecho diabluras que escandalizarían al mismísimo Casanova. No me digas que no, que tu maromo es como para estar con él un mes sin que te la saque. ¿Me equivoco?

—¡Qué bruta eres! —replicó Eva, muerta de la risa.

—Ha sido un fin de semana bonito y romántico —hablé, encogiéndome de hombros.

—¿Romántico-erótico supongo que querrás decir? Porque ese tío es como para montarte ocho novelas eróticas así seguidas una tras otra. Con romanticismo, no te digo yo que no, que algún violín puede sonar y queda mono, pero sobre todo tu hombre lo que pide es un erotismo-rojo-fuego-pasión-arde-en-llamas-fóllame-y-no-me-dejes-viva que lo flipas.

—Bueno... —Me vinieron a la mente algunas escenas del fin de semana y me entró un calor que tuve que toser y retirarme un mechón de pelo para que no se percataran de que estaba a punto de abrasarme.

—¿Quieres decir que es bueno en la cama? Un dios del sexo. Con una tranca de esas que te rellenan bien y después de unos cuantos polvos no puedes ni sentarte...

Eva y yo nos miramos, pero la campanilla que anunciaba que había entrado un cliente hizo que reprimiéramos la carcajada. Y no solo nos la reprimió, sino que nos cambió el semblante por completo al comprobar que la cliente era nada más y nada menos que Francesca.

—*Buon giorno* —saludó muy sonriente con un traje rosa palo primaveral que sería de algún modista italiano exclusivo.

Eva me miró asustada y yo la verdad es que tampoco es que estuviera muy tranquila. Me

preocupaba que hubiera investigado más sobre mi identidad, me horrorizaba que hubiera encontrado las piedras robadas o la dosis de Chopin y que viniera a restregárnoslo por la cara. Y si esas no eran las razones de su visita, daba lo mismo, el caso es que la presencia de Francesca siempre entrañaba una amenaza y un serio peligro.

—Su cara me suena un montón... —dijo Estrella, inocente, señalándola con el dedo.

Francesca la miró de arriba abajo con desdén y luego farfulló:

—Lo dudo mucho.

—Se equivoca —replicó nuestra amiga—. Nunca olvido una cara. Podría trabajar en un bingo de fisonomista, le digo que yo a usted la he visto.

—No se ponga impertinente, señora. Ya le he dicho que no —repuso muy seca, mirándola con asco.

—¡Ya sé de qué! —Eva y yo nos miramos deseando que la tierra nos tragara—. Usted fue la que trajo el regalo de boda de Eva con unos *boys* cuyas caras tampoco he olvidado.

—No sé de qué me habla. Y a todo esto, ¿usted quién es?

Estrella le tendió la mano que Francesca miró con desprecio, como si fuera un bicho putrefacto.

—Soy Estrella, la dueña del bar Estrella.

Francesca abrió mucho los ojos, parpadeó un par de veces, y sin estrechar la mano que se le tendía, respondió:

—¿Usted antes tenía otro pelo?

—Sí. Me he cambiado el color. He apostado por el riesgo y la sofisticación. ¿No cree que me da un punto Grace Kelly?

—Si hay alguna gallina que se llame Grace Kelly, desde luego que tiene ese punto.

—Se me había olvidado lo grosera que es usted —repuso Estrella, metiendo la mano que había tendido en el bolsillo de su pantalón.

—Solo unos pocos nos podemos permitir decir las verdades.

—A mí se me ocurren unas cuantas para usted... —dijo Estrella que también era de las que se permitían decir la verdad.

—La pena es que a mí no me interesa escucharlas. Y a todo esto, ¿no tiene usted que atender su vulgarísimo bar de fritangas coleserólicas?

—¿Qué tiene que decir de mi bar? —soltó dando un paso al frente para quedarse a escasisima distancia de Francesca.

Ella sin inmutarse, contestó hierática:

—De su bar y de usted. Decía que imagino que tendrá que ir a atender ese nido de borrachos, ludópatas y solitarios presuicidas que es el garito cutre que usted regenta con una zafiedad que horripila.

Antes de que a Estrella le diera tiempo a responder nada, salí de detrás del mostrador, la

enganché por el brazo y la conduje hacia a la puerta.

—Francesca tiene razón, a estas horas es mejor que vuelvas a tu bar.

—Sí, pero déjame que le diga unas cositas muy bien dichas a esta tipeja —espetó mirándola furiosa.

—Otro día, por favor —musité.

—¡Me ha puesto enferma esa bicha! —gritó señalándola con el dedo índice—. ¡Es que tan de señora que se las da y tiene los modales de una rufiana de la más baja estofa!

Francesca soltó una carcajada y metió la mano en su bolso... Me entró pánico a que sacara su famosa pistolita rosa, así que abrí la puerta y saqué a Estrella de la farmacia.

—Lily, ¡qué haces! —protestó—. Yo no tengo miedo a esa tiparraca, no pienso irme sin decirle cuatro cosas...

—Por favor, te lo ruego, vete —susurré, sin apenas poder tragar saliva.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tienes esa cara de susto?

—No pasa nada, pero, créeme, lo mejor es que te marches. Nosotras la atenderemos, se irá enseguida.

—¡Estás pálida! ¿Estás segura de que todo va bien?

—Y si te vas, estarán de maravilla.

—No sé... No me fío de esa estirada de mierda... Pero si te pones así... Me voy... Nos vemos luego...

Regresé al mostrador y Francesca estaba con una polvera en la mano retocándose el maquillaje.

—¿Podríamos saber cuál es el motivo de su visita? —le pregunté intentando controlar mis nervios.

Francesca cerró la polvera, la guardó en el bolso y con una sonrisa forzada, respondió:

—Tenemos muchos temas pendientes, queridas.

—Nosotras no tenemos nada pendiente con usted —espetó Eva.

—¿Seguro que no? ¿Quieres que empecemos contigo, muchachita? ¿Te recuerdo que te descerrajé un tiro en la boca y que ahora mismo tendrías que estar criando malvas?

—¡Márchese de mi botica! —solté señalándole la puerta con el dedo.

—Botica... Cuida tu terminología, *mia cara*, porque te delata. Y hablando de delaciones, ¿qué pasaría si no me voy? ¿Vais a llamar a la policía? ¿Y qué le vais a decir? ¿Qué no queréis conversar con una vieja amiga porque os hace preguntas incómodas? ¿Ese es mi delito?

—¡Vaya al grano! ¡Y déjenos en paz! —le exigí bufando.

—Ojalá pudiera, pero habéis hecho cosas últimamente que me plantean algunas preguntas y no pienso marcharme de aquí hasta que me las respondáis. Podemos empezar contigo, duquesa —dijo mirando a Eva con una sonrisa diabólica—, aunque el título te venga tan grande, todo el mundo lo dice. Los Bisontes están escandalizados con el duque Fleurus, comentan que qué forma de tirar

por los suelos su estirpe y su legado con su casamiento. No obstante, no sé por qué se sorprenden si a Huguito siempre le gustó sacar los pies del tiesto.

—Como comprenderá, me importa un rábano lo que piensen los Bisontes de nuestro matrimonio.

—Y eso que no saben todo lo que yo sé, si supieran que resucitaste en una farmacia de tres al cuarto, pondrían más aún el grito en el cielo, porque te bebiste algo que no te pertenece. Y no bastante con eso, te quedas embarazada y logras ser la primera y única inmortal que consigue parir a un niño, muy guapo y muy sano, por cierto. Vengo de estar con él en el parque. Es increíble el parecido que guarda con su padre.

Eva se aferró al mostrador y echando el cuerpo hacia delante, la amenazó.

—No se vuelva a acercar a mi hijo o lo lamentará.

Francesca se echó a reír...

—Pero si he hecho muy buenas migas con tu madre —dijo frotándose las manos—. Al principio tenía miedo de que me reconociera, pero no sabes las maravillas que obran unas enormes gafas de sol italianas. Me dejó hasta columpiar a su nietecito y todo... El niño no tiene nada de vértigo, le empujaba cada vez más fuerte y él tan contento. Se lo ha pasado en grande conmigo.

Eva a punto de salirse del mostrador y sacar a patadas a Francesca de la farmacia, le advirtió:

—¡Como le haya hecho algo a mi hijo, no va a haber agujero en la tierra donde pueda esconderse de nuestra furia!

—¿Por jugar en el parque con vuestro cachorro me amenazas con tu furia castellana? ¡No mates moscas a cañonazos, querida!

—¿Ya ha terminado? ¿Eso es lo que tenía que contarnos? —le espeté, rezando para que se fuera de una vez.

—¿Terminar? Pero si no he hecho más que empezar... Es obvio que en esta farmaciucha pasan cosas muy extrañas, por eso no me quedó más remedio que mandaros a unos amigos para que pusieran esto un poco patas arriba.

—Gracias —dije con sorna.

—No encontraron nada, supongo que porque sois unas zorritas listas y os esperabais mi visita. ¿Cierto? —preguntó alzando una ceja.

—Lo hemos aprendido todo de la zorra madre: usted —solté y Francesca, sin pensárselo dos veces, cogió la grapadora que tenía sobre el mostrador y, de un golpe seco, me grapó la mano.

Grité del dolor. Y Eva se lanzó sobre ella, arrebatándole la grapadora de la mano.

—¡Está loca! ¡Salga de aquí ahora mismo! —exigió Eva apuntándola con la grapadora.

—Lo sabía —dijo Francesca, mientras comprobaba cómo yo retiraba con mis dedos la grapa de mi mano y la herida cicatrizaba al momento—. Pero siempre es mejor asegurarse...

Francesca sacó de su bolso su pistola rosa, la colocó sobre mi pecho y disparó. No escuché

nada, ni el disparo ni el grito de Eva, solo sentí que el mundo estallaba en mil pedazos y yo con él. Si bien, antes de que todo se disolviera, apareció nítida una imagen, la de Milos cuando por primera vez entró en mi botica de Sevilla, con su impresionante figura vestida con un jubón negro y calzas de seda, y el pelo negro, la piel morena, los ojos nobles y bravos, las cejas anchas, los pómulos marcados, el mentón fuerte y la boca, la boca maravillosa que nunca me cansaría de besar.

Lo siguiente que recuerdo es que desperté del impacto de la bala y Eva sostenía mi mano muy fuerte, llorando sin parar.

—Estoy bien... —susurré tirada en el suelo.

—Ya sé que estás bien —replicó Francesca contemplándome desde arriba con los brazos cruzados y una mirada que no podía ser más despiadada.

—Es usted una asesina sin escrúpulos —le gritó Eva, entre lágrimas.

—Espera que te paso el móvil para que llames a la policía y le cuentes que una italiana malvada ha disparado a tu amiguita en el corazón y por no sé qué arte de birlibirloque, ahora se encuentra como una rosa. O mejor decir como una Azucena... ¿A que Azucena te gusta mucho más?

Me levanté, indignada, rabiosa, harta de soportar los atropellos de esa mujer maquiavélica a la que no iba a permitir que nos venciera.

—Es una pena que la sobrina de fray Benito, el discípulo aventajado del mejor boticario del reino de Felipe II, esté desperdiciando su talento en esta farmacia birriosa. A mi lado, podrías desarrollarte y crecer como profesional hasta límites que jamás imaginaste. Hace tiempo que le hice la misma propuesta a la duquesa de pacotilla y lo rechazó...

—¡Y lo rechazaría mil veces! —le interrumpió Eva, iracunda.

—Imposible, querida. Yo nunca concedo segundas oportunidades, así que jamás te daré el gustazo de volver a rechazarme. Sin embargo, Azucena, tú todavía estás a tiempo de dar un vuelco a tu vida y embarcarte en una aventura mucho más ambiciosa que la que ahora tienes entre manos. Si unimos nuestros conocimientos, podremos alcanzar juntas grandes metas, serás rica y poderosa, todos te temerán y también podrás vengar la muerte de tu tío. Si te conviertes en mi aliada, te prometo que tendrás a los Bisontes a tus pies, suplicándote que compartas sus hallazgos. Estarán en tus manos, podrás hacer con ellos lo que quieras, sacarles hasta el último céntimo de sus fortunas, humillarlos hasta que pierdan la dignidad, despreciarlos hasta que les duela tanto como a ti te dolió la muerte de tu tío. Así que no temas, estoy aquí para ayudarte, querida. Quítate los prejuicios de encima y sé lúcida. Piensa bien esto que te digo y no olvides que siempre has deseado que se hiciera justicia. Ese momento ha llegado, te estoy ofreciendo la gran oportunidad para que de una vez los asesinos de tu tío paguen por lo que hicieron, y, además, al hacerlo, desarrollarás todas tus potencialidades y lograrás realizarte como la gran mujer que eres.

Me desabroché la bata que estaba teñida de rojo por la sangre y mirándola con desprecio y frialdad espeté:

—¿De verdad cree que voy a ser tan necia de aliarme con la mujer que acaba de pegarme un tiro sin despeinarse?

—Tenía muchos indicios de que eras Azucena Martínez, la sobrinita de fray Benito que quedó desamparada con su perro Canelo, un mastín, qué curiosamente es idéntico al tuyo. Cuando descubrí que la duquesa estaba viva, te investigué concienzudamente. No encontré nada. Te has construido una identidad sólida, has borrado muy bien todas las huellas, si bien obviaste un pequeño gran detalle: tu mastín. Hace siglos tuve la suerte de conocerlo y lo que son estos animales, una mañana entré en tu casa, la verdad es que tienes que mejorar la seguridad porque nos resultó muy fácil entrar, y como te iba diciendo, lo que son estos bichos, tu Canelo me reconoció. Con todo, como ya sabéis que me gusta cerciorarme, le metí un par de tiros, se puso todo perdido, mis hombres tuvieron que esmerarse a fondo en limpiar toda esa sangre, pero nuestro Canelo a los dos segundos ya estaba moviendo el rabo, feliz de encontrarse con una vieja amiga.

—¡Zorra repugnante! ¡Mal rayo te parta! —la insulté a la cara.

Francesca negó con la cabeza y con el dedo índice, y después añadió:

—Así no vas bien. Si quieres que seamos amigas vas a tener que cuidar más lo que sale de esa boquita tuya.

—Y solo es el comienzo. ¡Como no se largue de una vez de mi farmacia, le van a reventar los tímpanos de las cosas que va a tener que escuchar!

—¿Rechazas mi oferta, entonces?

—¡Lo que no sé es cómo tiene la desvergüenza de atreverse siquiera a proponerme nada después de haber intrigado para asesinar a mi tío y disparado a mi mejor amiga, a mi perro y finalmente a mí! ¡Es usted una majadera!

Me fui a la puerta de la farmacia, la abrí y con un gesto con la cabeza, le grité:

—¡Salga de aquí ahora mismo!

Francesca se quedó clavada en el sitio y, sin alterarse lo más mínimo, soltó:

—Definitivamente, Milos es una pésima influencia. A tu tío no creo que le hiciera mucha gracia que te juntaras con tan mala compañía.

—Imagino que está hablando de usted, no de Milos.

—Ese veneciano no es de fiar, acabará jugándotela más pronto que tarde. Está contigo por el puro interés. Sabe que has estado mucho tiempo investigando con la dosis que te dejó tu tío y quién sabe si no tendrás más... Por eso finge que te quiere, no te engañes.

—¡Métase sus consejos por donde le quepan! ¡Y salga de mi farmacia!

Eva salió del mostrador, tomó a Francesca por los hombros y la empujó hacia la puerta:

—¿Qué modales son estos para una duquesa? —protestó quitándole sus manos de encima.

—Ya me voy, pero antes debo hacer una llamada.

Sacó su móvil, marcó unos números y dijo enérgica:

—Ya podéis venir a buscarme.

Colgó, guardó su móvil en el bolso, se echó la melena hacia atrás y luego se dirigió a mí:

—Una preguntita final... ¿Cuántas piedras más te dejó tu tío? No puedo creer que alguien tan amante de la familia como él solo te dejara una dosis. Es tan raro que no pensara en tu descendencia...

—No pienso darle ninguna explicación, de nada.

—¿Y qué sabes de las piedras del capitán? Las únicas que sabíamos de su existencia éramos tú y yo. Yo no las tengo, así que...

—Desconocía la existencia de las piedras del capitán...

Francesca avanzó unos pasos y se situó frente a mí.

—A tu tío le avergonzaría tanto tener una sobrina ladrona, por no hablar de la vida en pecado que llevas con el veneciano. Estás haciendo las cosas tan mal. ¿No te abochorna llevar una vida tan alejada de la virtud? Por no mencionar tu afición a la mentira, tu tío en el cielo que tan merecido lo tiene seguro que estará muy escandalizado, él que era tan amante de la verdad. Pero todavía estamos a tiempo de que te enmiendes, sé buena y dime todo lo que sepas...

Se acercó a mí más todavía. Su fuerte perfume era asfixiante, tanto como intimidante la gravedad de su gesto, tenso y duro, amenazante. Sin embargo, una fuerza infundida posiblemente por mi tío, Milos, Eva y Canelo me hizo contestar:

—Váyase de aquí. Es la última vez que se lo digo.

Pero Francesca no se marchó, porque los cuatro forzudos que le acompañaban el día que quiso robar el corazón de Chopin, irrumpieron en mi farmacia como pájaros de mal agüero...

CAPÍTULO 12

El secuestro

—Querida, cierra la puerta por dentro. No me apetece que entre algún cliente y nos estropee la fiesta —me ordenó Francesca mientras uno de los forzudos me tenía cogida por atrás, por el cuello.

—¡Suélteme! —le exigí pegándole un codazo en la tripa, pero lo único que logré fue que me apretara más fuerte del cuello.

—¡Dejen a mi amiga en paz! —gritó Eva, mas solo consiguió, después de que pataleara, arañara y soltara codazos por doquier, que los forzudos la ataran de pies y manos.

—Ver para creer, toda una duquesa revolviéndose como una gata callejera... —habló Francesca mientras se quitaba, flemática, una mota de polvo de la solapa de su chaqueta.

—¡Exijo que sus esbirros nos suelten! —grité al tiempo que un forzudo me tenía cogida por el cuello y otro por los pies, tirado en el suelo.

—A ver dónde tienes esa llave... —Francesca palpó los bolsillos de mi bata y sacó las llaves—. Atadla como a la otra mientras cierro la puerta.

Los esbirros me ataron de pies y manos y en volandas me dejaron de pie al lado de Eva.

—Conversar es un noble arte —dijo Francesca desfilando delante de nosotras de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, como si fuera nuestra sargenta pasándonos revista—, si bien en las ocasiones en las que la conversación no fluye como debiera hay que utilizar alguna técnica de dinamización, primero sencilla y, después, si la cosa sigue sin funcionar, más sofisticada. Espero que lo entendáis.

—¡Lo único que sé es que es una psicópata! —soltó Eva, llena de rabia.

—No me interesa para nada la opinión que tengáis sobre mí. Estamos aquí reunidas para abordar el tema de las piedras, esta vez desde una perspectiva mucho más interesante. ¿No creéis?

Para no hacerlo más largo y terminar de una vez por todas con ese teatrillo, hablé intentando mantener la calma:

—Mi tío no me dejó más elixir que el que se tomó Eva y no tenemos ni idea de dónde están las piedras que le han robado al capitán, ni dónde está la dosis que le dio a Chopin.

—Y yo voy y me lo creo —dijo Francesca, cruzándose de brazos—. Os estáis moviendo mucho.

Laurita y el capitán no paran de ir de aquí para allá buscando algo. Es como si estuvieran siguiendo una pista...

—Laura y el capitán son amigos —repuse retándola con la mirada—. Imagino que para alguien sin amigos debe ser difícil entenderlo, pero lo que suelen hacer juntos es quedar y supongo que compartir aficiones.

—Tus pupilas están dilatándose, querida, me parece que mientes fatal.

—Dice la verdad —mintió Eva para dar cobertura a mi embuste—, no tenemos ni la más pequeña pista sobre el elixir de Chopin y en lo que respecta al resto de las piedras, como usted, desconocemos su paradero.

—Ya —replicó Francesca, poniéndose delante de Eva—. ¿Y tu marido tampoco sabe nada?

—Nada de nada.

—Me parece extraño. Era muy amigo de Chopin, creo que una vez que tomó la decisión de no tomarse el elixir, la única persona a la que pudo confiar su secreto era a él. Tenía que saber que era inmortal puesto que los años pasaban y su rostro permanecía como el primer día que se conocieron. Y qué mejor que entregar su secreto a alguien que lo sabía todo...

—¿Y por qué no a usted? —Se me ocurrió decir para devolver la pelota a su tejado—. Lo más lógico sería devolver el elixir a quien se lo había entregado...

—Soy muy práctica. Si ese elixir estuviera en mi poder, créeme que no estaría perdiendo el tiempo con vosotras. No estoy aquí para dar explicaciones, ese es vuestro papel, pero os diré que Chopin se negó a recibirme después de que le entregara el elixir.

—No sé por qué no me sorprende —repuso Eva, provocándola.

—Chopin prefería rodearse de cantantes de ópera, yo no tengo voz ni talento musical alguno, y por eso, me desdeñó, pero no me importa en absoluto. Sé que, si hubiera tenido tiempo suficiente para conocerme, habría acabado amándome tanto como yo a él. Pero no tuvimos tiempo de nada, Chopin despreció la inmortalidad y al hacerlo yo perdí la única oportunidad de mi vida de amar y ser amada.

—Señora, no delire —dije. Como no le importaba para nada la opinión que tuviéramos de ella, decidí aprovecharme—. Chopin en la vida se habría enamorado de usted. Él era un espíritu noble, puro, sensible y bueno. ¡Jamás podría haber amado a un ser tan vil y despreciable como usted!

—¿No se han enamorado Hugo y Milos de dos vulgares destalentadas? Claro que, por un lado, mi Chopin era un genio y vuestros amorcitos son dos mediocres que jamás le llegarán ni a la suela del zapato. Y por otro lado, yo soy una diosa, solo me faltó un poco de tiempo y mi Chopin habría muerto de amor por mí porque...

Desde luego si lo que pretendía era torturarnos, lo estaba consiguiendo...

—Me estoy aburriendo mucho, señora —la interrumpí—. Esto mejor se lo cuenta a alguien a quien pague para que la escuche, pero yo no aguanto ni una palabra más. Pónganos un suero de la

verdad, que seguro que tiene el último del mercado y déjenos que sigamos trabajando.

—Como que voy a desperdiciarlo en un par de memas como vosotras. Se ve a la legua que no sabéis nada, pero a lo mejor vuestros hombrecitos y vuestros amiguitos, sí que saben. Y si no, se me ha ocurrido algo que les hará espabilar y hacer un mejor uso de sus escasas neuronas. ¿El esparadrapo dónde lo tenéis?

—¿No es usted tan lista? Use sus poderes de diosa y encuéntralo —respondió Eva, guiñándome el ojo.

Francesca se metió en la rebotica y Eva aprovechó para susurrarme asustada:

—¿Se atreverá a secuestrarnos?

¡Qué pregunta! Una señora que iba por la vida pegando tiros para contrastar sus sospechas, ¿por qué habría de tener algún reparo en secuestrarnos? Claro que tampoco me costaba nada quitarle un poco de hierro al asunto y reconfortar a mi amiga al menos hasta que Francesca regresara:

—Supongo que pretenderá amedrentarnos para que larguemos y como no va a conseguir nada, nos dejará en paz.

—Creo que moriría de pena si me perdiese ver crecer a mi hijo.

—No vas a morir. No puedes morir. Además, esto en un rato estará resuelto, ya verás...

La verdad es que la palabra «rato» la pronuncié sin demasiada convicción, porque la situación pintaba cada vez peor y más cuando Francesca regresó con el esparadrapo y nos tapó la boca a las dos.

—Milos y Hugo buscarán hasta en el último rincón para encontrarnos —le informé mientras Francesca pegaba el esparadrapo sobre la boca de Eva—. Esto no tiene ningún sentido. ¡Sabemos lo mismo que usted! Con esto no va a lograr absolutamente nada...

—Ya veremos.

Francesca me tapó la boca también, luego dio la orden a los forzudos de que cargaran con nosotras como fardos y nos metieran en la furgoneta que esperaba en doble fila junto la puerta de la farmacia.

Ya sentadas en la parte de atrás, en la última fila de asientos de la furgoneta con los cristales tintados de negro, Francesca dio la orden al chófer de que arrancara.

—Nos vamos de excursión, queridas —dijo Francesca, volviéndose para mirarnos—. Va a ser muy divertido, ya veréis. Os he preparado un lugar que es la mar de comfortable para pasar un tiempcito, está en un polígono precioso donde vais a tener tiempo más que suficiente para pensar tranquilas —ironizó mientras ahora se retocaba sus labios frente a un espejito de mano desde el que nos miraba soberbia y altanera—. Será una experiencia estupenda para vosotras que acabaréis agradeciéndome eternamente. En la vida son necesarios los paréntesis para tomar un poco de aire, reflexionar y retomar luego todo con muchas ganas, ilusión y energía. Y para los vuestros también será una experiencia muy positiva. Os extrañarán, se darán cuenta de lo importante que sois para

ellos y se emplearán a fondo para dar respuesta al asunto que más nos interesa a todos. Como veis, todos salimos ganando con esta pequeña... ¿cómo definirla? ¿travesura? No, realmente, es una escapada de chicas modernas, ¿no os parece?

Eva y yo nos miramos con los ojos llenos de lágrimas, pero decidimos tragar saliva y respirar hondo para no darle la satisfacción a la bruja de Francesca de vernos derrotadas.

—¿Queréis decirme algo? —continuó Francesca mordaz—. Esperad un poquito a que llegemos a vuestra nueva residencia y allí me contáis lo que queráis. Ahora será mejor que sigáis con el esparadrapo que, además, os sienta muy bien. —Cerró su polvera de un golpe seco y después la guardó, junto con el pintalabios en su bolso.

Tenía la certeza de que Francesca no dejaba de hablar para que ni por un momento se nos pasara por la cabeza que aquello era una pesadilla, que en breve despertaríamos y regresaríamos a nuestra cotidianidad de la que nos había arrancado hasta no sabíamos cuándo.

Qué paradoja que en el momento en que había logrado liberarme de mis miedos, en el que me había abierto por completo, el momento en que, por fin, me había decidido a vivir mi amor de una manera bonita, sana y natural, un amor bello y puro, aparecía Francesca para devolverme a un estado de soledad, oscuridad y pavor al que me había convencido de que no volvería nunca. Sin embargo, ahí estaba maniatada, con la boca tapada y de camino a un lugar en el que iba a ser encerrada y apartada del mundo, justo cuando había decidido huir del aislamiento, de tanta soledad y de tanto temor.

No obstante, me negaba a pensar que la vida fuera injusta, me negaba a rendirme, a desfallecer, a darlo todo por perdido, pues sabía que quien ha logrado vencer a las tinieblas, puede volver a hacerlo de nuevo, una y mil veces, todas las que sean necesarias.

—Este pintalabios lo compré en Nueva York la semana pasada —habló Francesca para seguir mortificándonos—. Por cierto, Azucena, que allí me encontré con Irene, con tu futura suegra. La madre de Milos es una griega encantadora, ingeniosa y muy divertida. Él es más como su padre, más serio y formal, pero la madre es un cascabel. ¿La conoces? —me preguntó dándose la vuelta para comprobar hasta qué punto me afectaban sus torturas.

No conocía a la madre de Milos, él me había hablado mucho de ella, y de su abuelo Milos también como él, al que adoraba y que, por lo que me había contado, poseía un carácter muy similar al suyo. A primera vista serio, reservado y distante, pero realmente generoso, inteligente, sólido, apasionado, vitalista, libre y rebelde. Poco amigo de imposiciones y de halagos, pero con un fuerte sentido del deber y de la responsabilidad, amante de la justicia, de la familia y de las aventuras.

No, no conocía a la familia de Milos, si bien a través de sus relatos, y porque le amaba con toda el alma, consideraba que formaba parte de ellos.

—Y Nueva York tampoco lo conocéis... Es que, queridas, habéis viajado tan poco, sois gente

de escasa trastienda, sin recorrido, soporíferamente convencionales. En confianza, no sé qué han podido ver los peles de Hugo y Milos en vosotras, no lo entiendo. —Arrogante, nos escrutó con una mueca de desprecio y asco—. Ni tenéis clase ni estilo ni talento ni belleza. ¡Nada! ¡Sois pasmosamente corrientes y molientes! Y ellos tienen tantísimas mujeres pululando a su alrededor que están a años luz de vosotras... No sé... De pronto, me ha asaltado una duda... ¿Serán capaces de esperaros y respetaros este tiempo que estéis ausentes? —preguntó dándose golpecitos con el dedo índice en el mentón—. ¿Resistirán la tentación? ¿Está preparado vuestro amor para ser puesto a prueba? Esta es otra de las razones por las que también me tendréis que estar eternamente agradecidas. Con este reto sabréis si vuestros amorcitos os quieren como dicen o bien finalmente les importará un bledo vuestra suerte y tardarán tres meses en cambiaros por una modelo cosmopolita y de buena familia.

Eva giró la cabeza hacia un lado para evitar el contacto visual con Francesca. Yo en cambio le mantuve la mirada, llena del mismo desprecio con el que ella me miraba, y también con todo mi coraje, mi fuerza y mi esperanza, que debían ser muchas porque acabó dándome la espalda orgullosa, pero también de alguna forma derrotada.

Me lo tomé como una pequeña victoria, la primera batalla ganada dentro de la larguísima guerra que acababa de declararnos.

Miré por la ventana y comprobé cómo dejábamos atrás la ciudad. La furgoneta se internaba por una autovía que nos conduciría a nuestro destierro, a nuestro triste destino de princesas secuestradas por la mala del cuento, a la torre de la que sin duda íbamos a intentar escapar hasta la extenuación y de la que nuestros amores y amigos también tratarían de liberarnos sin descanso.

Si había esperado a Milos tantos años desde después de nuestro último encuentro, podría esperarle ahora lo que hiciera falta, que tampoco sería mucho, me repetía sin cesar tanto para infundirme ánimos como porque creía firmemente que así iba a ser.

No obstante, lo que sí me apenaba profundamente era lo que Eva pudiera perderse con su hijo, la infancia, días maravillosos que jamás volverían, por culpa de la crueldad y la codicia de la mala pécora que nos tenía secuestradas.

Eva debería estar pensando lo mismo porque la escuché sollozar con la vista clavada en la ventana. Qué ganas tenía de librarme de las ataduras, de quitarme el esparadrapo para poder abrazarla y decirle que todo iba a salir bien, que todo sería un mal sueño, que pronto estaríamos a salvo.

Sin embargo, fue ella la que me reconfortó a mí porque con un movimiento de cabeza y con los ojos muy abiertos, con un punto mal disimulado de alegría y emoción, me pidió que mirara por su ventana.

Miré y no vi nada, pero Eva insistió con un pequeño movimiento de cabeza y cejas en que no quitara la vista de encima de la ventana.

Lo hice y de repente vi el morro de una furgoneta blanca, no podía ver al conductor que todo apuntaba a que Eva ya había visto y que le había dado tantas esperanzas a tenor de su mirada brillante y optimista.

¿Quién sería?

Nuestra furgoneta aceleró y perdí el morro de la furgoneta blanca, si bien a los pocos segundos no solo recuperé el morro, sino que pude ver, por fin, a la conductora: una mujer que llevaba el pelo tapado con un pañuelo de flores anudado debajo de la barbilla y unas gafas enormes de color rosa a juego con los pendientes de aro enormes que se escapaban a través del pañuelo.

Bajé la vista al suelo para que Francesca no captara mi alegría a través de los espejos, pero no pude evitar que de la emoción dos lagrimones cayeran por mi rostro.

Estrella aceleró un poco más para que si por si acaso nos había quedado alguna duda de que era ella, a nuestro rescate, se disiparan todas de golpe. Así, se puso justo frente a nosotras para que leyéramos el cartel de: *Fruterías Manolo*, la frutería que estaba pegada a su bar y el vuelco al corazón que sentí al leer aquello jamás se me olvidará en la vida.

¡Estábamos salvadas!

Ni Eva ni yo volvimos a mirar por la ventana, clavamos la vista al frente para no despertar sospechas y así nos quedamos, sin movernos, mientras por dentro estallábamos de júbilo.

—No queda nada para llegar a nuestro destino —nos anunció Francesca, girándose otra vez para mirarnos con su prepotencia y desdén habituales—, que también podéis tomaros como un retiro espiritual, como una estancia en un convento austero y silente, o bien como un tiempo de rehabilitación en una clínica de adelgazamiento estricta, porque he decidido que voy a ser muy frugal con las comidas. Os sentará fenomenal perder unos kilitos y hará también que trabajéis mejor esas dos neuronas que tenéis entre las dos. En fin, no diréis que no os estoy dando motivos para que os toméis esta estancia en el bonito refugio que os he preparado como la mayor de las bendiciones.

Bendición era tener una amiga como Estrella que, seguro que habría llamado a Milos, a Hugo y a la policía, y que con certeza estarían a punto de aparecer.

—Además, si vuestra gente se porta bien y hace pronto sus deberes, enseguida regresaréis a vuestras insignificantes vidas de mierda. —Francesca seguía con su perorata mientras nosotras la mirábamos intentando ocultar nuestra alegría—. Entre tanto, estaréis juntas en un estupendo zulo de dos por dos, insonorizado, húmedo, frío, oscuro y sin ventilación, y bajo la estricta vigilancia de mis hombretones. ¿Os lo vais a perder? ¿Alguna vez imaginasteis semejante regalazo? Las dos amigas juntas en un espacio reducido, sin móviles, sin ordenadores, sin libros, sin bolígrafos, ni papel, tan solo con la bonita compañía la una de la otra. ¿No es estupendo tener todo el tiempo del mundo, sin distracciones de ningún tipo, solo para vosotras? Y sin tener que preocuparos de nada, ni del alojamiento ni de la comida, pues tendréis una comida al día que seguro que hará vuestras

delicias y el zulo si os acopláis bien, apoyándoos la una en el hombro de la otra, puede resultar un lugar de lo más confortable.

Francesca volvió a mirar al frente, a darnos la espalda, para después anunciarnos exultante:

—¡Ese es el lugar! ¿Verdad que es un sueño?

El sueño era una nave de cemento en mitad de un polígono abandonado y en ruinas por el que debía hacer siglos que no pasaba un alma.

El conductor paró frente a la entrada y Francesca dio instrucciones rápidas a los forzudos:

—Salid raudos, cargad con ellas y dejadlas en el lugar convenido. *Andiamo*.

Obedientes, los esbirros se bajaron a toda velocidad, uno cargó a Eva sobre su hombro y otro a mí, a pesar de que nos revolvímos y nos resistimos todo lo que pudimos mientras hacíamos tiempo hasta que apareciera nuestra rescatadora.

Que no vino sola porque cuando los forzudos se dirigían a la puerta de entrada de la nave, comenzaron a sonar sirenas de policía, frenéticas, y Francesca gritó:

—¡Soltadlas y subid a la furgoneta! ¡Larguémonos de aquí!

Nuestros captores nos dejaron caer al suelo, se montaron en el coche y huyeron del lugar, perseguidos por siete coches patrulla de la policía. Nosotras quedamos tendidas en el suelo, si bien enseguida vinieron a socorrernos dos jóvenes policías que se bajaron de otro coche policial y detrás de ellos, apareció Estrella, a la que el pañuelo se le había echado hacia delante y le cubría la mitad de la cara.

—¡Chicas! —gritó lanzando sus manos al aire—. ¡Ya pasó todo! —soltó corriendo hacia nosotras—. ¡Sabía que esa zorra estaba a punto de liarla parda!

Los policías nos quitaron las ataduras de manos y pies, y Estrella nos arrancó el esparadrapo de la boca de un tirón, como si estuviera haciéndonos la cera en el bigote.

—¡La madre que te parió! —chillé una vez que me quitó la mordaza.

—¡Casi me arrancas los labios! —protestó Eva, palpándose con cuidado los labios para comprobar si todavía seguían en su sitio.

—Ha sido un tironcito nada más. Si os lo hubieran pegado los agentes no habrías dicho ni mu, como son tan apuestos, tan guapos y tan valientes... —Estrella suspiró y dedicó una sonrisa enorme a los policías.

Ellos hicieron como que no habían escuchado nada y, liberadas de nuestras ataduras, nos ayudaron a ponernos en pie:

—¿Se encuentran bien, señoras?

—Sí, gracias. El susto nada más —dije ocultando mis manos detrás de la espalda para que no se percataran de que las heridas que me había hecho con el forcejeo estaban a punto de cerrarse.

—Sí, el susto. Yo estoy perfecta, también —musitó Eva haciendo el mismo gesto que yo.

—Qué majos son ustedes, agentes. Apuestos y gentiles, da gusto encontrarse con verdaderos

caballeros en estos momentos tan difíciles de nuestra existencia —habló Estrella, quitándose el pañuelo.

—Es nuestro trabajo, señora —dijo el policía más alto—. Lo que es admirable es la entereza y la sangre fría con la que ha enfrentado usted esta delicada situación.

—Tuve el pálpito de que Francesca iba a hacer alguna, lo sentía en lo más profundo de mí. Una cuestión de vísceras, agentes. ¿Saben lo que es eso? —Los policías asintieron con la cabeza prestando mucha atención—. Tenía un runrún en la cabeza y una comezón en la tripa que no me podía quitar con nada —explicó aplacándose el pelo con los dedos—. Me tomé un par de gelocatiles y un Almax, pero seguía igual, con esa desazón dentro. Así que, como yo soy de seguir mucho mi intuición y mis tripas, ni corta ni perezosa me dirigí a la farmacia y cual fue mi sorpresa cuando vi que unos *boys* estaban sacando a mis amigas como fardos de patatas de su puesto de trabajo.

—¿Unos *boys*? —preguntó uno de los agentes, el de menor estatura, con extrañeza. El otro estaba a punto de tirarse al suelo de la risa.

—Sí, yo es que veo una cara y no se me olvida y, más si es guapa, como las tuyas, y nada, como iba diciendo, que yo a estos tíos los había visto antes, el día que Francesca vino a traer el regalo de bodas de Eva, aquí mi amiga —explicó para los policías—, que era un cuadro gigante que cargaban estos dos, y que como están tan buenorros, yo en su momento supuse que eran *boys*. Vaya, los clásicos *boys* que te dan sorpresas en las despedidas de solteras...

—¿Y no eran *boys*? —volvió a preguntar el policía de menor estatura.

—No sé. A lo mejor se sacan un sueldo extra haciendo estas cosas, porque cuerpo tienen, pero el caso fue que aquel día no hicieron de *boys*, solo de portadores. Como hoy, que se llevaban a mis amigas echadas al hombro como si fueran alfombras persas.

—A ver si me aclaro —dijo el policía alto frotándose los ojos, yo creo que porque no daba crédito—, una tal Francesca dio órdenes a estos hombres, que usted supone que, además, son *boys*, para que las sacaran por la fuerza de su farmacia.

—Así es, agente.

—¿Y quién es Francesca?

—Es una amiga del marido de mi amiga, cosa que es inexplicable, porque Hugo si lo conocieran es un amor de hombre. Guapo, alto, elegante, así como ustedes, bueno como usted no tanto —aseguró Estrella al policía de menor estatura—, un encanto de hombre, pero la amiga... La amiga es una raspa, una bruja, lo peor que me he cruzado yo en la vida.

—¿Y por qué querría secuestrarlas? —nos preguntó el policía alto a Eva y a mí.

A pesar de lo ocurrido no tenía ningún miedo a Francesca, es más, nos convenía decir la verdad y que durante un tiempo no le quedara más remedio que quitarse de en medio por culpa de una acusación formal de intento de secuestro, una verdad que, con todo, tuve que maquillar un poco.

—Es Francesca de Lerena, la directora de los Laboratorios Lerena, ella está convencida que poseemos una fórmula especial contra... contra... el envejecimiento y quiso arrancarnos el supuesto secreto de belleza de esta forma tan expeditiva.

—Anda. ¿Era por eso? —replicó Estrella dándose un manotazo en la pierna—. ¡Pues vaya cómo se las gasta la puerca! ¿Y qué pretendía? ¿Meteros en un agujero a pan y agua hasta que cantarais?

—Eso parece... —musitó Eva.

—Señoras, si dicen que se encuentran bien, lo mejor es que nos vayamos a comisaría para tomarles declaración... —sugirió el policía más alto.

—De acuerdo. Cuando quiera podemos marcharnos...

—¿Has avisado a Hugo y a Milos de lo sucedido? —preguntó Eva a Estrella.

—No he podido, me dejé mi móvil en el bar cuando me dio por regresar a la farmacia. Una vez allí, me encontré con que estos tíos os llevaban cargadas al lomo como terneras, entonces, sin pensármelo dos veces, corrí a la frutería de Manolo, le pedí las llaves de la furgoneta y me llevé su móvil para dar aviso a la policía. Luego, tomé la precaución de ponerme un pañuelo para que no me reconociera con mi pelo pollo y salí detrás de vosotras a toda pastilla, saltándome semáforos e infringiendo todas las normas, pero es que, agentes —se excusó—, si no llego a hacerlo ahora mismo mis amigas estarían en las garras de esa lagarta.

—Entendemos, señora... —dijo el policía bajito.

—Gracias, agente. Como sabía que estabais sentadas en la parte de atrás —nos explicó a nosotras—, todo mi afán era ponerme en paralelo para que me vierais y supusieseis que esa cerda repugnante no iba a salirse con la suya.

—Has estado brillante —agradeció Eva, abrazándola.

—Muchas gracias, amiga. —Yo también la abracé.

—Lo habría hecho cualquiera en mi misma situación, no tengo mérito. Además, me paso el día viendo películas de acción, tengo muy interiorizado cómo actuar en estos casos. Pero, bueno, acepto vuestros abrazos y también los de ustedes, muchachos, agentes... Vengan y denme un abrazo que sé que también lo están deseando.

Los agentes dieron sendos abrazos a nuestra amiga mientras ella nos guiñaba el ojo y levantaba los pulgares.

—Pues cuando quieran, agentes —habló Estrella cuando hubo finalizado el abrazo—, nos vamos a la comisaría que me hace un montón de ilusión eso de declarar.

Después de declarar y de que nos aseguraran que harían todo lo posible para encontrar a Francesca, que había logrado zafarse de la persecución policial, abandonamos la comisaría en la que fuera nos esperaban Milos, Hugo, el niño, Laura y el capitán.

Yo salté a los brazos de Milos...

—¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo! —musité sin parar de besarlo, en los labios, en la frente, en las mejillas.

—¡Y yo, Lily! ¡Y yo!

—No sabía el tiempo que Francesca iba a tenernos secuestradas, pero yo solo tenía claro una cosa, que no iba a dejar de amarte ni un solo día ni una sola noche.

—Mi amor, no voy a permitir que esa *puttana* vuelva a hacerte daño.

Milos y yo nos besamos, pero al momento tuvimos que dejar de hacerlo por los lloros de Daniel quien, al correr a los brazos de su madre, se tropezó y se hizo una heridita en la rodilla.

Hugo le levantó del suelo mientras todos le decíamos que no pasaba nada...

—Sana, sana, culito de rana —le canturreó Estrella, pellizcándole los mofletes.

—¡Y tanto que sana! —exclamó el capitán señalando la rodilla del niño—. ¡Como que ya no tiene herida ninguna!

Era cierto, no había ni rastro de la herida del niño y eso nos hizo pensar a todos lo mismo, menos a Estrella, obviamente.

—Este niño es... es... —farfulló el capitán—, ¿extraño?

—¿Extraño? —replicó Estrella con el ceño fruncido—. ¡Este niño es un toro como su padre! —dijo dando a Hugo una palmada en la espalda.

—Es un niño sanote —dijo Eva, abrazándose a Hugo y a su hijo—. ¡Qué alegría estar juntos! ¡Qué mal rato nos ha hecho pasar Francesca! Si no llega a ser por Estrella a estas horas estaríamos en un agujero...

—He hecho lo que debía, ahora a ver si cogen a esa bruja y le meten un buen paquete.

—Francesca es una anguila escurridiza, me temo que no va a ser fácil detenerla —opinó Laura, negando con la cabeza.

—Como tampoco va a olvidarse de nosotros. No tardaremos mucho en volver a tener noticias tuyas, ya veréis... —vaticinó el capitán.

—¡Y todo por una crema antiarrugas! ¡Es increíble! —dijo Estrella.

—¿Una crema? —replicó confundido el capitán—. ¿Qué me he perdido?

Tomé del brazo al capitán y le dije guiñándole el ojo:

—Ya te lo cuento de camino al coche...

CAPÍTULO 13

La última línea del espejo

Una semana después del fallido intento de secuestro, teníamos un nuevo sistema de seguridad y vigilancia en la farmacia que nos daba cierta confianza, y digo cierta porque era difícil relajarse del todo, cuando la policía por su parte y Laura por la suya, seguían sin tener la más mínima pista sobre el paradero de Francesca.

En cambio, sí parece que el capitán había hecho algún avance con el jeroglífico de Chopin y nos anunció que lo iba desvelar en una cena en casa de Eva el viernes siguiente.

Llegó el viernes y a los postres, como siempre, el capitán se animó a hablar sobre lo que había descubierto. Si bien cuando este estaba a punto de arrancarse, Laura le interrumpió:

—Antes de que cuentes nada me gustaría que supierais algo que puede también tener alguna relación con las piedras.

—No puedes soportar no ser el centro de atención, Laurita —dijo el capitán que estaba sentado frente a ella—. A saber lo que te vas a inventar con tal de ser la protagonista.

—¿Inventar? Perdona, no te equivoques, el de los inventos y las teorías peregrinas eres tú. A saber la estupidez que quieres contarnos, lo mío es un hecho constatable y muy significativo que he averiguado esta semana y que creo que debéis conocer.

—Dinos —musitó Hugo impasible, tomando un trozo de su brocheta de frutas.

—Si os aburro, lo dejo —repuso Laura molesta por el poco entusiasmo con el que recibimos su noticia.

—Espera que vamos a buscar unas alfombras rojas para que des tu exclusiva sobre un escenario digno de tu sabiduría y tu afán investigador —dijo el capitán con sorna.

—Paso de contar nada, todo tuyo... Cuenta la bobada última que tengas en la cabeza... —Laura se cruzó de brazos y fijó la vista en su postre.

—Cómo te gusta hacerte de rogar, niña. ¡Cuánto admiro a Thomas, qué hombre más bendito debe ser para soportarte! —exclamó el capitán.

—Yo por lo menos tengo a alguien que me aguante, no como tú que llevas siglos solo y así seguirás por toda la eternidad.

El capitán se limpió con la servilleta, la miró muy serio y luego añadió:

—Ya veremos...

Laura se puso muy nerviosa, se retiró el pelo hacia atrás y, para cambiar de tema, habló moviendo mucho las manos:

—No sé ni por qué pregunto, os lo cuento y punto. He descubierto que los Bisontes quieren establecer una colonia artificial en Marte. En pocos años tienen previsto enviar una nave tripulada a ese planeta, la primera de las muchas que vendrán.

—Tiene sentido que elijan Marte —dije—, incluso que se estén pensando abandonar la Tierra. Y desde luego, si tuviera que buscar en un lugar las piedras que no hallamos en este planeta sería allí.

—Pero para eso todavía quedan unos años —opinó Milos, que esa noche estaba guapo a rabiar—, y quién sabe lo que podrían tardar en encontrar una piedra de similares características a las que el capitán compró al sangley en Manila, si es que llegaran a encontrarla...

—Lo mejor siempre es el pájaro en mano —intervino el capitán—, de ahí la ansiedad de Francesca y los suyos por dar con mis piedras robadas. Solo espero que el que las tenga todavía no haya descubierto lo que tiene entre manos. Con las piedras se llevaron otras joyas, diamantes, zafiros, turquesas...

—¿Qué era? ¿El cofre robado a un pirata? Si no fueras tan codicioso, no te rondarían los ladrones.

—Las joyas me dan lo mismo, ojalá que todavía estemos a tiempo de recuperar las piedras. Y en cuanto a la dosis de Chopin, se me ocurrió el otro día hacer un experimento con San Pedro...

—¿San Pedro? ¿Qué chiste es este? —preguntó Laura encogiéndose de hombros.

—Es un cactus parecido al peyote. Entra en Google y te informas —contestó el capitán, aunque poco podía informarse porque el sobrino se acababa de llevar a la boca su móvil. —¿Vosotros alimentáis bien a esta criatura? ¿Es normal que se lo lleve todo a la boca? —preguntó el capitán entre risas.

—Con mi sobrino, ni una broma. Ojito —le amenazó Laura, limpiando su móvil con la servilleta.

—¿Cómo va a comer poco si está enorme? —repliqué.

—Es que su padre es grande —dijo Eva—, la semana que viene cumple un año. Cómo pasa el tiempo... —Eva dio un beso a su hijo en la mejilla y añadió dirigiéndose al capitán—: Pero sigue, por favor, con lo del San Pedro...

—El San Pedro es un legado de la cultura diaguita que conocí en uno de mis viajes al desierto de Atacama. Se utiliza en rituales chamánicos y provoca alteraciones en la conciencia y en la percepción sobre todo en lo visual. Es ideal para revelar verdades profundas y verdaderas, como sospecho que es el caso del jeroglífico de Chopin, así que decidí tomarlo y enfrentarme a un espejo.

—¡Esta sí que es buena! —gritó Laura muerta de risa—. ¡Se te ha secado la sesera y tienes que

recurrir a las drogas para seguir formulando tus teorías patéticas!

Como yo había conocido el poder de un espejo, me tomé muy en serio la experiencia del capitán:

—¿Cómo era el espejo?

—Veneciano. Me gusta tener lo mejor...

Un súbito escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies, porque sabía lo que era enfrentarse a tu verdadero rostro.

—¿Y qué pasó ante al espejo? —preguntó Hugo, que no paraba de hacer carantoñas a su hijo sentado en sus piernas, con suma curiosidad.

—Me enfrenté con una verdad que me niego a aceptar —respondió el capitán, llevándose la mano a la frente, como si quisiera tapar su rostro.

—¡Qué tomadura de pelo es esta! —espetó Laura—. ¿Respondes a un jeroglífico con otro jeroglífico?

—Mi conclusión es que la última línea del espejo solo puede ser una verdad que tienes delante, frente a ti, y que solo puedes atrapar si miras con los ojos del corazón.

—Pues menudo descubrimiento —soltó Laura desencantada—. Dime tú qué hacemos con eso...

Milos y yo nos miramos cómplices porque sabíamos de la verdad de la que hablaba el capitán, incluso intuimos lo que podía haber visto en su experiencia casi sagrada, pero preferimos no decir nada.

Aparte de que Laura tenía razón, con esa verdad no íbamos a ninguna parte y más cuando, semanas después, llegó el día en el que la necesidad de conocer la respuesta al jeroglífico apremió dramáticamente.

Recuerdo que eran las ocho de la mañana de un sábado, cuando sonó mi móvil. Lamenté no haberlo dejado apagado antes de dormir y lo cogí sin abrir los ojos, con la intención de volver a coger el sueño en cuanto colgara. Ni miré siquiera quién era...

—¡Tenéis que venir a París! —sollozó Eva, desesperada.

El sueño se me pasó de golpe, abrí los ojos como un búho y muy nerviosa, susurré para no despertar a Milos que dormía a mi lado:

—¿Qué ha pasado?

—Hace medio hora llamó Francesca —musitó entre hipidos—, ayer en el parque inoculó un veneno a Daniel. Si no le decimos en cuarenta y ocho horas dónde se encuentra la dosis de Chopin o las piedras, el niño morirá.

—¡Se puede ser más perversa!

—Es una psicópata, Lily. Y la gran pesadilla que se cierne sobre mi vida. Como pierda a mi hijo, voy a enloquecer de dolor. ¡Esto es terrible!

—Ni se te ocurra ponerte en lo peor. Es que ni lo pienses —murmuré sin apenas poder respirar

por la ansiedad—. ¿Me oyes? Estoy convencida de que hay un antídoto y en unas horas está todo solucionado.

—¿Tú crees, amiga?

—Por supuesto. Créeme. Moveré mis hilos con contactos en farmacéuticas, ese veneno lo ha tenido que sacar de alguna parte. ¡Lo encontraremos! ¿El niño cómo está ahora?

—Bien, de momento, no tiene síntomas de nada. Le he tomado una muestra de sangre y lo hemos enviado a un laboratorio de un amigo de Hugo. Laura está también investigando a ver si intercepta alguna comunicación, llamadas, correos electrónicos, mensajes...

—Perfecto. Ya verás como todo sale bien.

—Tenéis que venir a París, por favor, tengo tanta angustia que apenas puedo coordinar dos frases. Cuantas más mentes seamos pensando, mucho mejor...

—Sí, ya salimos...

—Contacta con Laura y con Andrés que también vienen para acá, a ver si podéis volar juntos...

—De acuerdo. Y tranquila, que en un par de horas estamos contigo...

Colgué a Eva y rompí a llorar. Milos se despertó con mis sollozos y me abrazó muy fuerte:

—¿Qué pasa, amor?

Le conté el perverso plan de Francesca y tras asegurarme que nada iba a pasar, llamó a Laura y a Andrés para que voláramos juntos a París.

Durante el vuelo, Laura y Andrés estuvieron leyendo por enésima vez el *Beng Sim Po Cam*, una copia del libro donde Chopin ocultó la nota para Hugo, por si en esta ocasión lograban encontrar la pista definitiva, mas como todas las veces anteriores lo único que encontraron fue una discusión perpetua.

Yo me la pasé consultando libros de venenos que tenía en mi *e-reader* y Milos prefirió cerrar los ojos y meditar sobre todo este misterio.

Aterrizamos en París una mañana de primavera avanzada y tomamos un taxi que nos dejó en la casa de nuestros amigos, en la Avenida Marceau. De nuevo, Milos y yo estábamos en el zaguán de un estupendo palacete, pero esta vez por desgracia, no nos aguardaba ningún baile galante. Subimos angustiados y tristes por la maravillosa escalera diseñada para lucir los más bellos trajes, y tras atravesar el vestíbulo y una antecámara decorados con un lujoso mobiliario, obras de arte, techos con frescos de motivos alegóricos y cortinas de rica seda, aparecimos en el salón de baile donde nuestros amigos jugaban con Daniel, con una gran pena oculta tras unas sonrisas enormes.

—¡Qué bien que hayáis venido! —dijo Eva echándose a nuestros brazos y sin poder contener las lágrimas.

—¡Ya estamos aquí! Verás como entre todos encontramos la solución —le susurré al oído.

—Francesca no se saldrá con la suya —dijo al capitán tras dar un abrazo a Hugo.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Laura después de coger a su sobrino en brazos, con los ojos vidriosos.

—Ninguna —respondió Hugo llevándose la mano al estómago de la inquietud—. Lo único que hemos hablado con mi suegra, a la que hemos mentido para no asustarla, es que al niño le ha picado un insecto... extraño. Para hacernos una idea aproximada de la hora en la que Francesca pudo envenenar al niño, le pedí a mi suegra que recordara si en la tarde de ayer pasó algo en el parque y dice que una señora italiana de gafas de sol enormes, con la que ya había conversado en el parque en otra ocasión, estuvo en los columpios con Daniel. Mi suegra haciendo memoria asegura que hubo un momento, a eso de las cinco de la tarde, después de que Francesca ayudara al niño a bajarse del columpio, en el que Daniel estuvo llorando unos instantes y no había forma de que apartara su manita del cuello.

—Cabrona... —farfulló Laura, dando un beso enorme a su sobrino.

—¿Vosotros tenéis algo? —preguntó Hugo mordiéndose los labios de la ansiedad.

Negamos con la cabeza y Laura añadió:

—Por ahora nada —contestó afligida—. Seguiré con mis búsquedas, alguna pista encontraremos....

—En la biblioteca tenéis el ejemplar original y la nota de Chopin, están sobre la mesa. Tengo que hacer unas cuantas llamadas...

—Yo te ayudo con las llamadas —dijo Eva, abrazándose a su marido—, aprovechando que nuestros amigos están aquí.

—¿Os importa que vayamos un momento al despacho y vosotros os quedáis con Daniel? —propuso Hugo.

—Sí, Milos y yo nos quedamos con el niño. Id al despacho, y que Laura y el capitán vayan a la biblioteca por si acaso surgiera algo que hubiéramos pasado por alto con el libro y la nota. Además, desde allí Laura puede centrarse mejor en sus averiguaciones...

Laura dejó a su sobrino en el suelo y sus padres se despidieron de él:

—Me parece genial —dijo Eva, abrazando a su hijo—, serán solo unas llamadas.

—Escrutaremos ese libro a fondo, amigos —afirmó el capitán—. No estáis solos, juntos vamos a salir de esta. Ya lo veréis. Este niño será muy pronto un mocetón como su padre —el capitán puso la mano sobre la cabeza de Daniel y le removió el pelo—, y navegaremos juntos por todos los mares.

—Ah, no —replicó Laura.

—¿Cómo que no? —protestó el capitán.

—Yo también iré con vosotros, no pienso dejar solo a mi sobrino con un capitán chiflado, que a saber qué cosas le enseñas...

—¿Y si él es el que me pide que no deje embarcar a la pelma de su tía?

Rompimos a reír, a pesar del momento tan terrible que estábamos viviendo, y Daniel, al que su padre acababa de coger en brazos, también rio con ganas, como si lo hubiera entendido todo.

—Id a hacer las llamadas —sugirió Milos—, nosotros nos quedaremos con él.

Hugo puso a Daniel en los brazos de Milos, y muy emocionado susurró:

—Gracias, enseguida volvemos.

—Nosotros nos vamos a la biblioteca —dijo Laura cogiendo del brazo al capitán y sin que rechistara lo más mínimo—. Esperamos también regresar muy pronto con buenas nuevas.

—¡Mucha suerte, chicos! —exclamamos Milos y yo, al unísono.

Nuestros amigos se marcharon y Milos, Daniel y yo nos quedamos solos en el salón de baile. Milos tenía al niño en sus brazos mientras observaba los frescos del techo en los que había pintado una alegoría del Amor...

—¿Buscas en el cielo las respuestas? —le pregunté, esperando que tuviera alguna.

—Quién sabe —respondió mientras Daniel le revolvía el pelo.

—Dime que no le pasará nada al niño, por favor —le rogué, a punto de que las lágrimas se desbordaran.

—No vamos a dejar que pase, ni sus padres, ni su tía, ni el capitán, ni nosotros. Estamos aquí juntos y encontraremos la respuesta.

—Lo que sigo dudando es si habrá realmente una respuesta al enigma de Chopin.

—Todos los enigmas tienen respuesta, este no va a ser la excepción.

—¿Y si ni siquiera fuera un enigma? ¿Y si Chopin decidió lanzar al mar o al Sena el elixir para evitar que nadie tuviera que padecer el gran dilema de tener que decidir vivir o no por siempre?

—¿Y decidir él por los que sí quisieran hacerlo? Chopin era un hombre generoso, dudo mucho que se deshiciera del elixir, ahora ¿dónde lo guardó? No he dejado ni un solo día de pensar en esto... Si yo tuviera un secreto como el que poseía Chopin, ¿dónde lo escondería?

—Yo también. He pensado tantas cosas, todas absurdas.

—Si tuvieras un secreto, Lily, ¿dónde lo esconderías?

—Yo tuve un secreto, Milos. Y lo tenía escondido en mi rebotica, el sitio donde soy más feliz, aparte de en tus brazos.

Milos se acercó a mí con el niño todavía en su regazo y me dio un beso suave en los labios:

—Creo que los secretos se esconden, como tú lo hiciste, en un lugar que está muy cerca de nosotros, de lo que somos, de nuestra esencia. El sitio suele tener una especial significancia porque allí es donde somos felices...

—¿Cuál sería ese lugar para Chopin? ¿Dónde sería más feliz?

—Chopin adoraba los salones como este, sus momentos más felices debieron ser al anochecer, en un bello salón, tocando al piano para una bella cantante de ópera, a la luz de las velas...

—Nosotros también hemos pasado momentos felices en un salón de baile como este...

—Y los seguiremos pasando, mi amor.

—Laura y el capitán, en una de sus muchas teorías, visitaron salones, pero no encontraron nada.

—Tal vez porque no buscaron donde había que hacerlo —repuso Milos, dejando al niño en el suelo.

—Son tantos salones, tantos lugares donde buscar...

—¿En este salón dónde buscarías? —inquirió tomando al niño de la mano.

Miré a mi alrededor, como si fuera una damita deslumbrada buscando alguna cara conocida en el primer baile de la temporada. Todo era hermoso: las paredes de seda color salmón, las arañas, los espejos, las consolas de porcelana, las mesas con delicadas cajas de música, la gran chimenea repleta de retratos, el diván, el piano de madera de palosanto de Pleyel...

—Este piano lo escogió Chopin. Hugo nos contó que le encantaba venir a tocarlo hasta la madrugada —le conté mientras me acercaba al piano.

—Lo sé, yo mismo le escuché tocar en muchas ocasiones y en todas deseé que tú estuvieras a mi lado.

—¡Qué afortunado fuiste! Me habría gustado...

—*Efeisffwoeegeik* —me interrumpió Daniel señalando con su dedo índice al piano.

—¿Me quiere decir algo? —le pregunté a Milos, agobiada por no poder entender lo que me decía el pequeño.

—Parece que te está diciendo que toques...

—*Efeisffwoeegeik* —insistió el niño, que corrió de la mano de Milos hacia el asiento y empezó a darle golpecitos, como para que me sentara.

—¿Me está pidiendo que me siente?

—¡Siéntate! Vamos a tocar algo...

Milos cogió a Daniel en sus brazos y se sentó en el banco delante del piano...

—Vamos, Lily. ¡Siéntate! —me pidió dando unos golpecitos en el espacio que quedaba junto a él.

Lo hice y sentí pánico. ¡Estaba delante del piano que había tocado el mismísimo Chopin!

—¡Y esto es una partitura original! —exclamó cogiendo la partitura que teníamos delante.

—¿Es de Chopin? —pregunté asustada.

—Sí. Es el Nocturno en si bemol menor Op. 9 N° 1. ¡Tócalo, Lily!

—*Efeisffwoeegeik* —farfulló Daniel riéndose y dando palmas.

—Venga, que Daniel está aplaudiendo para que empieces...

—Me estás pidiendo que toque en un Pleyel que tocó Chopin un Nocturno —susurré presa del pánico.

—Te lo estamos pidiendo, mi pequeño amigo y yo.

—Me enseñó una monja a tocar el piano, una monja que no es que fuera una virtuosa. Además,

solo he tocado pianuchos, no una joya como esta —me excusé porque no estaba preparada para abordar semejante reto.

—Toca con el corazón, Lily.

—Tengo el corazón asustado y lleno de congoja por culpa de Francesca —musité a su oído.

—Lo harás fenomenal.

—Se me ha olvidado todo.

—Chopin me dio algunas lecciones... Nunca comiences a tocar desde arriba, con fuerza, no, sé sutil, dulce, suave. Chopin siempre decía que la suavidad era lo primero, que había que hacerlo fácil, fácilmente. Y para eso la mano, el brazo y el codo tienen que hacer una coreografía, un movimiento que debe ser como si acariciaras la cabeza de un león —indicó haciendo el movimiento y Daniel le imitó—, así como hace Daniel. También decía que la mano debe ser como un elenco de personajes, en el que el anular juega un papel determinante, y lo demás es sentir, dejarse fluir de forma natural... Puedes hacerlo Lily.

Respiré hondo y comencé a tocar siguiendo las indicaciones de Chopin y, por no sé qué extraña alquimia, el Nocturno empezó sonar repleto de matices, refinado, con cuerpo, armónico, suave, mágico, evocador...

Levanté la cabeza del teclado y me miré en el espejo que tenía enfrente, en el espejo que tantas noches se habría visto reflejado Chopin y sentí un vértigo que hizo que casi me mareara.

Sin embargo, seguí tocando, la música fluía melancólica, delicada, elegante, ensimismada, electrizante, bella... y no era yo. Yo jamás había tocado así el piano...

Milos me besó en el cuello y el pequeño Daniel salió correteando en dirección al espejo que teníamos enfrente, hasta caer de rodillas ante él.

Dejé de tocar y Milos me dijo:

—Sigue tocando, por favor...

Se levantó a por el niño y entonces, sucedió... Chopin seguía hablando a través de mis dedos cuando me percaté de que el niño había tomado algo, como un ligero polvillo, de la parte de atrás del espejo, y se lo acababa de llevar a la boca.

Milos corrió hacia él, gritando:

—¡No! ¡Caca! Ven para acá, pequeño come todo.

—Déjalo —le ordené llorando porque de pronto lo supe todo.

—¿Cómo voy a dejar que se coma el polvo de los espejos? —espetó Milos, estupefacto.

Dejé de tocar, me levanté, me acerqué al espejo a cuyos pies estaba Daniel, y en la parte inferior derecha, que estaba pegada al suelo, comprobé cómo había un hueco que estaba cubierto con una especie de tapa de madera que el niño había abierto, y en su interior había un recipiente, un frasquito de plata, volcado y lleno de un polvo de aspecto herrumbroso, como el que cubría los deditos mojados de Daniel...

Emocionado, perplejo, confundido, Milos musitó:

—No puedo creerlo, Lily.

—La eternidad está en la última línea del espejo, ahí lo colocó Chopin para el hijo de Hugo, pues como dice la última línea del *Beng Sim Po Cam*: «De esta suerte parirán los hijos de buen parecer, sin faltas, y más sabios que los demás» —dije retirándome las lágrimas de la cara—. Lo que para mí solo puede significar que Chopin dejó ahí el elixir para que Hugo tuviera un hijo perfecto, eterno, inmortal.

—¡Chicos! ¡Hemos encontrado algo relacionado con el veneno! —gritó emocionada Laura, que irrumpió atropelladamente en el salón de baile junto al capitán.

La miramos sin parar de llorar de la felicidad de saber que Daniel se había salvado mientras este se chupaba los dedos cubiertos del polvo del elixir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el capitán—. ¿Por qué lloráis? ¿Daniel está mal?

Extraje el frasco de detrás del espejo y se lo mostré a Laura y al capitán.

—Pasa que esta es la eternidad que se ocultaba en la última línea del espejo.

—¿Es el elixir de Chopin? —soltó Laura, llevándose las manos a la cara.

—Chopin tocó muchas veces en este salón, ocultó su secreto en ese espejo y deduzco por la última línea del libro chino, que lo hizo para que su destinatario fuera la criatura que Hugo tuviera...

—¿Puedo? —me preguntó el capitán, extendiendo su mano para coger el frasco.

—Sí, claro...

El capitán tomó el recipiente, lo miró con sumo detenimiento y luego habló:

—Es el mismo frasco que le entregué a Francesca...

—¿No irás a reclamarlo cuando mi sobrino puede morir en menos de cuarenta y ocho horas? —le reprochó Laura airada.

—No va a morir. Has encontrado el lugar de donde Francesca sacó el veneno y posiblemente nos faltan horas para dar con el antídoto.

—El elixir se lo va a tomar enterito mi sobrino, como un niño bueno... —repuso Laura, enfrentándose a él, con la barbilla bien alta.

—¡Amigos! Tenemos noticias de los laboratorios —anunció Hugo que entró en el salón junto a su esposa.

—¿Qué hace mi niño junto al espejo? ¿Qué tienes en la mano, capitán? Lily y Milos, ¿por qué lloráis? Laura, ¿por qué tienes esa cara de enfado? ¿Quién me explica lo que está pasando aquí? —exigió Eva, cruzándose de brazos.

—Es el elixir de Chopin, estaba en la parte de atrás del espejo, en la parte inferior, hay un hueco y ahí tu hijo lo encontró —expliqué emocionada.

—Este granuja debe de llevar un tiempo tomando del frasco —dedujo el capitán con una

sonrisa cómplice—, de ahí que se le cerraran las heridas en un visto y no visto.

—Os veníamos a contar precisamente que el informe del laboratorio dice que Daniel es un niño diferente al que puede que el veneno no le afecte lo más mínimo —explicó Hugo.

—Pero no se ha tomado el elixir por completo, todavía no es inmortal —apuntó el capitán mesándose la barba, preocupado.

—Capitán, el elixir es tuyo —dijo Eva, con un nudo en la garganta.

—Mi idea era, en el supuesto de que encontráramos el elixir, entregárselo a Laurita, con la condición de que se lo diera a su querido Thomas y que fueran felices para siempre.

Laura bufó, le miró con desprecio y luego añadió:

—Te odio.

—Gracias. Yo también a ti. Pero, tranquila, que he cambiado de opinión. Bien es cierto, como apuntó en su día mi odiada Laura, que ya no soy yo el dueño del elixir, pues lo vendí y me reportó cuantiosas ganancias. Como me gusta proceder con justicia y rectitud, debo reconocer que el último dueño del elixir fue Chopin y es su voluntad la que debe cumplirse. Si él dejó dicho que el elixir debía ser para la descendencia de Hugo, vuestro es el elixir —concluyó entregándole el elixir a Eva con una inclinación de cabeza.

Mi amiga entre lágrimas, apenas sin poder hablar, tomó el elixir y lo estrechó contra su pecho:

—Capitán, yo no tengo palabras suficientes para agradecerte este gesto.

—No tienes nada que agradecer, no haces más que tomar lo que os pertenece, lo que es vuestro por pleno derecho. El elixir es vuestro. Salvad a vuestro hijo y a mi futuro grumete...

EPÍLOGO

Concluido el plazo de las cuarenta y ocho horas que Francesa nos había concedido, Hugo recibió su llamada para darle el pésame por la pérdida de su hijo.

Daniel, que se había tomado el elixir el día anterior, correteaba por los pasillos muerto de risa mientras era perseguido por su madre que no recordaba haber sido más feliz en su vida.

Al llegar a Madrid, Milos y yo decidimos empezar a vivir juntos y puedo asegurar que fue el momento más feliz de nuestras vidas hasta entonces. Y la de Canelo, que adora a Milos, también.

Laura y el capitán, que a pesar de que se odiaban no podían pasar el uno sin el otro, siguieron quedando con la excusa de la búsqueda de las piedras robadas. De tanto en tanto, ella o él encontraban una pista que luego resultaba ser falsa y parecía que ambos disfrutaban demasiado con la mutua compañía, por mucho que se empeñaran en afirmar todo lo contrario.

Estrella siguió en su línea y le dio por iniciar una campaña muy agresiva para que Milos y yo nos casáramos, en Venecia, ya que a ella además le hacía especial ilusión conocer la ciudad. Para que nos dejara de una vez en paz, nos la llevamos a Venecia una semana, en la que tuvo siete días al primo Andrea, el gondolero, trabajando para ella a tiempo completo.

Con todo, cuando regresamos a Madrid no solo siguió con su campaña de boda, sino que acabó convenciendo a Milos de que era lo mejor que podíamos hacer.

Una mañana de invierno, en la que la ciudad despertó nevada, Milos apareció en la farmacia y me empujó hasta la rebotica. Allí, sin mediar palabra, clavó una rodilla en el suelo, y cogiéndome de la mano, me rogó con la voz tomada por la emoción:

—Cásate con este veneciano que sin ti está perdido...

—¿Pero Milos? —pregunté sorprendida, soltando una carcajada.

—Espera que tengo por aquí una cosita para ti.

Milos se metió la mano en el bolsillo y sacó un precioso anillo, un zafiro de un azul intenso rodeado de diamantes, que según me explicó:

—Es del color de mi mar veneciano...

—Es precioso, amor.

—Es tuyo, pero antes solo tienes que decir sí —dijo guiñándome el ojo.

—¡Chantajista!

Entonces, sonó la campanilla electrónica que avisaba de que había entrado un cliente y tuve que

dejar a Milos rodilla en suelo, a la espera de mi respuesta, que por otra parte sabía muy bien cuál era.

Salí de la rebotica y quien me estaba esperando tamborileando sus uñas pintadas de rojo sobre el mostrador era Francesca. Un rayo mezcla de temor y de rabia me atravesó de arriba abajo, sin que llegara a paralizarme, al contrario, porque con toda mi determinación y mi arrojo, me enfrenté a ella:

—¡Salga de mi farmacia! —dije sacando el móvil de mi bolsillo y marcando el número de la policía.

—¡Qué modales son esos, Azucenita! Si tu tío te viera, y no te molestes en llamar a nadie que ya me voy. Además, no venía a verte a ti, sino a tu amiguita la duquesa. Ya sé que me la habéis jugado y que el cachorro de Hugo es inmortal, pero no penséis que vais a tener igual suerte con las piedras que restan.

—Lárgate de aquí —le exigió Milos, que apareció junto a mí, apuntándola con el anillo de compromiso.

—¿Qué tienes en la mano, veneciano? ¿Es un anillo de compromiso? ¡No me puedo creer que haya aparecido en este momento tan importante! —exclamó llevándose las manos al rostro exageradamente—. Espero que no seáis tan maleducados como Hugo y me inventéis a la boda, ya os traeré un regalito. Y por supuesto, no olvidéis nunca que no estáis solos, queridos, yo siempre estaré en vuestras vidas... *Arrivederci*.

Francesca se marchó, dejándonos el corazón encogido y el mal sabor de boca de siempre:

—¿Algún día lograremos librarnos de esta mujer, Milos? ¿Hasta cuándo vamos a tener que soportarla?

Milos me abrazó y luego me susurró al oído:

—Jamás podrá con nosotros.

—Eso espero... —suspiré.

—Así será, mi amor.

—Menos mal que Eva no estaba, se ha ahorrado este mal trago.

—Le pedí que no viniera, para que estuviéramos solos en este momento especial... —confesó Milos, levantando la mano y agitando el anillo al aire.

—¡Pero si me ha dicho que no venía por la nieve! —repuse con los ojos abiertos como platos.

—Es una mentira piadosa, por una buena causa. ¿Por dónde íbamos?

—Me habías preguntado que...

Justo cuando íbamos a retomar el asunto del anillo, mi móvil sonó: era Laura.

—¡Lily, estoy con el capitán! ¡No vas a creer lo que ha pasado! —me dijo eufórica.

—¿Se te ha declarado? ¡Por fin te ha dicho que está enamorado de ti! —repliqué entusiasmada porque el amor fuera enfermedad contagiosa.

—¿Qué dices? ¿Estás loca? —espetó dejándome chafada—. Si le odio como siempre, no es eso. Es sobre las piedras que le robaron. Acabo de recibir una importante llamada de Gabriel, en cinco minutos estamos en la farmacia y te cuento. ¡Nos vemos!

Laura colgó y Milos me preguntó expectante, con cara de cotilla:

—¿No me digas que por fin se han liado Laurita y el capitán?

—No, aún no. No debe quedar mucho, pero por ahora no.

—Vamos a tener que hacer algo para precipitar el asunto de estos dos. Lo están haciendo demasiado largo. ¿No crees que necesitan un empujoncito?

—No se me da muy bien hacer de celestina. Además, Thomas me cae muy bien —respondí encogiéndome de hombros.

—Sí, pero jamás hará tan feliz a Laura como el capitán. Tú lo sabes como yo. Así que tenemos que hacer algo. Yo te ayudaré. Tranquila. Y, entonces, cuenta, ¿para qué te ha llamado Laura? —preguntó alzando las cejas—. ¿Qué es lo que sucede?

—Es por las piedras del capitán. Al parecer Gabriel ha descubierto algo y vienen a contárnoslo en cinco minutos. En cuanto se vayan, volvemos a retomar el asunto de la pedida de mano.

Le abracé y le di un beso largo y húmedo para que se le hiciera más llevadera la espera.

—No voy a poder esperar tanto, Lily —susurró con sus labios pegados a los míos.

—Sí que podrás...

Y claro que pudo... Pero esa es otra historia...